
W.B.CHORL
LIVERPO

NPL

Garcia

THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

PARTE PRIMERA.

COMEDIAS DE FIGURÓN.

TOMO III.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

COMEDIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO III.

UN BOBO HACE CIENTO,

COMEDIA

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

Miren, si un bobo hace ciento,
como el loco del refran. Jorn. III.

ADVERTENCIA.

Don Antonio de Solís, natural de la ciudad de Plasencia, segun Don Nicolas Antonio, sirvió de Secretario al Conde de Oropesa, siendo Virrey de los reynos de Navarra y Valencia. Acompañando á este ilustre personage, quando fue promovido á la Presidencia del Consejo de las Ordenes, logró con su favor y proteccion, y con la fama, que le habian adquirido ya sus composiciones dramaticas, que el Rey le honráse con el empleo de oficial de la secretaria de Estado, y el de Secretario de S. M.

Sucedió en el de Chronista mayor de Indias, á Don Antonio de Leon Pinelo, y por exercicio de este empleo escribió la *Historia de la Conquista de Mexico*, obra, que siempre será mirada por los que saben estimar las cosas, como modelo de historias, tanto por su artificial textura, como por lo culto y elegante de su estilo.

Siendo ya de avanzada edad, abrazó el estado eclesiástico, pues á los cinqüenta y uno de ella fue promovido al sacerdocio; abandonando desde entonces

el comercio de las Musas dramáticas y líricas, que con tanta fortuna y gracia habia freqüentado. Murió en el año 1686, á los setenta y siete de su edad. Está enterrado en la iglesia de San Bernardo de esta Corte.

Escribió varias comedias, que corren impresas separadamente. En el año 1681, recojió nueve de ellas Justo Antonio de Logroño, librero en esta Corte, y las imprimió en un tomo en quarto.

El Editor de la *Historia de la Conquista de Mexico*, reimpresa recientemente, dice, que Solís nació en Alcalá, y que su padre era natural de Albalate de las Nogueras, refiriendo menudamente las fechas de su nacimiento, y de otros sucesos. Pero no dexa de ser extraño, que habiendo hecho sus primeros estudios en la célebre Universidad de su patria, pasase á continuarlos á la de Salamanca, como el mismo Editor asegura.

ARGUMENTO.

Don Luis, caballero de Madrid, prendado de una dama tapada, que halló en el parque de palacio varias veces, hermana de un amigo suyo, llamado Don Diego, olbida los amores de otra dama, llamada Doña Isabél, hermana de Don Cosme de Mendieta, caballero Vizcayno, falto de talento y educacion. Este, con motivo de la inmediacion de su casa á la de Don Diego, se enamora de Doña Ana, su hermana, que era la tapada que Don Luis habló en el parque. Suponiendo Don Cosme, que ella le corresponde, y ayudado de una criada de Doña Ana, hace varias gestiones con que causa zelos á Don Luis, y no pocos disgustos y sospechas á Don Diego, que se habia prendado de Doña Isabél su hermana. Aumentanse con motivo de las varias veces con que se presentan tapadas Doña Ana y Doña Isabél á Don Luis, para averiguar sus reciprocos zelos, haciendo la casualidad que las mas veces intervenga Don Diego. Pero descubierto todo, Dan Lucas se casa con Doña Ana y Don Diego con Doña Isabél, quedando burlado Don Cosme.

PERSONAS.

D. LUIS, *Galan.*

MARTIN, *Gracioso.*

JUANCHO, *Criado.*

DON DIEGO, *Galan.*

DOÑA ANA, *su hermana.*

JUANA, *Graciosa.*

D. COSME MENDIETA.

DOÑA ISABEL, *su hermana.*

INES, *Criada.*

UN BOBO HACE CIENTO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Luis y Martin.

D. LUIS.

Juanilla estaba con ella,
si el manto no me engañó.

MARTIN.

¡Juanilla! ¿Te burlas?

D. LUIS.

No:
antes crei, conòcella
por tí; y deseaba verte,
para animar mi esperanza.

MARTIN.

Como siempre hablas de chanza,
no sé, quando he de creerte.
Nadie en el mundo sirvió
con tal pension: yo me llamo
el Gracioso, y sirvo á un amo,
que es mas gracioso que yo.
Quando pienso, que has de darme
por una gracia un vestido,
muy falso y muy resabido
con otra sueles pagarme.
Y es temeraria desgracia,
que me aburre y me fatiga,
que á todas horas se diga,
y nunca se haga la gracia.

D. LUIS.

Digo otra vez, que venia
Juana con esta beldad,
que dexó en mi libertad
señas de su tirania;
y como tú la has hablado,
juzgué, por ella saber,
quien es tan bella mujer.

MARTIN.

Fue unos dias mi cuidado
Juana; pero no sé yo,
ahunque sé, que se ha mudado,
y saberla he procurado,
sú casa, ni si mudó
con el barrio el galanteo.
Mas, si á esta infanta encantada
sirve, ya en una empanada
tenemos nuestro deseo.

D. LUIS.

Que saliese á San Joaquin
á esta hora, me avisó;
pero no descubro yo
señas de mi dicha.

MARTIN.

En fin,
¿ha de haber paciencia acá
dentro de mi oido, viendo,
que siempre me estás diciendo,
que de amor no se te da
un bledo; y entre esta austéra
condicion, y este desgarro
te déxas cojer del carro
de Venus, como qualquiera?
¿Que gloria, en fingir, recibes,
de tí acciones tan distintas?
O vive, como te pintas,
ó pintate, como vives.

D. LUIS.

Mira, Martin: yo no puedo
decir, que no se ha de amar;
porque fuera, limitar
á la hermosura el denuedo.
Solo de aquellos me rio,
que, sin saber como quieren,
imaginan, que se mueren
á un vayven de su albedrio:
y ayudando su pasion
con afectada flaqueza,
las faltas de su cabeza
echan á su corazon.
Esto suelo yo decir:
no que un hombre no ha de amar;
que tambien yo sé adorar,
con mi poco de sentir.
Y entre juegos frenesíes
me hallo tal vez en el pecho,
sin saber, quien los ha hecho,
unos pocos de *ay de míes*.
Mas no por eso díré,
que esto es amor ni fineza,
hasta que entre la firmeza
al exâmen de la fe.

MARTIN.

Otros entre los placeres
de amor, de que libre estás,
quieren, por no poder mas;

más tú quieres, porque quieres.

D. LUIS.

Eso es lo seguro.

MARTIN.

Y di,
ya que falté de tu lado
en ese lance pasado,
¿piensas decirmele?

D. LUIS.

Si.

MARTIN.

Ya yo deseo saber,
de cuyo pan come Juana.

D. LUIS.

Y yo tambien tengo gana,
de hablar en esta mujer.

MARTIN.

Pues vaya de relacion.

D. LUIS.

Bien raro el suceso ha sido.

MARTIN.

Pregunta luego á mi oido,
si es mas que la prevencion.

D. LUIS.

Oye, y sabrás todo el lance.

MARTIN.

A buen seguro que atienda.

D. LUIS.

Sali:::

MARTIN.

¿Quieres, que lo entienda?

D. LUIS.

Si.

MARTIN.

Pues dimelo en romance.

D. LUIS.

Sali, pues, como te digo,
al parque, bien descuidado,
un dia, que me dexó
la pereza de su mano.
Y apenas del sitio umbroso
penetré el florido espacio,
donde, á pesar de sus luces,
el sol resplandece avaro;
porque los arboles verdes
solo dispensan los rayos,
que, sin estorvar lo ameno,
pueden servir á lo vario;
quando me robó la vista
turba de Nimphas, que el campo
florecian con sus huellas.
Pero en lo vulgar he dado;
que si esto del florecer
se hace en virtud del contacto,
mas que alabanza del pie,
fue lisonja del zapato.

Entre esta, pues, copia bella
de hermosura, vi un milagro
de la perfeccion, en cuya
monarquia ha fabricado
el amor un nuevo imperio,
donde, á pesar del estrago,
siendo el poder mas violento,
parece menos tirano.
Yo te confieso, que, al verla,
todo mi desembarazo,
si no se rindió á los golpes,
se adormeció á los halagos.
¡Qué mucho, si de esta suerte
la halló mi vista en el campo!
Sin orden el cabello discurria,
con que dos veces vano quedó el viento;
sus ojos, abreviando el lucimiento,
dilataban los terminos del dia.
Breve concha las perlas concebia,
engendradas del austro de su haliento;
en su nevado cuello el movimiento
del marmol solamente desmentia.
Y en fin, toda era tal, que entre violencias
del imperio, en el alma resistidos,
hallé en los ojos muchas obediencias.
Yo no sé, si se dieron por vencidos;
solo sé, que, robadas las potencias,
quedaron disculpados los sentidos.
Llegué á hablarla, y en mi vida,

me acuerdo, de haber hallado
tal donayre de mujer,
ni gusto tan cortesano;
porque las burlas y veras
mezclaba con primor tanto,
que sus veras mesuráran
á un bobo alegre de cascos,
é hicieran reir sus burlas
á uno, que empieza, á ser santo.
Seguila, pues, y se opuso
á mi intento, y á mis pasos,
prometiendome, que alli
la veria mas de espacio.
Fuese, y quedé, no rendido,
pero al menos escuchando
lisonjas de la memoria,
mas docil, que nunca ha estado.
Mas ni esto me quitó el sueño,
ni me traxo cabizbaxo,
ni con las demás facciones
de amante de los de antaño.
Alli la hallé otros dos dias,
su hermosura ponderando,
sin saber nunca, quien era,
ni ser posible apurarlo;
porque siempre me decia,
que la perdia, en llegando
á saberlo, y que mi dicha
estaba, en solo ignorarlo.

Pero ahier, Martin, que fue
de mi amor el dia quarto.
(que tanto en un pecho noble
dura un amor obstinado)
faltó del puesto: yo anduve
entre confuso y turbado
todo el dia, hasta que ya
al anochecer, buscando
á Don Diego, con intento
de decirle mi cuidado,
de la casa mas vecina
á la suya, me llamaron
por una reja; llegué
gustoso á ella, juzgando
que fuese esta dama, hallé,
que la que me habia llamado
fue Doña Isabél, aquella
que ha dado, en quererme tanto,
sin merecerselo yo
mas que con no desearlo:
que desde el barrio de Atocha
se ha mudado á un quarto baxo
de aquella casa. Quexóse
de mi proceder ingrato,
con los comunes despechos
de, ¿quien creyera este pago?
si yo fuera; esto merece:
hombre en efecto: no en vano;
y los demás sonsonetes,

con que dicen su trabajo,
las que andan en la paciencia,
y sobran en el cuidado.
Pidióme, en fin, muchos zelos,
de que yo acudiese tanto
á la casa de Don Diego,
dandome á entender (¡qué raro
disparate!) que yo entraba
alli con tanto cuidado
por su hermana, siendo asi,
que ni la he visto, ni hablado
en mi vida. Procuré
satisfacerla, y estando
en la empresa de apurar
y de convencer su engaño,
una Dama, que tapada
pasaba, no sé si acaso,
tirandome de la capa,
con gentil desembarazo
me de desvió de la reja,
y me dixo con recato,
que era la dama del parque,
que yo deseaba tanto.
¿No has visto la hermosa flor,
que obedece al mayor astro,
con quánta atencion se mueve
al arbitrio de sus rayos?
Pues asi yo de otro sol
mas atractivo robado,

sin eleccion, fui siguiendo
sus luces, tan voluntario,
que parece, que formaba
su movimiento mis pasos.
Habia ya anochecido,
y ella se paró, en doblando
la primera esquina, en donde
me pidió de mejor garvo,
que la pasada, unos zelos,
que á otra cosa me sonaron,
ó es, que yo les hice el tono
con la gana, de escucharlos.
Satisfice, en fin, su enojo,
como supe, y barajando
con la traza mi discurso,
me ofreció, que hoy á las quatro
me veria en este sitio;
quando hácia mí se llegaron
dos embozados, haciendo
en la dama tal reparo,
que me obligó, á preguntarles,
qué querian; y ellos dando
con su acero la respuesta,
pronto y prevenido hallaron
el mio. Cerré con ellos,
y á los primeros reparos
llegó gente á la pendencia;
con que los dos se apartaron,
por no darse á conocer.

y yo me hallé en breve rato
solo en la calle. Este fue,
Martin, el suceso raro,
que te prometí: de suerte,
que en un instante me hallo
con una dama encubierta,
que triunfa de mi cuidado;
con otra, que me embaraza,
y dá en seguirme los pasos;
con dos valientes, que intentan
conocerme acuchillando;
y conmigo, en fin, que tengo
tan cabal mi desenfado,
que, si la dama querida
al sitio, donde la aguardo,
saliére, estaré contento,
y si no, estaré pagado.
Si la aborrecida diere
en perseguirme los pasos,
me reiré de ella; y si airada
me dexáre, haré otro tanto;
si los valientes volvieren,
dexaré apurar el caso;
y si no, del mismo modo
pasaré sin apurarlo;
que en esta vida, Martin,
no hay cosa de mas enfado,
que morirse, y yo no pienso
hacer mas pocos mis años,

añadiendole á la muerte
el afan de mi cuidado.

MARTIN.

Bien raro há sido el suceso:
¿Mas yo he de pudrirme tanto::::?

D. LUIS.

¿Tú pudrirte?

MARTIN.

Yo pudrirme.

D. LUIS.

¿De qué?

MARTIN.

De escuchar tan raros
dictamenes; que el oído
es discreto en tales casos,
y para pudrirse, tiene
el oído su gusano.
Vén acá: ¿Doña Isabél,
no te quiere mucho?

D. LUIS.

Es llano.

MARTIN.

¿No la debes mil finezas?

D. LUIS.

Ni las niego, ni las pago.

MARTIN.

¿No es muy hermosa?

D. LUIS.

Asi, asi.

MARTIN.

¿No tiene tres mil ducados
de renta por hermosura,
afeite, que basta hogaño,
á que tenga buena téz
la misma piel de los diablos?

D. LUIS.

Digo, que todo eso sea.

MARTIN.

¿Pues por qué estás despreciando
mujer de estas conveniencias,
y andas hecho un mentecato
por otra, que viste ahier?

D. LUIS.

¿Qué he de hacer, si se ha empeñado
con Doña Isabél mi amigo
Don Diego?

MARTIN.

No es eso malo.
¿Pues tú no eres antes?

D. LUIS.

Sí;
pero él se empeñó, ignorando
mi galantéo, y despues
de mí su amor ha fiado:
y como yo estaba ya
con deseo de dexarlo,
no le repliqué al oírlo;

demás, que por el hermano
de Doña Isabél, no fuera
su galán, por todo quanto
fingir supiera el deseo.

MARTIN.

Yo confieso, que es extraño
majadero el tal Don Cosme,
y que es recien transplantado
Vizcaíno; hombre en efecto
de los del duelo en la mano,
y la razon en el pie,
muy señor de un Mayorazgo,
y que trahe lo presumido
junto á lo desconfiado.

D. LUIS.

Pues mira tú, si era bueno
que siendo ese hombre tan raro,
tan ridiculo y tan necio
de Doña Isabél hermano,
me casára yo con ella.

MARTIN.

Sí; que por el mismo caso,
que no es bueno para amigo,
es bueno para cuñado.

D. LUIS.

Aguardate; que parece
que hácia acá viene guiando
Don Diego con dos mujeres.

MARTIN.

¿Si es la dama del encanto
del parque, que anda en tu busca?

D. LUIS.

Yo la dixe, que hácia el campo
de San Joaquin me hallaria;
sin duda es, la que has pensado.

Salen Doña Isabél é Inés, tapadas, y Don Diego.

D. DIEGO.

¿Don Luis?

D. LUIS.

¿Don Diego?

D. DIEGO.

Escuchadme.

Estas damas::: *hablan aparte.*

D. LUIS.

Hablad paso.

INES.

¿Hay cosa, como llegar
muy confiada en tu manto,
á preguntar á Don Diego
por Don Luis, siendo el cuitado
tu amante, y venir él mismo,
á entregarte á su contrario?

D. ISABEL.

Porque no me conociese,
la voz he disimulado,
preguntando por Don Luis;

que estoy, Inés, deseando
saber, quien fue aquella dama,
que con tal desembarazo
le desvió de mi reja
anoche.

D. DIEGO.

A mí se llegaron,
preguntandóme por vos,
y yo aqui las he guiado.

D. LUIS.

Aquella dama, que os dixe,
del parque, es sin duda.

D. DIEGO.

¿Aguardo,
á que hableis con ella?

D. LUIS.

Sí.

D. DIEGO.

Pues aqui estoy retirado.
¡Por quánto hiciera conmigo
Doña Isabél otro tanto! *retirase.*

MARTIN.

Por si es Juana la sirvienta,
quiero llegar por un lado. *llega.*

D. LUIS.

Hermosísima deidad, *llega.*
por quien hoy, en estos campos
no hay garzon, que no suspire,
y que no suspire en vano:::

D. ISABEL.

No me ha conocido. *aparte.*

D. LUIS.

Ya
desconfiaba el cuidado
de esta dicha. Desviad
el negro cendál del manto;
que, como se vé tan rico,
sabe guardar como aváro.

MARTIN.

¿Señora Juana?

INES.

¡Yo Juana!
Que soy otra ha imaginado *aparte.*
sin duda. No es malo esto:
yo he de intentar, apurarlo.

D. LUIS.

Desde el dia que en el parque
os ví:::

D. ISABEL.

¡En el parque! ¡Hay agravio
mas ultrajante! El con otra *aparte.*
imagina, que está hablando.

D. LUIS.

Rendida mi libertad:::

D. ISABEL.

Yo me descubro: veamos, *aparte.*
qué disculpa habrá, que pueda
dar.

Vá á destaparse, y llega Inés.

INES.

Señora, tu hérmano:::

D. ISABEL.

¡Qué dices!

INES.

Que viene aqui.

D. ISABEL.

Sigueme, sin mirar.

INES.

Vamos;
que si él vé, que es necedad,
el seguír, no ha de dexarnos.

D. LUIS.

¿Dónde vais?

D. ISABEL.

Dí, que se quede.

D. LUIS.

¿No me respondeis?

INES.

Quedaos,
Don Luis; porque importa mucho,
que aqui::: Mas ya va llegando.
A Dios, á Dios. *vanse.*

D. LUIS.

Bien se ha hecho.

MARTIN.

No nos han dexado malos.

D. LUIS.

¿Don Diego, qué será esto?

D. DIEGO.

No lo sé. Por alli abaxo
viene Don Cosme, y sin duda
es, de quien se recataron.

D. LUIS.

Yo he de apurar todo el lance;
divertidmele, entre tanto
que voy trás ella.

D. DIEGO.

Aguardad.
¿No veis, que los dos no estamos
corrientes, porque á su hermana
Doña Isabél he tratado
de servir, y él es zeloso,
al paso que mentecato?

D. LUIS.

Pues vamos ambos.

D. DIEGO.

Sí haré.

D. COSME *dentro.*

Una palabra: aguardaos
un poco.

D. LUIS.

Esto me faltaba.

MARTIN.

A mirarlas, se ha parado.

D. LUIS.

Don Diego, amigo, no sé,
si me atreva á suplicaros,
que procureis detenerla;
y que, pues está en el paso
vuestra casa, y es el vuestro
un quarto tan retirado
de la familia, veais,
si podeis hacer, que un rato
me espere en él.

D. DIEGO.

Por serviros,
lo intentaré, aunque es mi quarto.

D. LUIS.

Ya sé, que me haceis fineza
en esto.

D. DIEGO.

Pues por si acaso
lo consigo, esta es la llave;
que yo, si llego á lograrlo,
abriré con la maestra;

Dale una llave.

pero no podré esperaros;
porque cierta ocupacion
precisa me está llamando.

D. LUIS.

Bien está. A Dios.

D. DIEGO.

Volver luego,

me es preciso, á ver si hallo
sazon de hablar á la hermosa
ocasion de mi cuidado;
porque un criado me ha dicho,
que sale esta tarde al campo. *vase.*

Salen Don Cosme Mendieta, vestido ridículamente y Juancho su criado.

D. COSME.

¿Señor Don Luis, qué secretos
son estos que estais hablando
con Don Diego?

D. LUIS.

¡Hay tal pregunta!
¡Que no pueda yo quitaros,
el que seais caballero
de Ciudad!

D. COSME.

Don Luis, á espacio;
que el Galatéo Hespañol
en el capitulo quarto,
dice expresísimamente,
que es grosería, hablar paso.

D. LUIS.

Oh, pues si es del Galatéo,
no lo haré otra vez.

D. COSME.

Y quando
Don Diego y vos otra vez
hagais ese desacato,

¿no sabré yo:::?

D. LUIS.

¿Qué sabreis?

D. COSME.

¿Cómo qué? Sabré, mataros.

D. LUIS.

¿A los dos?

D. COSME.

Y otros cinqüenta.

D. LUIS.

¿Sabeis matar por ensalmo?
¡Hay mas raros desatinos!

D. COSME.

¿Juanchillo, cómo quedamos?

JUANCHO.

En paz; que es quedar muy bien.

D. COSME.

Quedamos bien; soy bizarro.
Mas, Don Luis, dexemos esto,
y á lo que importa volvamos;
que he tenido una pendencia,
y quiero comunicaros
el lance, para saber
si he quedado, ó no he quedado.

D. LUIS.

Esto me faltaba ahora. *aparte.*

MARTIN.

No será el cuento muy malo.

D. COSME.

Yo, Don Luis, como digo,
quiero bien: ya lo digo: ¿Estais conmigo?

D. LUIS.

¡Jesus! ¡Quién tal confiesa!

D. COSME.

Digo, que quiero bien, y no me pesa.

D. LUIS.

¿Pues asi lo decís?

D. COSME.

Asi lo digo.
¿Qué os espantais?

D. LUIS.

Yo, amigo,
no confieso, que estoy enamorado,
sino es quando confieso mi pecado. [*ap.*
Yo le he de ir empeñando, en que me diga,
quién es su dama. ¿Y es esa enemiga,
que decís, muy hermosa?

D. COSME.

Oíd; que quiero,
pintaros su hermosura por entero.
Es Filis::: No es asi como se llama;
que finjo por la honra de mi dama.
Es, pues, una hermosura tan grandiosa,
que parece otra cosa;
quiereme mucho, vive mal segura;
mirad, Don Luis, si es barro su hermosura.

D. LUIS.

Lacónico pintais.

D. COSME.

Bonitamente
sabe pintar un hombre, lo que siente.
No mas, Don Luis, lisonjas.

D. LUIS.

Yo las dexo.
Es gran beldad.

D. COSME.

Pues éste es un bosquejo.
Esta, pues, me rindió tan ciegamente,
desde que ví sus ojos y su frente,
que me obligó ¡qué amor! ¡qué barbarismo!
á descubrirla mi pasion yo mismo.

D. LUIS.

¿Qué, la dixisteis vuestro pensamiento?
¡Rara fineza!

D. COSME.

Extraña, á lo que siento.
Mas sabe amor, aunque lo escucha mudo,
que hizo mi resistencia lo que pudo;
y no es aquesta la mayor fineza,
que debe á mi cuidado su belleza.

D. LUIS.

¿La hay mayor?

D. COSME.

¿No es mayor, sacar la espada
por ella yo, sin importarme nada?

D. LUIS.

¿La espada habeis sacado?

D. COSME.

Sí, en conciencia.

D. LUIS.

Fineza es de las quatro la pendencia.

D. COSME.

Mirad: yo que venia,
quando tocaban al Ave María
por la calle abaxito de esta dama,
que el corazon me inflama;
y ella, que de su casa iba saliendo
tapada::: ¿Vais conmigo?

D. LUIS.

Bien lo entiendo.

D. COSME.

Seguila, y al llegar juntó á mí casa:::
¿No me entendeis? ¿Parece, que se os pasa?

D. LUIS.

En todo estoy.

D. COSME.

Parado estaba un hombre;
y ella le conocia por el nombre
sin duda, porque asiendole de un brazo,
se le llevó con gran desembarazo
hácia la esquina.

D. LUIS.

¡Cielos, qué he escuchado! *ap.*
Sin duda este menguado

fue el que riñó conmigo, y la tapada
por esto ahora se apartó turbada,
quando le vió venir. ¡Hay desengaño
mas notable! ¡Hay suceso mas extraño!
¡Quién tal creyera de tan bella dama!

D. COSME.

Pues mirad, yo, que ví uno como se llama,
tan no sé cómo, desnudé el acero,
y á fe de caballero,
que yo al dicho le diera
con algo, si por algo no me fuera.

D. LUIS.

¿Y á él le conocisteis?

D. COSME.

No por cierto;
porque riñó cubierto.
Mas perdone su ausencia á mi mohina,
el tal era grandisimo gallina.

D. LUIS.

Bueno es esto, riñendo dos conmigo. *ap.*
¿Cobarde en fin?

D. COSME.

Y tan cobarde, amigo,
que es vergüenza contarlo.

D. LUIS.

¿Peleaba
con ventaja?

D. COSME.

Mirad, conmigo estaba.

Juancho solo.

D. LUIS.

¿Y con él?

D. COSME.

Solo venia
el otro.

D. LUIS.

¿Pues quál fue la cobardía?

D. COSME.

¡Que eso pregunte un hombre, que es discreto!
Ingenios bachilleres en efecto.
Vení acá: ¿pues teniendo él á su lado
la dama, que me tiene á mí postrado,
no fue tener poquísima destreza,
el no saber, romperme la cabeza?
¡Jesus! Si él fuera diestro, vive el cielo,
que me pudo matar como un buñuelo.

D. LUIS.

Decís bien. ¡Hay mas raro desatino!

D. COSME.

¿De qué os reís?

D. LUIS.

Celebro el peregrino
pensar de vuestro ingenio y el saynete.

D. COSME.

¿Parece, que os reís con sonsonete,
como quien oye alguna friolera?
Y os pudierais reir de otra manera,
sabiendo, que ninguno, ó alto ó baxo.

se ha reído de mí del Rey abaxo:
y mas vós que sabeis, que soy Mendieta
de los de Baronía y linea reta.
Pero aqui mejor es, irme y dexaros.

D. LUIS.

Aguardad. ¿Dónde vais?

D. COSME.

A no mataros.

D. LUIS.

Ved, que me levantais un testimonio.

D. COSME.

Yo conoco estas manos de demonio.

Vanse Don Cosme y Juancho.

MARTIN.

Bueno quedas.

D. LUIS.

¿Lo has oído?

MARTIN.

Mas me huelgo.

D. LUIS.

¿Qué, menguado?

MARTIN.

Que te hallaste buena droga
allá en el parque.

D. LUIS.

Si ha entrado
en el quarto de Don Diego,
alli sabré todo el caso.

MARTIN.

¿En fin de este necio es dama?

D. LUIS.

Confieso, que me ha pesado.

MARTIN.

¿Y la chanza?

D. LUIS.

¿Luego piensas,
que de estas cosas me mato?
No, Martin; obre el deseo,
y estese ocioso el cuidado.

MARTIN.

Ello dirá.

D. LUIS.

Vete tú
por esa parte, cuidando,
de si nos sigue este necio;
que yo por ésta me aparto,
y daré luego la vuelta.

MARTIN.

Buen lance habemos echado. *Vanse.*

Salen Don Diego, Doña Isabél, é Inés tapadas.

D. DIEGO.

Este es mi quarto, señora:
yo no ví tales misterios.
Todo es responder por señas;
mas no gasté muchos ruegos,
para que entrasen. ¿Quereis

que cierre la puerta? Bueno:
yo la cerraré; quedad
con Dios. Hácia el campo vuelvo,
á ver, si es tanta mi dicha,
que á Doña Isabél encuentro.
Don Luis tiene allá otra llave
de este quarto, y vendrá luego.
¡Hay mas rara hazañería!
Este parece embeleco
de mujer, que se supone
señora, Pero él es cuerdo,
y sabrá diferenciar
lo afectado de lo cierto. *vase.*

INES.

Buenas quedamos, señora.
Cierto, que parece cuento
de comedia: un galan tuyo
te dexa en su quarto mesmo,
para hablar á otro galan.

D. ISABEL.

No me acuerdes lo que emprendo;
que yo misma estoy corrida,
de verme á mí en este empeño.
¿Mas con zelos, quién discurre,
si son locuras los zelos?
Deseaba hablar á Don Luis,
acerté á vér á Don Diego;
llegaste tú, á preguntarle
por él; respondió, ofreciendo

guiarnos, adonde estaba;
empezó Don Luis, muy tierno
á hablarme por otra dama:
llegó mi hermano en efecto;
volví huyendo hácia mi quarto,
que es aqui pared en medio;
vino Don Diego á rogarme,
que le esperase aqui dentro;
y yo no sé, si aceptando
por desearlo, ó temiendo,
que entrar me viese en mi casa,
ó que durando en él ruego
me conociese, ó que ciega
de enojo, que es lo mas cierto,
sin acordarme de mí,
obedecí mis afectos.
Yo, en fin, me hallé en la indecencia,
antes que tubiese tiempo,
de hacer con la voluntad
su oficio el entendimiento.
Mas ya que el yerro conozco,
he de aprovechar el yerro,
rompiendo ahora con Don Luis
de una vez; porque Don Diego
con diferente fineza
me galantéa, y no quiero,
que padezca la opinion,
ya que padezca el afecto.

INES.

¿Sabes, lo que he discurrido?
que si es, como estás creyendo,
dama de Don Luis Doña Ana,
será raro atrevimiento,
el venirse, á hablar contigo
en el quarto de Don Diego,
su hermano.

D. ISABEL.

¿Ya no conoces
su osadia y su despejo?
Demás, que este quarto tiene
sin registro y algo lejos
del de Doña Ana la entrada.

INES.

Aquella puerta, que vemos
cerrada, debe de ser
la que manda por de dentro,
al quarto donde reside *ruido dentro.*
esa deidad. ¡Mas qué es esto!
Abriendola están.

D. ISABEL.

¡Ay triste!
no me faltaba otro riesgo.

INES.

Pues no es posible salir;
que estamos cerradas.

D. ISABEL.

Presto:

cubrete bien,

INES.

Mejor es,
que en la alcoba nos entremos,
hasta ver, quien es.

D. ISABEL.

Bien dices.
¡Hay mas sobresaltos, cielos!

Escondense, y salen Doña Ana y Juana con los mantos por el cuello.

JUANA.

Asi Martin me lo dixo.

D. ANA.

Aunque el manto tenia puesto,
para hacer una visita,
lo he de apurar; que no creo
lo que dices, ni es posible.

JUANA.

Digo otra vez, que saliendo
al campo, para escusarte
con Don Luis, de no ir al puesto,
que le habias señalado,
encontré á Martin, y luego
que pregunté por su amo,
me dixo (es famoso cuento)
que en el quarto de tu hermano,
discurriendo en unos zelos
le hallaria con mi ama.
Ibame á turbar, creyendo,

que te habian conocido;
pero dió en vago mi miedo;
porque antes de pocos lances
descubrí, que este embustero
de tu amante viene, á verte
en aqueste quarto mesmo
con dos tapadas, y que
ha pedido para ello
la llave á tu hermano. Andaos
creyendo á los hombres. Fuego.
Todas son afectaciones,
las que ellos llaman afectos.

D. ISABEL *al paño.*

Doña Ana es.

INES *al paño.*

Si ahora entrase
Don Luís, la habíamos hecho
buena.

D. ISABEL.

No me pesará;
porque con eso veremos,
si la conoce.

INES.

No sé
yo, en lo que están discurriendo.

D. ANA.

Aunque el salir á este quarto,
es nuevo en mí, y es mas nuevo
en mi condicion, el dar

á estos pesares el pecho,
y en mis ojos, el hacerse
testigos de atrevimientos
de esta calidad, no ha sido
posible con mi deseo,
que no me arroje á esta accion,
dorandome el desacierto:
como si el ver el agravio,
no fuese un castigo necio,
que mortificase al juez
y al culpado á un mismo tiempo.
Don Luis no puede extrañar,
el hallarme aqui, sabiendo,
que es el quarto de mi hermano:
y asi, Juana, me resuelvo
á aventurar, el que sepa
quien soy yo, porque, al saberlo,
sepa, que sé, quien es el:
Mas la puerta están abriendo;
dexalos entrar: no mires.

JUANA.

Sin duda es el: empecemos
á disimular.

Salen Don Luis y Martin, y cierra la puerta.

MARTIN.

Juanilla
dixo con mil juramentos,
que su ama no ha salido
de casa.

D. LUIS.

Yo tambien creo,
que es otra; que si ella fuera :::
Mas por Dios, que es ella.

MARTIN.

Bueno:
y luego dirán, que el bobo
escojió mal.

D. LUIS.

¡Estoy muerto!

D. ANA.

Poco se ha turbado, al verme.
Este, Juana, no es despejo,
sino locura.

D. ISABEL.

Oye, Inés.

D. LUIS.

Turbado estoy. Mas yo llego.
¿Señora?

D. ANA.

Señor Don Luis,
¿pues vos aquí?

D. LUIS.

Yo no acierto.
¿Dónde están mis desahogos? *ap.*
¿Qué sería, que de veras
me hubiese turbado yo?

D. ANA.

¿Qué sería? Bueno es eso.

Sería, haber conocido,
que sois mortal.

D. ISABEL.

Ya lo veo:
los dos se conocen. Cierta
fue mi sospecha: escuchemos.

D. LUIS.

Confieso, que estoy turbado,
despues que sé, que me ha muerto
una deidad, que concede
sus aras á muchos ruegos.

D. ANA.

¿Eso es necio, ó es turbado?
¿Qué decís, que no os entiendo?

D. LUIS.

Saber quisiera, deciros
un rasgo, de lo que siento.

D. ANA.

Los rasgos, Don Luis, no son
letras; mas legible os quiero.

D. LUIS.

¿Mas legible? Atended, pues.

D. ANA.

Mucho pedís; pero atiendo.

D. LUIS.

Yo soy un buen cortesano,
que la vez que llego á amar,
me rindo tan á lo llano,
que siempre puedo alcanzar

mi libertad con la mano.
Por el amor, que ha rendido
mi corazon mas violento,
nunca mi pecho encendido
le gastó un atomo al viento,
para formar un gemido.
Y es mi dureza tan rara,
que en la mas tierna parola
de un sentimiento, no echára
una lagrima tan sola
por un ojo de la cara.
Con eso me hago querer:
y á vos os lo digo asi;
porque tal me llego á ver,
que pienso, que he menester
desconfiaros de mí.
Yo os vi, y el amor sangriento,
flechando alli mi quietud,
dexó al corazon violento
fuerza para la inquietud,
y no para el movimiento.
Y hoy por solo unas sospechas
me trahe con tal desazon,
que debe de tener hechas
sus alas mi corazon
de las plumas de sus flechas.
Esto en mis acciones veo:
esto dice amor, señora,
sin que lo sepa el deseo.

Vos no lo creais ahora;
que yo tampoco lo creo.
Ocultaros no he podido
estos mis ciegos desvelos,
y asi vengo algo encojido,
á pediros unos zelos,
sin haberlos merecido.
Don Cosme en vuestro favor
halla dulces acojidas;
y no me espanto en rigor;
porque tal vez sus heridas
con simples cura el amor.
Yo no me enojo mas que esto,
aunque haya mas ocasion.
Si es verdad, estoy dispuesto,
á romper esta prision
con mucha flema, y muy presto.
Decidme, pues, si es asi:
antes con antes; porque
despues, señora, que os vi,
me tirais mucho, y no se,
que tanto he de dar de mí.

D. ANA.

¿Quando yo estoy extrañando,
veros aqui, y el intento
con que habeis venido aqui,
salís con pedirme zelos?

JUANA.

No entiendo este desahogo:

¿Cómo no le asusta el riesgo
de que vengan sus tapadas?

D. ISABEL.

El juicio estoy perdiendo.
¡Hay mas claro desengaño!
Ya me falta el sufrimiento.

MARTIN.

Ahora, vive Dios, que yo *ap.*
me estoy aqui deshaciendo,
de que Juana no ha llegado,
á hablarme.

JUANA.

Martin se ha hecho
de pencas, y yo le azoto *ap.*
con ellas, á lo que entiendo.

MARTIN.

Ello ha de quebrar por mí. *llega.*
Ah, mi reyna.

JUANA.

Nombre tengo.

MARTIN.

No acostumbro, decir nombres,
quando quiero decir verbos.

JUANA.

Diga pues, lo que me quiere.

MARTIN.

Entremonos aqui dentro,
y dexemos discretear
á nuestros amos.

JUANA.

Entremos.

Van á entrar donde están Inés, y Doña Isabél, y se detienen.

¡Mas quién és!

D. ANA.

¿Que ha sucedido?

JUANA.

Haber llegado primero,
que nosotras, estas damas.

Salen Doña Isabél é Inés tapadas.

D. ISABEL.

Ya me han visto, y ya no puedo
escusar el lance, Inés.

INES.

Ahora verás, si es cierto.

D. ISABEL.

Abrid, Don Luis, esa puerta.

Hacen que se van, y admirase Don Luis.

D. LUIS.

¡Pues cómo! ¿Quien es?

D. ISABEL.

Yo pienso,
que os hago, en no descubrirme,
lisonja: (rabio de zelos)
y pudierais escusar,
el traherme á estos empeños.

D. ANA.

Juana, ellas son.

JUANA.

¿No lo ves?

D. ANA.

Quanto me dixiste es cierto.

D. LUIS.

¡Yo os he trahido! aguardad:
¡Yo á vos!

D. ANA.

¡Pobre caballero!
¿Pues esto teniais guardado?

D. LUIS.

Señora, viven los cielos,
que es engaño.

D. ISABEL.

Acabad, pues,
de abrir la puerta.

D. LUIS.

Antes quiero,
saber quien sois, y yo mismo
he de llegar::: *va á descubirla.*

D. ISABEL.

Deteneos; *descubrese.*
que yo soy. Menos importa,
darme á conocer en estos
delitos, que permitiros,
que andeis conmigo grosero.

D. LUIS.

¡Pues vos, señora:::!

MARTIN.

Esta es otra,
y aquella es una.

D. LUIS.

No acierto,
á discurrir:::

D. ANA.

¡Raro lance!
Pues vos, amiga (¿qué es esto?)
¡en mi casa de esta suerte!

D. ISABEL.

Doña Ana, aunque el desacierto
de una ciega::: Mas la puerta,
parece, que están abriendo.

D. LUIS.

Don Diego debe de ser.

D. ANA.

¡Mi hermano! Valgame el cielo.

D. LUIS.

¡Pues Don Diego es vuestro hermano!

D. ANA.

¿Ahora salis con eso?

Sale Don Diego y se suspende.

D. DIEGO.

No pude hallar en el campo
á Doña Isabél, y vuelvo,
por si para sus tapadas
quiere Don Luis::: ¡Mas qué veo!
¡Mi hermana y Doña Isabél

aqui con Don Luis! No entiendo,
lo que puede ser.

D. COSME *dentro.*

¿Está
en casa el señor Don Diego?

MARTIN.

Esta es otra mas.

D. ISABEL.

¡Ay triste!
Mi hermano:::

Hablan aparte D. Luis con D. Ana, y D.
con D. Isabél, y sale D. Cosme al pa

D. COSME.

¿Pero qué es esto?
¿Don Diego y Don Luis aqui?
¿Mi hermana y dama con ellos?
¿Don Diego y mi hermana? malo
¿Don Luis y mi dama? bueno.

MARTIN.

Todos se han quedado mudos

D. DIEGO.

Confuso estoy y suspenso.
Pues, Don Luis, ¿qué es esto? ¿A
la dama está, que aqui dentro
venisteis á hablar, y cómo
tan diferentes sujetos
hallo con vos?

D. LUIS.

Yo no sé,

que responder.

D. COSME.

El saberlo,
á mí me toca tambien
de parte de hermana.

D. ANA.

¡Hay riesgo
mayor! Mas pues todos callan, *ap.*
aqui de todo mi ingenio:
por los cabos he cojido
el caso: yo lo remedio
de esta suerte. No os admire,
el ver á este caballero
turbado; porque lo está,
de escuchar mi sentimiento.

D. DIEGO.

¡Sentimiento vos, Doña Ana!
¿Pues de qué?

D. ANA.

La culpa de esto
vos la teneis.

D. DIEGO.

¡Yo la culpa!

D. ANA.

Y estoy corrida por cierto,
de que aqui Doña Isabél
haya visto estos excesos.

D. DIEGO.

No te entiendo.

D. ANA.

Hoy vino á verme,
porque aqui pared en medio
se ha mudado, y entre tanto
que se ordenaba el festejo
de la merienda, quisimos
ver los coches, que saliendo
van al sol de Leganitos;
porque solo este aposento
rejas á la calle tiene.
Y apénas abri para ello
esta puerta, que á la calle
corresponde, quando dentro
hallamos unas tapadas,
que corridas se salieron,
sin querer decir, quien eran,
por la misma puerta, y luego
abriendo esotra Don Luis,
y cerrando por de dentro,
donde sin duda buscaba
sus tapadas, vino á vernos.
De esto me enojé con él:
y ahora me enojo de esto
con vos, que dais vuestra casa
para estos atrevimientos,
teniendo una hermana en ella.
Remediadlo pues, Don Diego;
que yo entre tanto á mi quarto
con Doña Isabél me vuelvo.

MARTIN.

¡Rara salida! A los dos
hermanos ha satisfecho
vuestra ama.

JUANA.

No quiebra mal
el octavo mandamiento.

D. DIEGO.

Digo, que estás enojada
con razon. Don Luis, en esto
no hay que hablar: tiene razon.

D. COSME.

No tiene tal. Bueno es eso.

D. DIEGO.

Vos, por disputarlo todo,
lo decis; que aquesto mesmo
sentireis, siendo quien sois.

D. COSME.

Don Diego amigo, no siento;
que en queriendo gobernarnos,
en quantas cosas hacemos,
se hacen madres las hermanas
dentro de muy poco tiempo.
¡Qué entendido que soy! Nunca
me persuadi, que habia hecho
traycion á mi amor Doña Ana.

D. ANA.

Don Cosme, por acá dentro
con vuestra hermana venid.

D. COSME.

Estase por mí muriendo; *ap.*
esta es cosa rematada.

D. DIEGO.

Don Luis, por acá saldremos
nosotros.

D. LUIS.

Don Diego, vamos.
Zeloso voy de este necio. *ap.*

D. ANA.

¡Qué me empeñe yo, en llevar *ap.*
conmigo á la que me ha muerto!

D. ISABEL.

¡Qué reciba yo agasajos *ap.*
de la causa de mis zelos!

D. LUIS.

¡Qué haya perdido á las dos *ap.*
por tan extraño suceso!

D. COSME.

¡Qué me quiera á mí Doña Ana,
y yo como, rio y duermo! *ap.*

D. ANA.

Confieso, que voy sin juicio.

D. ISABEL.

Que voy sin alma, confieso.

D. LUIS.

Muriendome voy de pena.

D. COSME.

Rabiando voy de contento.

JORNADA SEGUNDA.

Salen baxando de lo alto al tablado Don Diego y Martin.

D. DIEGO.

Baxa.

MARTIN.

¿No hay mas de baxar?

D. DIEGO.

¿Ahora tienes temor?

MARTIN.

Yo, no; pero esto, señor,
es convidarme, á saltar.

D. DIEGO.

Habla paso; que estás necio,
y pon, donde yo, los pies.

MARTIN.

Lo que tú me dices, es,
que hable paso y cayga recio.
A tí te trahe tu aficion,
ciego, á saltar por aqui;
pero cuitado de mí,

que he de saltar sin pasion.

D. DIEGO.

Si el miedo á vencerte empieza,
volverte, ó callar, te toca.

MARTIN.

Eso es cerrarme la boca,
para abrirme la cabeza.
Pero ya que hemos pasado
de tu jardin al jardin
de Doña Isabél, ¿qué fin
lleva en esto tu cuidado?

D. DIEGO.

Despues que aqui se mudó,
de este medio me hace usar,
el no hallar otro de entrar,
á hablarla.

MARTIN.

¿Y qué he de hacer yo?

D. DIEGO.

Ven, y pisa con recato.

MARTIN.

Yo soy hombre tan discreto,
que sabrá guardar secreto
la suela de mi zapato.

D. DIEGO.

Don Cosme quedaba ahora
entretenido en la casa
del juego: el alma se abrasa,
y los remedios ignora:

Isabél anda remisa
en admitir mi aficion;
yo tengo poca ocasion,
y el trato no obra de prisa.
Este necio de su hermano
dexa la casa cerrada
de noche, y tan pertrechada,
que hablarla, es intento vano.
Y asi, como se ha venido
á vivir pared en medio
de mi casa, este remedio
mi cuidado ha prevenido;
y ciegamente saltando
las tápias, que nos dividen,
y los estorvos, que impiden
mi deseo, atropellando,
á hablarla resuelto vengo;
bien que la tengo enojada,
por no tenerla avisada;
mas ya en vano lo prevengo.
Para esto á Don Luis busqué;
no le hallé en casa; y así
en este intento de tí
mi pecho, Martin, fié,
pidiendote, que vinieses
conmigo; pues lo tendrá
por bien tu amo.

MARTIN.

Y te dará

muchas gracias, si le hicieses
merced, de acabar conmigo.
¿Y he de entrar allá tras tí?

D. DIEGO.

No, Martin: quedate aqui.

MARTIN.

Soy criado de tu amigo;
en lo que me has encargado,
descuida, y dexame obrar.

D. DIEGO.

Bien sé, que puedo fiar
mucho mas de tu cuidado.
En esta primera pieza,
que al zaguan y al quarto mira,
me espera.

MARTIN.

Yo estoy sin ira,
y el miedo á irritarme empieza.

D. DIEGO.

Amor, haya dicha alguna
cierta ó cabal en tus glorias,
y no siempre tus victorias
den triunfos á la fortuna. *vase.*

MARTIN.

Ahora mis desconsuelos
salgan en estos retiros,
y repasando mis zelos,
entonen ya mis suspiros
el *ay*, *ay*, *ay* á los cielos,

Don Cosme ceceó á Juana
denantes, y ella al reclamo
respondió. ¿Mas si se humaná
con este necio, y mi amo
echa la culpa á Doña Ana?
Para ser recado, era
muy cerca aquel razonar;
y quando recado fuera,
no hay quien no sepa templar
sus falsas con la tercera.
Pero pasos he sentido,
si el miedo no los imita:
retirome á ver, que ha sido.
Un soliloquio me quita,
como del altar, el ruido. *retirase.*

Salen Don Cosme con una escala en la mano y Juancho.

D. COSME.

Desde la casa del juego
me he venido paso á paso
á mi casa, y es el caso,
ya me entiendes, que estoy ciego.
Toma aquella escala, y ve *dasela.*
á la casa de Doña Ana;
que ya tengo hablado á Juana,
y hará, lo que yo me sé;
ofrecela treinta minas,
y di, que la ponga luego;
que ya yo sé, que Don Diego

se acuesta con las gallinas.

MARTIN.

Don Cosme es sin duda (¡ay Dios!)
y hablando con Juancho está.
Si ha visto á Don Diego ya,
buena la hicimos los dos.

D. COSME.

Llevala, pues.

JUANCHO.

Yo voy.

D. COSME.

Tente,
y escucha un poco.

JUANCHO.

Ya escucho.

D. COSME.

Lo que la has de encargar mucho,
es, que la ate fuertemente;
que aunque al mirar su belleza,
á Doña Ana el alma di,
no quiero, que sea mi
quebradero de cabeza.

JUANCHO.

Y el atarla esa mozuela,
que apadrina tu aficion,
¿ha de ser en el balcon
que cae á la callejuela?

D. COSME.

¡Cómo qué? Por Dios, que trahe

lindas maulas. Majadero,
¿no os he dicho, que no quiero
que sea en el balcon que cae?
Pero descuidaos: por vida
vuestra, que vos subireis
delante de mí, y me hareis
la salva de la caida. *vase Juancho.*
Ahora bien, á mi aposento
un rato me quiero entrar,
y á mis solas ensayar
un bello razonamiento,
para decir lindamente
á Doña Ana mi sentir;
porque el hablar y el morir
no quieren ser de repente. *vase.*

Sale Martin.

MARTIN.

Uno hácia el quarto se entró,
y otro hácia el zaguan se fue,
que con la luna se ve:
pero él vuelve; ¿si me vió?

Sale Don Cosme, y encuentra con Martin.

D. COSME.

Juancho, aguarda, espera, tente.

MARTIN.

Yo callo.

D. COSME.

Que bueno ha sido

Juancho, que no te hayas ido.
Porque haga mas facilmente
Juana, lo que la he pedido,
llevala estos diez doblones.
Esto es, en las ocasiones

Dàle un bolsillo.

saber ser uno advertido. *vase.*

MARTIN.

Porque haga mas facilmente
Juana, lo que la he pedido,
llevala estos diez doblones.
¡Ay amor! buena la hicimos:
mira, si para un agravio
son menester mas indicios.
¡A Juana Don Cosme, á Juana
seis doblones, y conmigo!
¡Yo el precio vil de mi afrenta!
¡Yo sin honra y con bolsillo!
Vive Dios que los echára
mas altos que treinta gritos,
si no fuera por las cruces
y las armas de Carlillos.
Pero otra vez siento pasos,
que se acercan; no ha podido
quaxarseme un soliloquio,
por mas que lo solicito.

Salen Doña Isabél é Inés asustadas, y Don Diego con ellas.

D. ISABEL.

¿Dónde queda?

INES.

Hácia tu quarto
se entró.

D. ISABEL.

¿Si nos ha sentido?

INES.

Pienso que sí; porque entraba
con pasos muy desmedidos.

D. ISABEL.

¡Terrible susto! Don Diego,
nunca acrediteis lo fino
con lo arrojado; idos presto;
que de tal suerte he sentido
este atrevimiento vuestro,
que á ser hombre de otro estilo
mi hermano, de él me valiera
contra vuestros desvaríos.
Idos, pues.

D. DIEGO.

Bella Isabél:::

D. ISABEL.

Repárad en mi peligro.

D. DIEGO.

¿Cómo, reparando en él,
puedo dexar de asistiros?

D. ISABEL.

Porque el peligro es, que os halle

aqui mi hermano conmigo.

D. DIEGO.

Pues ya que:::

D. ISABEL.

No he de e

D. DIEGO.

Obediente:::

D. ISABEL.

No he de

D. DIEGO.

Pues sepa yo, que no voy
en desgracia vuestra.

D. ISABEL.

Digo,
todo lo que vos quisiereis.

D. DIEGO.

Dichoso infeliz he sido.
Martin.

MARTIN.

Aqui estoy. ¿Nos v

D. DIEGO.

Sigueme.

MARTIN.

¿No es mejor, irn
por la puerta de la calle,
que ahora salió Juanchillo,
y se la ha dexado abierta?

D. DIEGO.

Bien dices: vente conmigo.

hácia tu casa, que quiero;
ver á tu amo.

MARTIN.

Prestico;
que un hermano bobo monta
mas que un bellaco marido. *vanse.*

D. ISABEL.

¿Fueronse ya?

INES.

Ya se fueron.

D. ISABEL.

Muerta estoy.

INES.

Si nos ha visto,
es un Nerón, y no doy
por nuestras vidas un higo.

D. ISABEL.

Inés, volvamos adentro,
antes que::: ¡Pero qué miro!
Mi hermano vuelve, la espada
desnuda, el color perdido,
y los pasos descompuestos.

INES.

Yo doy la vida, y no miro.
Con una luz en la mano,
y vibrando el vengativo
acero, hácia acá se acerca.

D. COSME *dentro.*

¿Dónde vás, hombre atrevido?

Mira, que te mato.

D. ISABEL.

Ya

evidencias, y no indicios,
me asustan. Inés, ¿qué harémos?

INES.

Fuerza há de ser, el salirnos
al zaguán, pues no podemos
volver adentro. Aturdido
tengo todo el corazon.

D. ISABEL.

Nada acierto: nada elijo.
Mas ya llega: vén aprisa.

INES.

Muerta estoy.

D. ISABEL.

Voy sin sentido.

Vanse, y sale Don Cosme con una luz en la mano, y la espada desnuda.

D. COSME.

Despues de haber ensayado
un razonamiento altivo,
con que decirle á Doña Ana,
que quiero ser su marido:
por otra tal he tomado,
y con la espada he venido
ensayando una pendencia,
por si acaso me acuchillo;
y llevado del afecto,

dí á mi contrario dos gritos;
porque yo siempre acostumbro
hablar recio, quando riño.
Pesaráme, que mi hermana
se haya asustado de oírlo;
mas ya dormirá; que es suya,
y no oyó, por quién se dixo:
¿Cómo amorosos cuidados
consienten ojos dormidos?
Vuelva el acero á la vayna,
y bien sabe el acerillo,
que es ésta la vez primera,
que vuelve á la vayna limpio.

JUANCHO *dentro.*

Vayanse á pasear las muy:::
y no digo mas:

D. COSME.

Juanchillo,
¿qué es eso?

Sale Juancho.

JUANCHO.

Que en el zaguán
se nos habian metido
dos mujeres.

D. COSME.

¿De qué porte?

JUANCHO.

De seda eran los vestidos;
pero serian de porte

medio real.

D. COSME.

Qué Vizcaíno
te estás. Serian quexosas,
que me rondan por esquivo.
¿Y fueronse?

JUANCHO.

Como vieron,
que tú salías al ruído,
apretaron á correr,
y yo cerré.

D. COSME.

No me admiro:
soy de codiciar, y hay muchas,
que honrarse quieren conmigo,
y con la sangre Mendieta,
que me dexó el padre mio
en su testamento. ¿Y bien,
hablaste á Juana? ¿Qué ha dicho
de la escala?

JUANCHO.

Que estaria
puesta, y todo prevenido.

D. COSME.

¡Lo que hacen unos doblones!
Este es muy fiel Vizcaíno, *aparte.*
no sisaria: Jesus,
jurára por él á Christo.
¿Y es Juana moza de fuerza?

JUANCHO.

Moza de fuerza y de brio.

D. COSME.

Cómo ella ha de atar la escala; ¡?

Digolo, porque lo digo.

JUANCHO.

Descuida.

D. COSME.

Los de mi casa
siempre hemos sido enemigos
de caídas, porque somos
los Mendietas como un vidrio.
Pero vamos, á hacer hora
de escalar; que ya le he dicho,
que hasta que yo haga la seña,
no la ponga. Vén conmigo,
que quiero dexar cerrada
la puerta; que no me olbido
del cuidado de mi casa;
que tengo en este castillo
una hermana, y las hermanas
guardarlas como Domingos. *Vanse.*

Salen Doña Ana y Juana con luz.

D. ANA.

Pon, Juana, esa luz alli,
y vé luego, á abrir la puerta
á Don Luis.

JUANA.

¡Cómo! Estoy muerta.

¡Don Luis viene á verte!

D. ANA.

Sí;

que mi hermano nunca viene
tan temprano á casa, y yo
estoy tan ciega, que no
teme el alma, ni aun previene
los riesgos. Vile en la calle
desde una rexa: intenté
desviarme, y no basté
conmigo á dexar de hablalle.
Dixele, en fin, que á esta hora
viniese á verme; yo estoy
zelosa: lo dixe, y doy
la disculpa á quien no ignora
la culpa de mi cuidado.
Porque sepas, que no admito
réplicas, sé que es delito,
y los ojos he cerrado.

JUANA.

Si ella supiera, que ahora *aparte.*
en el balcon de esta sala
puso poco ha una escala
esta mano pecadora.
No sé, como no ha subido
Don Cosme. ¿Si me engañé,
y de otro la seña fue?
En buen riesgo me he metido.

D. ANA.

¿No vas?

JUANA.

Si, señora: yo
no puedo ya remediallo. *aparte.*
Voy á obedecer, y callo;
que bien sé decir de no.
Tan bizarramente niego,
que nunca de mí barruntan;
porque niego, si preguntan,
y si porfian, reniego. *vase.*

D. ANA.

Corazon, yo me perdí;
confieso, que estoy mortal,
y voy siguiendo mi mal,
con apartarme de mí.
¡Mas qué es esto! ¿Yo que dí
las flechas de amor al viento,
hoy en mi pecho fomento
el fuego que él encendió?
Miente amor, y miento yo,
si imagino, que no miento.
¿Yo de un hombre, que á otra quiere,
prendada ya con pasion?
Ea, triunfe la razon,
de lo que el amor venciere.
Persuadase; que ya adquiere
el pecho el perdido haliento.
¡Mas ay! que está muy violento

àmor, y yo inadvertida,
con creer que estoy rendida,
perficiono el rendimiento.
Finjo y afecto el valor;
pero es salud inconstante;
porque, si quiero á mi amante,
y si á Don Luis tengo amor,
¿qué importa que en lo exterior
esté el sentimiento mudo,
si queda dentro lò agudo
del dolor, que me despecha,
y es esto romper la flecha,
pensando, que la sacudo?

Sale Juana con Don Luis.

JUANA.

Entrad, que aqui está. Si puedo
he de llegar al balcon, *aparte.*
en viendolos divertidos,
y quitar la escala.

D. LUIS.

Yo
confieso, que estoy turbado.

D. ANA.

Señor Don Luis, aunque vos
tendreis por atrevimiento
de una mujer como yo,
el tomar esta licencia,
quiero, que aqui entre los dos
apuremos la verdad

de nuestras quexas, y que hoy
busquemos el desengaño
primero, que la pasion,
conociendo, que el remedio
le haga parecer dolor.

D. LUIS.

Yo no sé, hermosa enemiga,
cómo has tenido valor,
para escuchar á un quexoso,
que ha de buscar con su voz
la paciencia de tu oído
primero que la atencion.
Yo no sé:::

D. ANA.

Señor Don Luis,
aunque juzgais, que el amor
me tiene ciega, conozco
los colores, y que hoy
pecan de muy claros esos,
que adornan vuestro fervor.
Menos retorica busco,
y mas afecto.

D. LUIS.

Yo estoy
tan lexos, de ponderar,
que aun, al decir mi pasion,
el dolor me ofende menos,
que el desayre del dolor.
Porque ¿cómo he de deciros,

que al ver vuestra perfeccion,
la lisonja de la luz
se introduxo en el ardor,
y á pocos pasos del fuego
se fue aumentando la accion,
y la luz que me guiaba,
en el humo se escondió?
¿Y cómo pasaré luego,
á quexarme, de que vos,
teniendome de esta suerte,
permitais, siendo quien sois,
que un necio pueda decir,
que escuchais::: Mas, vive Dios,
que no estoy, en lo que digo,
ni sé, á qué titulo os doy
estas inutiles quexas.
Tenedme lastima vos;
que en pleytos de quexas es
desdicha, tener razon.

JUANA.

Yo quito la escala ahora, *aparte*
que están en fuga los dos.

D. ANA.

¿Dónde vas, Juana?

JUANA.

Parece,
que estaba abierto el balcon,
y le queria cerrar.

D. ANA.

Cierrale, pues.

JUANA.

No nació
con dias mi embuste.

D. ANA.

Cierto,
señor Don Luis, que son
de calidad vuestros zelos,
que he tenido por mejor,
despreciarlos por indignos
de mi oído y vuestra voz;
y acordandome tambien,
de lo que hoy os sucedió
en el quarto de mi hermano
á Doña Isabél y á vos,
solamente he de deciros,
que, si me pintasteis hoy
muy falso y muy despejado
vuestra libre condicion,
os quiero pintar la mia:
y asi, pues entonces yo
os presté un rato el oído,
volvedmele ahora vos.
Yo soy, Don Luis, una dama,
que no conozco ese duende
del amor, sino es por fama;
y aunque no sé, lo que enciende,
sé, lo que alumbra su llama:

porque con ojos atentos
he visto en otras paciencias,
lo que pueden sus tormentos,
y de ajenas experiencias
compuse mis escarmientos.
Las voces, que á su pasion
dá un amante en su despecho,
ó en una ponderacion,
ya sé, que salen del pecho,
huyendo del corazon.
Con solo ajustar la mira,
desentraño sus cuidados,
y saco, al que mas suspira,
la verdad de siete estados
debaxo de la mentira.
De esto nace, que el gemido,
con que llama al ciego Dios
un amante enternecido,
se me entra por un oído,
y se me sale por dos.
Mis ojos en la mitad
de este cuidado halagueño,
que andan trás la libertad,
tratan con cariño al sueño,
y al llanto con sequedad.
Y asi esos tiernos gemidos,
y esas suaves violencias,
guardad para otros oídos;
que yo tengo las potencias

delante de los sentidos.
Eso debe de ser bueno
para Isabeles ; errado
viene , Don Luis , el veneno;
porque acá dán el trenzado
á lo que allá dán el freno.
Gran socorro es lo piadoso
para una fea , que hallára
en amor mucho reposo,
si lo docil no llenára
los vacíos de lo hermoso.
En ella , Don Luis , haced
esas suertes , que impedida
en vuestra amorosa red,
será , quitarla la vida,
hacersela de merced.
Que yo me hallo tan señora
de mí, que sin que este caso
me haga sacar por ahora
á la muerte de su paso,
pienso morirme á mi hora.
Porque al ver, que está de Dios
el no querernos los dos,
en menos que ha que lo digo,
hice la cuenta conmigo,
y puedo vivir sin vos.

D. LUIS.

Nada de quanto decís,
me ha causado admiracion;

porque nunca esperé mas
de mi dicha, ni de vos.
Pero dexad, que me admire,
de que, siendo como sois,
ó como os pintais::: ¡Qué escucho!

Suena una seña en el balcon.

Señas en vuestro balcon.

D. ANA.

¿Juana, qué es esto?

D. LUIS.

Qué bueno.
Juana, dí con turbacion,
como que á tu ama temes,
que estos son yerros de amor,
y que á tí te hacen la seña.
¿No es esto asi?

JUANA.

Yo, señor,
no sé nada. Este es Don Cosme; *ap.*
temblando de miedo estoy.

D. ANA.

Don Luis:

D. LUIS.

No hay Don Luis, Doña Ana.
Estos desengaños son
muy costosos; yo no tengo,
para sufrirlos, valor.
A Dios, á Dios.

D. ANA.

Tente, espera;
que has de averiguarlo.

D. LUIS.

¡Yo!
¿A qué proposito? Aparta.

D. ANA.

No te has de ir.

D. LUIS.

Si es prevencion,
porque no me vean salir,
por eso mismo me voy.

D. ANA.

Don Luis, el cielo me falte,
si sé, quién es, y es rigor:
¡Pero qué es esto! *suena ruido.*

D. LUIS.

Esto es ya,
hacer fuerza en el balcon,
para abrirle.

JUANA.

¡Yo estoy muerta!

D. ANA.

¡Quién será! Valgame Dios.

D. LUIS.

Yo lo sabré de esta suerte.

D. ANA.

Tente: ¿dónde vas?

D. LUIS.

Ya estoy
resuelto, á cumplir conmigo,
pues no he de cumplir con vos.

JUANA.

Buena la hemos hecho.

D. LUIS.

Ahora
sabrémos, quién es.

Abre el balcon, y sale por él Martin.

MARTIN.

¿Señor,
tú aqui? ¡Terrible desdicha!

D. LUIS.

¡Qué es esto!

MARTIN.

¡Fuerte ocasion!

D. LUIS.

¿Qué trahes?

MARTIN.

Escondete aprisa.

D. LUIS.

¿Cómo? ¿De quién?

MARTIN.

Qué se yo.
De Don Diego.

D. ANA.

¿De mi hermano?
¿Pues dónde está?

MARTIN.

Hecho un Nerón,
queda en la calle.

D. LUIS.

¿De qué?

MARTIN.

De que ha visto en el balcon
la escala.

D. ANA.

¿La qué?

MARTIN.

La escala.

D. ANA.

¿Pues quién (sin haliento estoy)
pudo atreverse:::?

D. LUIS.

¿Esto mas?
Doña Ana, dí, que es rigor,
el no creerte.

D. ANA.

¿Don Luis:::?

D. LUIS.

Ya, ingrata, se acabó
Don Luis. Prosigue, Martin:
sepa todo el lance yo,
para ver, lo que he de hacer.

MARTIN.

Viniendo ahora los dos,
de buscarte, despues que

fui un rato su guardador
de espáldas en otro lance,
que dixe en otra ocasion,
dió la vuelta hácia su casa,
por no haberte hallado, y vió
con los rayos de la luna,
pendiente de ese balcon
una escala: fue á la puerta
de la calle, y la encontró
abierta; quedó aturdido,
y el mismo ciego furor
le hizo discurrir entonces,
que, si entrar por el balcon,
resolvía, por la puerta
se le iria el agresor;
y si por la puerta entraba,
dexaba sin prevencion
la ventana; y asi quiso,
que entrase por ella yo,
á solo espantar la caza,
remitiendo á su valor,
el guardar ambas salidas.
Mirad ahora los dos,
qué habeis de hacer; porque él queda
en la calle.

D. AÑA.

¡Muerta estoy!

D. LUIS.

¡Fuerte empeño!

JUANA.

En hora mala ap.

troqué la seña.

MARTIN.

Señor,

resolvamonos aprisa.

D. LUIS.

Doña Ana, aunque está mi amor
por tan claras evidencias
desobligado de vos,
soy caballero, y está
obligado mi valor.
Adentro os podeis entrar;
que aqui retirado yo,
veré, en lo que pára el lance,
y os defenderé; que no,
porque esté ahora sin gusto,
estoy sin obligacion.

D. ANA.

Don Luis, el Cielo es testigo,
de que yo sin culpa estoy.

D. LUIS.

Bien está: no os detengais
en disculpas.

D. ANA.

Pues á Dios;
que en esa quadra estaré,
viendo lo que pasa.

D. LUIS.

Y yo

en esa de esotro lado.

MARTIN.

Y yo hácia la calle voy,
á deslumbrar á Don Diego. *vase.*

D. LUIS.

Buen pago dais á mi amor.

D. ANA.

Vos vereis el desengaño.

D. LUIS.

¿Qué desengaño mayor?

JUANA.

Aprisa; que siento pasos
allá fuera.

D. ANA.

A Dios.

D. LUIS.

A Dios.

Retiranse á los dos lados, y salen Doña Isabel é Inés con mantos.

INES.

Todo está solo.

D. ISABEL.

Entra, Inés,
y pregunta por Don Diego;
que ya que fué su amor ciego
causa de mis riesgos, es
empeño suyo, ampararme,

y mio, el no desear
otro amparo en mi pesar,
quando por él llego á hallarme
perdida.

INES.

Bien se ordenó,
el que estos mantos nos diese
mi amiga, sin que supiese
la causa, que me obligó
á pedirlos. Ya no es tanto
mi miedo; que una mujer
no conoce á quien temer,
si se vé detrás de un manto.

Sale Don Cosme.

D. COSME.

Cansado vengo y rendido.

INES.

¡Ay Dios! que es tu hermano.

D. ISABEL.

¡Quién

INES.

El es.

D. ISABEL.

Pues cubrete bien.
¡A quién esto ha sucedido!

D. COSME.

Buscando la escala, hallé
la puerta de mi Doña Ana
abierta, y tube mas gana

de entrarme aqui por mi pie,
que por los pasos ajenos
de una escala majadera,
que por lo menos me hiciera
una cabeza de menos.

D. LUIS.

¡Tapadas aqui! ¡Qué es esto!
¡Y Don Cosme!

D. ANA.

¡Hay mas extraño
suceso!

D. LUIS.

Parece engaño
del sentido.

D. COSME.

Yo protesto,
ser cortés en la ocasion.
Abro, pues. ¡Pero aqui están
dos tapadas! ¡Quién serán?
¿Mas qué pregunto? Ellas son.
Doña Ana es sin duda alguna,
que impaciente de aguardar,
me queria ir á buscar:
yo tengo gentil fortuna.
¡Oh qué bien he discurrido!
Luego mi ingenio lo errára.
Vive Dios, que es cosa rara
lo que tengo de entendido.
Lleguemos, pues. Yo quisiera:::

D. ISABEL.

¡Hay mas infeliz mujer!

D. COSME.

Como dixo el otro, ver
toda la carilla entera.

Salen Don Diego y Martin.

D. DIEGO.

Como tardaste en salir,
hice la escala pedazos,
y volviendo hácia la puerta,
ví dos mujeres, que entraron
en mi casa; aguardé un poco,
que pasase mas abaxo
un hombre, que por la calle
venía, y acá se ha entrado
tambien. ¿Qué puede ser esto?

MARTIN.

Yo los encontré, baxando
al zaguán; mas no me vieron.

D. DIEGO.

Aguarda; que, ó yo me engaño,
ó es Don Cosme.

MARTIN.

El es, y está
con dos damas porfiando.

D. DIEGO.

Y ellas se recatan de él.
Escucha un poco.

D. ANA.

Mi hermano
entró ya. ¡Valgame Dios!
Si se quitasen del paso,
para que salga Don Luis.

D. LUIS.

Don Diego entró. Bien me ha estado,
que con los dos se detenga.

D. DIEGO.

Yo me resuelvo á apurarlo.

D. COSME.

Dale que ha de estar tapada.
Pero ¿quien:::? ¿Don Diego? Andallo,
aqui se ha de hundir el mundo.

D. ISABEL.

¡Hay mas raros sobresaltos!

D. DIEGO.

¿Don Cosme, qué es esto? ¡Vos
entrais de esa suerte!

D. COSME.

Paso.
No me pregunteis, Don Diego;
que no respondo en el campo.
Yo estoy resuelto, á amparar
á vuestra hermana. Apartaos,
Doña Ana, hácia mis espaldas,
por si hubiere chincharrazos.

Empuña la espada, y ponese detrás Doña Isabél, y se descubre á Don Diego.

D. DIEGO.

Mi hermana::: ¡Pero qué miro!
Doña Isabél es ; que el manto
levantó , para avisarme.
¡Hay empeño mas extraño!

D. COSME.

Vive Dios, que me ha temido.
¿Si es gallina? ¿Quereis algo
para ello? ¿Qué decís?

MARTIN.

Señores, este menguado
nos ha de quitar el juicio.

D. LUIS.

Absorto estoy, de escucharlo.

D. COSME.

Si estais de paz, acabemos:
que me cansa lo empuñado.

D. DIEGO.

No sé qué hacer; pues no es bien
sufrir, que ni aun engañado, *aparte.*
piense, que me ofende. A todo
he de ocurrir.

D. COSME.

Buen cuñado
por cierto.

D. DIEGO.

Señor Don Cosme,
vos padeceis grande engaño.
Esta dama, que tapada

de vos se está recatando,
ni es mi hermana, ni yo puedo
dexarla; que he de estorvaros
con mi acero, el conocerla,
si os resolveis á intentarlo.
Empuña, y ponese delante de Doña Isabél.

D. COSME.

Patarata, patarata;
de risa estoy reventando.
Asi es la corte. Que no es *aparte.*
su hermana dice el cuitado,
y es eso, no querer darse
por entendido del caso;
mas no le valdrá. Don Diego,
no hay cosa, como hablar claro.
Vuestra hermana, que decís,
que no es la que está escuchando,
era mi mujer *in mente*,
y para hablarla en el caso,
hice poner una escala
á ese balcon.

D. LUIS.

¡Qué he escuchado!
¿De este necio era la escala?
¡Ah traydora!

D. ANA.

Bien quedamos
de esta vez, vanidad mia.

D. DIEGO.

Atandome está las manos *aparte.*
su hermana, para que aqui
no le dexe castigado
de este atrevimiento.

D. COSME.

Y, como
digo de mi cuento, hallando
la puerta de par en par,
por ella de entrar acabo.
Mas soy tan pundonoroso,
y el veros tan reportado
me ha desquaxado de suerte,
que ya se me vá quitando
la gana, de ser su esposo:
y por Jesu-Christo santo,
que por no tener mujer
civil de parte de hermano,
si no me matais primero,
no he de ser vuestro cuñado. *vase.*

D. DIEGO.

Esperad.

D. ISABEL.

Tened, Don Diego.
¿Quereis perderme?

D. DIEGO.

¡Hay mas raro
disgusto! ¿Doña Isabél,
pues vos:::? ¡Qué es esto! ¡En mi quarto

de esta suerte, y á esta hòra!

D. ISABEL.

Ya, Don Diego, me ha empeñado
mi fortuna, en que mi honor
solicite vuestro amparo,
quando padece por vos
estos riesgos.

D. DIEGO.

¿Yo he causado
vuestros riesgos?

D. ISABEL.

Sí; que luego
que os fuisteis, y yo á mi quarto
asustada, como visteis,
me quise volver, mi hermano
salió de adentro, la espada
desnuda, el color turbado,
y las voces descompuestas;
y fue fuerza, retirarnos
Inés y yo, hasta el zaguán,
desde donde nos hallamos
empeñadas en salir
huyendo á la calle; y quando
me ví sin otro recurso,
pidiendo Inés estos mantos
á una amiga suya, vine
á deciros el estado,
en que vuestro amor me ha puesto;
y apenas habia llegado,

quando pasó, lo que aqui
habeis visto.

D. LUIS.

El mismo caso
me ha de sacar del empeño.

D. DIEGO.

No teneis que congojaros,
ni rendiros; pues yo estoy
bella Isabél, empeñado
en defender vuestra vida;
y así, señora, entre tanto,
que se median estas cosas,
podeis estar en el quarto
de mi hermana.

D. ANA.

Solo ahora
me faltaba sobre tantos
este pesar mas.

D. ISABEL.

Don Diego,
lo primero que os encargo,
es, que no me vea Doña Ana.

D. DIEGO.

¿Pues por qué?

D. ISABEL.

No es este caso,
para que nadie lo sepa.

D. DIEGO.

¡Pues mi hermana debe daros::!

D. ISABEL.

Por ningun caso, Don Diego.

D. DIEGO.

Bien está.

D. ISABEL.

No fuera malo,
dar venganza á mi enemiga.

D. DIEGO.

Si fuera algo mas temprano,
os pusiera en un Convento,
donde estareis, entre tanto
que con mas decoro vuestro
llega de mi dicha el plazo.
Mas no es posible á esta hora
disponerlo, ni yo hallo
otro medio, que pedir
por esta noche su quarto
á Don Luis, de quien hoy solo
puedo fiar mi cuidado,
trahiendole á él conmigo,
porque esteis con el recato,
que se debe á vuestro honor.

D. ISABEL.

Mi honor solo está en mi mano;
vuestra me hizo la fortuna,
y en lo demás, en juzgando
vos, que ès decente, no tengo
que reparar: mas reparo,
en que no sepa, quién soy

vuestro amigo.

D. DIEGO.

Eso dexadlo
á la atencion de mi amor.
Aunque el ser de este menguado
la escala, y lo que yo fio *ap.*
de la atencion y el recato
de mi hermana::: Mas despues
apuraré todo el caso;
que esto es ya lo mas preciso.
Vamos, pues, señora.

D. ISABEL.

Vamos.

D. DIEGO.

Ven, Martin. *vanse.*

MARTIN.

Famosamente
se ha dispuesto, que mi amo
salga del riesgo en que está,
y de camino ha apurado
sus zelos: mi tema es,
que un bobo basta á embobarnos
á todos, que á mí tambien
con Juana zelos me ha dado;
y yo soy tan para poco,
que un soliloquio no acabo. *vase.*

Salen Don Luis y Doña Ana.

D. LUIS.

Irme sin verla, quisiera.

D. ANA.

¿Don Luis, dónde vais? Yo salgo *ap.*
corrida.

D. LUIS

Doña Ana, á Dios.

D. ANA.

Oid.

D. LUIS.

Mucho desenfado,
ó mucho valor teneis;
pues, vuestro respeto ajando,
quereis oir el lenguage
de un hombre desengañado.

D. ANA.

¡Ah! Pese á mi sufrimiento;
pues soy tan neçia, que á hablaros
de veras, me mortifico,
en la accion de un mentecato.

D. LUIS.

Yo me holgára, de ser facil
de creer, para aventuraros,
con lo docil del oido,
los adornos del engaño.
Mas no estoy:::

D. ANA.

Ea, callad;
que temo mucho, acordaros,
quan necio estais, y correrme,
en habiendooslo acordado.

La osadia de este loco
remediará :::

D. LUIS.

¿Quién?

D. ANA.

Mi hermano,
que la ha sabido, ó yo sola,
que para el remedio basto.

D. LUIS.

¡Remedio! ¿Y decid, con eso
queda cabal vuestro garbo,
si es propiedad del remedio
el llegar despues del daño?

D. ANA.

¿De suerte, que yo sabria,
lo que este necio ha intentado?

D. LUIS.

Dexadme: no me obligueis,
á responder.

D. ANA.

¿Y esperando
á este necio, os llamaria?
¿Para qué? Para ocultaros
mi delito.

D. LUIS.

¿Y ese necio
tendria esos desacatos,
si antes no le ocasionára
la infamia de vuestro agrado?

D. ANA.

Advertid, que hablais conmigo.

D. LUIS.

¿Advertido y desayrádo
me quereis? Quedad con Dios.

D. ANA.

Mirad, que estoy violentando
mi decoro, en deteneros.

D. LUIS,

¿Y que haré yo, en escucharos?

D. ANA.

Por mí ha de volver el tiempo.
Vos vereis, que todo es falso.

D. LUIS.

¿El tiempo? Bueno: ¿Y mis zelos,
quereis, que estén tan de espacio?

D. ANA.

Ahun bien, que está vuestra dama
esta noche en vuestro quarto.

D. LUIS.

¿Despropositos ahora,
que las disculpas faltaron?
Ea, dexadme.

D. ANA.

¿Qué os dexe?
Bien está; ya os dexo, y tanto,
que no habeis de verme mas.

D. LUIS.

¿Yo veros? Partame un rayo,

si lo intentáre.

D. ANA.

Y á mí,
si en eso os fuere á la mano.

D. LUIS.

¿ Jurais ?

D. ANA.

¿ No jurasteis vos
primero ?

D. LUIS.

Mucho intentamos, *ap.*
corazon.

D. ANA.

Amor, muy presto
os habeis determinado. *ap.*

D. LUIS.

¡Yo verla!

D. ANA.

¡ Yo detenerle! *ap.*
Oid: mirad.

D. LUIS.

¿Teneis algo,
que mandarme ?

D. ANA.

Nada: solo,
que advirtais, que habeis jurado.

D. LUIS.

Bien está; á Dios: pero oid.

D. ANA.

¿Qué quereis?

D. LUIS.

Si os he llamado,
solo queria deciros,
que no sé, jurar en vano.

D. ANA.

¡Esto es amor! Yo voy muerta. *ap.*

D. LUIS.

¡Esto es querer! Voy rabiando. *ap.*

D. ANA.

¿Dónde estais, mis altiveces,
que asi os dexais mis agravios?

D. LUIS.

¿Dónde estais, mis desahogos,
que en veras habeis parado?

JORNADA TERCERA.

Salen Don Cosme y Juancho.

JUANCHO.

Esto es cierto.

D. COSME.

¡Qué eso pasa!

JUANCHO.

Un vecino, que lo vió,
me lo dixo á mí.

D. COSME.

¡Qué entró
Don Diego anoche en mi casa!

JUANCHO.

Si, señor: Don Diego ha sido
sin duda, y él, diz, que ahora
tiene oculta á mi señora.

D. COSME.

¡A mi hermana se ha atrevido
Don Diego!

JUANCHO.

Es gran desafuero.

D. COSME.

¡Don Diego!

JUANCHO.

Don Diego, pues.

D. COSME.

Mucho me espanto; porque es
bonisimo caballero.

JUANCHO.

Yo no llegára á decillo,
si no estubiera informado.

D. COSME.

¿Heme puesto colorado?

JUANCHO.

No lo veo.

D. COSME.

¿Ni amarillo?

JUANCHO.

No, señor.

D. COSME.

Es gran mentira.

¿Ni palido?

JUANCHO.

No lo toco.

D. COSME.

¿Ni verdinegro?

JUANCHO.

Tampoco.

D. COSME.

¿Pues en que entiende la ira?

¿Que es posible, que no echo
llamas por los ojos?

JUANCHO.

Muda
es tu colera.

D. COSME.

Sin duda
tiene que hacer en el pecho.
Quiero, pues, soplar su fuego.
¡Que es posible que asi fue!
¡Don Diego á mi hermana! A fe,
que me ha cansado Don Diego.

JUANCHO.

¿Cansado? Poco te amarga;
pues hablas con tal descanso.

D. COSME.

Majadero, ¿si me canso,
no me echaré con la carga?
¿Pareceos, que no darán
la muerte á Don Diego? Luego
haced doblar por Don Diego
al primero sacristan,
y por quantos Diegos dora
el sol desde polo á polo;
porque por aqueste solo
piensan la hora de ahora
sin dudas ni pareceres,
matar mis enojos ciegos
mas de quatro mil Don Diegos,

sin los niños y mujeres.

JUANCHO.

Eso si es, lo que conviene.

D. COSME.

¿Heme demudado ya?
¿Mas que un color se me va
tras otro, que se me viene?
Tú eres Vizcaino honrado,
y tienes el juicio presto;
pues hagote para esto
de mi consejo de estado.
Haz cuenta, que viene alli
Don Diego. Yo me mesuro;
él disimula perjuro;
yo se lo entiendo entre mí;
llego en ademán valiente,
mirole con rostro fiero,
él me quita á mí el sombrero,
y yo le digo, que miente.

JUANCHO.

¡Jesus, y qué arrojamiento!

D. COSME.

¿Pues habrá mas que dexallo?
Eso tengo yo, que callo
en viendo, que no contento.
Va por acá. Su venida
advierto: saco el acero,
y digole: caballero,
venga mi hermana ó la vida.

JUANCHO.

¿Eso habias de decir?

D. COSME.

Pues darele ?

JUANCHO.

Es mala accion.

D. COSME.

¡Qué revesados que son
los principios del reñir!

JUANCHO.

¿Eso un caballero ignora?
Has de llegar muy compuesto,
y has de decirle: en tal puesto,
cuerpo á cuerpo, y á tal hora.

D. COSME.

Dexalo. ¡Que necia tema!
¿Compuesto y ayrado? hay tal?
¿Y si me diese algun mal
la colera con la flema?
Pero ya que ello ha de ser,
paciencia, y matarle luego.
Aguarda aqui, mientras llego
á aquella botica, á hacer
un papel de desafio,
que le lleves.

JUANCHO.

¿No es mejor
decirselo tú, señor,
boca á boca?

D. COSME.

Desconfio.
Porque si me habla contrito,
me moverá hoy á piedad;
y en fin, yo soy en verdad
mas airado por escrito.

JUANCHO.

Vaya; pero no quisiéra,
que al tomar este papel,
alguna libertad él
airado me respondiera,
y me matára al sereno.

D. COSME.

Bien. ¿Y querriades vos
uno, y para mí otro Dios?
Vení acá. ¿Y sería muy bueno,
que al llegar yo, á señalarle
la campaña, muy mohino
me dixera un desatino,
que me obligára, á matarle?
Noramala, hacedlo así:
rompeos y desasnaos:
y si os matáre, dexaos
matar, que yo estoy aquí. *vase.*

JUANCHO.

Yo sirvo á un entendimiento
de gran fondo. Cosa rara,
y digna cierto de envidia,
es el consuelo, que gastan

los bobos en este mundo,
y aquella gran confianza,
de que imaginan, que son
sentencias las patochadas.

Sale Juana con manto y un papel.

JUANA.

Dos horas ha, que perdida,
con un papel de mi ama,
ando buscando á Don Luis.
Pero Juancho es este: vaya,
mientras hago otro papel,
el tal papel á la manga;
que esto que vale dineros,
es primero. ¿Juancho?

JUANCHO.

Juana,
bien venida.

JUANA.

¿Dónde está
tu amo?

JUANCHO.

Por ahí anda
como anima en pena. Y bien,
¿qué hay de nuevo?

JUANA.

Que mi casa
está llena de temores;
que Don Diego trahe la cara
rostrituerta, y desde anoche

no ha entrado, á ver á su hermana;
que ella pierde el juicio, viendo,
que se puso aquella escala
sin su orden, y que yo
niego tan disimulada,
que casi yo misma creo
mi mentira.

JUANCHO.

Esa es la gracia;
que quien bien miente, bien siente.

JUANA.

No sino mentir sin alma.
Pero alli he visto á Don Luis *ap.*
por aquella encrucijada
muy de prisa; quiero darle
este papel de mi ama.
A Dios.

JUANCHO.

¿Donde vas?

JUANA.

Ya vuelvo.

JUANCHO.

Esperate: no te vayas;
que al punto vendrá mi amo.

JUANA.

No puedo esperar.

JUANCHO.

Aguarda;
que no te has de ir.

JUANA.

Bueno es eso;
vaya el bribon noramalá.

JUANCHO.

¿No me escucharás?

JUANA *dexando caer el papel.*

No niega
el Vizcaino su patria,
muy ladino de porfias,
y muy corto de palabras. *vase.*

JUANCHO.

¡Hay tal polvora! No sé,
que ha visto, que con tal ansia
camina. Pero un papel *alzale.*
se le cayó: de su ama
es sin duda, y es sin duda
para el mio; pues llegaba
á preguntarme por él.
Yo he dado con linda maula:
dichoso he sido: perdió
las albricias la cuitada.

Sale Don Cosme con un papel.

D. COSME.

En este papel le reto
de salteador, hurta hermanas;
para que salga, si es hombre,
y si no, mas que no salga;
que él está escrito en botica,
y para matarle basta.

Juanchillo, aqui está el papel
del tal desafio.

JUANCHO.

Aguarda.

¿Qué me albriciarás, si yo
te doy ::? Mas no digo nada.

D. COSME.

¿Qué me has de dar? Dilo presto.

JUANCHO.

¿Que me has de dar? Dilo: acaba.

D. COSME.

Conforme fuere.

JUANCHO.

Un papel.

D. COSME.

¿Va un quarto, que es de Doña Ana?

JUANCHO.

Poco apuestas, para dar
mucho.

D. COSME.

Toma esas patacas.

Dale un bolsillo, y toma el papel.

¡Qué feliz soy!

JUANCHO.

Vesle aqui.

D. COSME.

¿Donde le hubiste?

JUANCHO.

De Juana.

D. COSME.

Dexame, que antes de leerle,
con los labios::: Pero aguarda,
que viene Don Luis. Ahora
te he de hacer segunda paga
del papel.

JUANCHO.

¿Cómo?

D. COSME.

Eres bobo.
Escucha un poco, y sabrasla.

Salen Don Luis y Martin.

D. LUIS.

No puedo hallar á Don Diego.

MARTIN.

Él nos citó á nuestra casa
anoche, para llevar
á Isabél, y esta mañana
me dixeron en la suya,
que madrugó.

D. LUIS.

El intentaba
llevarme consigo anoche;
mas yo me fui á una posada,
por no embarazarle; y pienso,
que por huir de Doña Ana.

D. COSME.

Seais, Don Luis, bien venido.

D. LUIS.

¿Don Cosme? No me faltaba *ap.*
otro hazar sobre mis penas.

D. COSME.

Don Luis amigo, palabras.

D. LUIS.

Decid.

D. COSME.

Yo estoy agraviado
por mis pecados. La causa
yo me la sé. Quien me ofende
es don Diego y una hermana,
que Dios me dió para él,
pues él solo en ella manda.
En este papel le digo
con toda amistad, que salga
á reñir conmigo; y vos,
pues sois amigo de entrambas
partes, habeisle de dar
el tal papel en sus barbas.

D. LUIS.

Don Cosme, (¡hay tal majadero!)
ya que me dais tan extraña
comision, yo llevaré *toma el papel.*
el papel; mas quando salga
Don Diego á reñir con vos,
saldré yo á su lado.

D. COSME.

¿Es chanza?

¡Dos contra uno!

D. LUIS.

Sacad
otro padrino á campaña.

D. COSME.

Yo buscaré algun valiente
de colera ajena y brava.
Con esto, quedad con Dios,
y veamonos mañana,
si vivimos. Ven, Juanchillo;
que ya te dí la otra paga
del papel, con excusarte
la vuelta, que recelabas. *Vanse los dos.*

D. LUIS.

¡Hay mas raro mentecato!

MARTIN.

Bien notable es su ignorancia;
pero mas sabe que tú,
pues te ha soplado la Dama.

D. LUIS.

Dexalo: no me lo acuerdes;
que el caso de aquella escala
me tiene muerto.

MARTIN.

Y á mí,
el no haber hallado á Juana,
para que entre ambos se acabe
el soliloquio de marras.

Sale D. Diego.

D. DIEGO.

¿Don Luis amigo?

D. LUIS.

¿Don Diego?

D. DIEGO.

Rato ha, que esperando estaba,
á que os dexase ese necio.
¿Qué os queria? ¿Qué os hablaba?
que me tiene cuidadoso
el suceso de su hermana,
y ya tengo prevenida
la licencia, para entrarla
en un Convento, entre tanto
que estos disgustos se acaban.

D. LUIS.

Un famoso cuento os tengo.
Habeis de saber, que trata,
de reñir con vos.

D. DIEGO.

Pues sabe,
que está oculta por mi causa
Doña Isabél?

D. LUIS.

No lo sé.
Pero aqui de darme acaba
un papel de desafio
para vos, y tendrá extraña
nota. Riamos un poco,

antes de reñir.

D. DIEGO.

Yo estab
con animo de buscarle,
porque se atrevió á mi casa
anoche, y lo he dilatado,
hasta poner á su hermana
en el Convento. Don Luis,
dadme el papel. *Dale D. Luis el papel.*

MARTIN.

Ya le aguardan
á la puerta tres ó quatro
millones de carcajadas.

D. DIEGO.

Dexadmele leer primero,
porque no se pierda nada,
leyendo mal. ¡Mas qué miro! *ap.*
Esta letra (estoy sin alma)
no es de mi hermana!

D. LUIS.

Martin,
llegate acá. ¿No reparas,
qual se ha parado Don Diego,
leyendo el papel?

MARTIN.

La cara
se le ha mudado á tres barrios,
desde que le abrió.

D. LUIS.

Con rara
turbacion vuelve á mirarme
de quando en quando.

D. DIEGO.

Turbada
la atencion mis mismos ojos *ap.*
desmiente. ¡A Don Luis mi hermana!
Vuelvo á leer; que no es posible.

MARTIN.

Tén, que otra vez le repasa.

Lee D. Diego aparte.

Señor Don Luis, anoche (si no me acuerdo mal) hicisteis juramento simple de no volver á verme; y temiendo, que habeis de quebrantarle, y salir con la frialdad de que no viene á verme, quien me busca ciego, me salgo esta tarde disfrazada á Leganitos, huyendo de vos; y os lo aviso, para que sepais, donde habeis de apartaros de mí. Dios os guarde. Así, llevad con vos á mi hermano, con pretexto de que os asista desde léjos, para que yo esté segura, de que no me ha de buscar en casa; y os prevengo esto, por si acaso os dexais de vuestra mano.

Valgame el Cielo. Este golpe,
que mi suerte me guardaba,
es de aquellos, que se sienten

en lo mas vivo del alma.
¡Mi hermana á Don Luis! ¡Don Luis,
siendo mi amigo, á mi hermana!
El ha trocado el papel,
y ha creido, que me daba
el de Don Cosme. ¿Qué haré?
que aunque la razon me llama
hácia el enojo, ella misma,
deteniendome la espada,
me dice, que en estos casos
no remedia, sino daña
la espada; porque el honor,
ahun con la sangre, se mancha.
Lo que conviene, es callar,
hasta saber de mi hermana
todo el fondo á mi desdicha.
Quiero, pues, ir á buscarla,
y á justificar mi queja,
antes que de apresurada
lo eche á perder la razon,
ó se yerre la venganza.
Don Luis, á mí se me ofrece
un negocio de importancia.
Quedaos con Dios.

D. LUIS.

Bueno es eso.
Pues, quando á reñir os llama
este necio, y yo le he dicho,
que con otro al campo salga,

porque he de salir con vos,
¿quereis, que os dexe?

D. DIEGO.

Ahora basta,
que os diga, que no es pendencia,
en lo que el papel me habla;
y que si llegare el caso
de reñir, os doy palabra,
de avisaros.

D. LUIS.

Yo no puedo
dexaros.

D. DIEGO.

Ni yo os dexara,
si pudiera.

D. LUIS.

A qualquier parte
os he de seguir.

D. DIEGO.

Es vana
porfia.

D. LUIS.

Soy vuestro amigo.

D. DIEGO.

Yo os lo diré, quando salga
de una duda, que se ha puesto,
á culpar mi confianza. *Vase.*

D. LUIS.

¿Qué es esto?

MARTIN.

Yo no lo entiendo.
Parece, que va de mala.

D. LUIS.

¿Qué le habrá escríto Don Cosme,
que le ha irritado?

MARTIN.

Es muy agria
la nota de un majadero,
que desafia.

D. LUIS.

A la larga
le he de seguir. Pero allí
viene Don Cosme.

MARTIN.

Y te llama
con la mano y con la ceda
muy de prisa.

Sale D. Cosme.

D. COSME.

No era nada
el yerro: ¿Don Luis amigo?

D. LUIS.

¿Que traheis?

D. COSME.

Vengo sin alma.
En denantes (¡bravo chiste!)
creyendo, Don Luis, que os daba
el papel de desafio,

os dí el papel de una Dama,
que recibí al mismo tiempo:
y fuera cosa extremada,
darle un papel de requiebros
por otro de cuchilladas.
Veis aqui el papel; troquemos.

D. LUIS.

A buen tiempo recordabais.
Ya tiene el papel Don Diego.

D. COSME.

¿Qué decís? ¡Hay tal desgracia!

D. LUIS.

¿Pues qué ha sido?

D. COSME.

¡Jesu-Christo!

D. LUIS.

Tened.

D. COSME.

Cayóse la casa.

D. LUIS.

¿Qué es esto?

D. COSME.

¿Pues qué ha de ser?
que es el papel de su hermana.

D. LUIS.

¿Qué decís?

D. COSME.

Ahí está el punto.

D. LUIS.

¡Su hermana:::!

D. COSME.

Como unas natas.

D. LUIS.

¡Os escribe á vos!

D. COSME.

Mirad.

D. LUIS.

¡Su hermana!

D. COSME.

No sino el Alba.

D. LUIS.

¡Hay mas raro desengaño! *Ap.*

D. COSME.

Dexadme, Don Luis, que vaya
á remediar, que Don Diego
no la dé algunas patadas,
y quiera luego casarme
con mujer aporreada. *Vase.*

D. LUIS.

¿Qué es esto, Martin?

MARTIN.

Muy buenos
quedamos.

D. LUIS.

¡Estoy sin alma!
Verdad es quanto me ha dicho,
y sin duda es de Doña Ana

el papel; porque el turbarse
Don Diego, el callar la causa
de su turbacion, el irse,
y el dexarme aqui con tanta
resolucion, son indicios:::
¿Mas qué digo, indicios? claras
evidencias, de que escribe,
y favorece esta ingrata
á Don Cosme. ¡Quién creyera
en una mujer tan vana,
tan hermosa y tan atenta
tan mala eleccion!

MARTIN.

¿Tan mala
te parece? ¿Ella no busca
marido? ¿Pues dónde hallára
mejor marido? Mi madre
decia allá en mis infancias,
que el marido ha de ser bobo,
que no conozca las trampas
de su mujer; y añadia,
que la ignorancia era mala,
porque no excusa pecados.
Mas que en el hombre de casa
porque no excusa pecados,
era buena la ignorancia.

D. LUIS.

Dexame: que estoy sin juicio,
y temo alguna desgracia.

Ven conmigo, buscarémos
á Don Diego.

MARTIN.

Andallo, pavas;
que un Bobo hace ciento, y este
(si le dexan) tiene traza
de embobar siete Castillas,
con un poco de Vizcaya. *vanse.*

Salen Doña Isabel, é Ines poniendola el manto.

D. ISABEL.

Ines, dame aprisa el manto.

INES.

¿Dónde vás?

D. ISABEL.

Esto ha de ser.

INES.

Mucho tienes que perder,
para resolverte á tanto.

D. ISABEL.

Por tu vida, Ines, que dexes
esos consejos, que das
fuera de tiempo, y jamás
al despechado aconsejes.
Porque, quando la pasion
está obrando tan violenta,
solo sirve, de que sienta
la falta de la razon.
La ceguedad de Don Diego.

esta noche me obligó,
á dexar mi casa, y yo,
como sabes, me hallé luego
empeñada, en acetar
este quarto, en que ahora estoy,
que es de Don Luis, y hoy
discurriendo en mi pesar,
hallo, que el estar aqui,
no conviene á mi decencia,
pues no puede en la apariencia
ser inculpable: y así,
puesto que tarda Don Diego,
á la casa de una amiga
me quiero ir.

INES.

Que te diga,
me permite, que si luego
viene á buscarte::

D. ISABEL.

Tú irás,
á avisarle.

INES.

¿Y entre tanto?

D. ISABEL.

¡Qué necedad! Trahe tu manto,
y no me repliques mas. *vase Ines.*

Dentro D. Cosme.

D. COSME.

¿Puedo entrar?

D. ISABEL.

Valgame Dios.
¡Mi hermano! *tapase.*

Sale D. Cosme.

D. COSME.

Mas ya estoy dentro.
¿Pero quién::? ¿Tan buen encuentro?
¿Sabeis, mi señora, vos,
si podré á Don Luis hablar?
¿Mas por qué cerrais el manto?
No os cubrais; que por Dios santo,
que soy hombre de fiar.
¿Otra vez os encubrís?

D. ISABEL.

¡Muerta estoy! *ap.*

D. COSME.

¿No me entendeis?
Basta, señora, que esteis
en el quarto de Don Luis,
para que os bese las manos
sin intencion. Los extremos
dexad, porque estar podemos
los dos como dos hermanos.
Vos sois la primera hermosa,
que la beldad recatais;
pero, pues no os destapais,
no debeis de ser gran cosa.
Decidme, si en casa está
el buen Don Luis.

D. ISABEL.

¿Qué he de hacer? *ap.*
Si hablo, me ha de conocer.

D. COSME.

¿Sois sorda? Acabemos ya.

Sale Inés con manto, y se tapa.

INES.

Ya, señora, el manto:::

D. COSME.

¿Quién?

INES.

Valgame Dios! Peor es esto.

D. ISABEL.

En gran peligro me ha puesto
mi fortuna.

D. COSME.

¿Acá tambien
se cubren? Esta voz quiero
conocer. Mujer, ¿quién eres?
¿Huyes? Pues á donde fueres,
pienso yo llegar primero.

INES.

Muerta voy. *vase.*

D. COSME.

Veme aguardando.
Señora mia, esperad;
que ya salgo, y perdonad,
que no os quede acompañando. *vase.*

D. ISABEL.

En gran riesgo está mi vida.
Valgame Dios. ¡Qué he de hacer!
Si él intenta conocer
la criada, soy perdida.
No sé, qué medio elegir
contra un riesgo tan urgente.

Salen Doña Ana y Juana tapadas.

D. ANA.

Bien se ha hecho.

JUANA.

Lindamente
supiste prevenir.

D. ANA.

Que salia, le escribí,
al campo, y que me buscase,
y que consigo llevase
á mi hermano, porque asi
esten ambos ocupados
á un tiempo, y me den lugar,
de venir aqui, y de hablar
á Isabel en mis cuidados;
que antes que pase adelante
mi empeño, averiguar quiero
el fondo á este amor primero
de mi cauteloso amante.

JUANA.

Si supiera, que perdí *ap.*

el papel, y que no hallé
á Don Luis; mas yo no sé,
ser chismosa contra mí.

D. ISABEL.

Tan turbada estoy, que apenas,
lo que me sucede, sé. *ap.*

D. ANA.

Aqui está; lleguemos, Juana.
¿Hermosa Doña Isabel? *llega.*

D. ISABEL.

¿Quién...? ¡Doña Ana, vos aqui!

D. ANA.

Admirada os hallareis,
de verme.

D. ISABEL.

Mi muerte es cierta,
si él ha conocido á Ines. *ap.*

D. ANA.

Pues, porque no esteis confusa...

D. ISABEL.

Valgame Dios. ¡Qué he de hacer!

D. ANA.

Escusando os rodeos...

D. ISABEL.

¡Hay mas sustos!

D. ANA.

Atended.
Aguarda, Juana, allá fuera,
y ten cuidado.

JUANA.

Sí haré. *vase.*

D. ANA.

Ahunque os parezca liviana
diligencia, la que veis,
y en pechos como los nuestros
no es disculpa, el querer bien:::
Pero parece, que estais
inquieta.

D. ISABEL.

No os admireis;
que es grande el riesgo, en que estoy.

D. ANA.

Si sentís, que os llegue á ver
de esa suerte, con mi exemplo
vuestra accion dorar podeis.

D. ISABEL.

No es eso lo que me aflige,
amiga.

D. ANA.

¿Pues qué teneis?

D. ISABEL.

El mayor riesgo, que puede
la imaginacion temer.

D. ANA.

¡Cielos, qué es esto!

D. ISABEL.

¡Ay de mí!
El sale: fuerza ha de ser,

escondeme,

D. ANA.

¿Dónde vais?

Esperad.

D. ISABEL.

Pues sois mujer,
y es fuerza, que una desdicha
compadecida mireis,
ved el riesgo de mi vida;
y lo demás::: Pero haced,
lo que os debeis.

D. ANA.

Aguardad.

D. ISABEL.

No es posible.

D. ANA.

¿No direis,
qué he de hacer?

D. ISABEL.

El caso mismo
dirá, lo que habeis de hacer. *Vase.*

Sale Don Cosme.

D. COSME.

Vive Dios, que se encerró
el diablo de la mujer,
en el postrer aposento
de la casa, y que los pies
me duelen, de andar á coces
con la puerta. ¿Pero quién:::?

Doña Ana hermosa, ¿tú eres?
Que la quise conocer. *ap.*

D. ANA.

¡Qué es esto! Todo se ha errado. *ap.*
¡Turbada estoy!

D. COSME.

¿Para qué
te tapabas? ¡Pero tú
en esta casa!

D. ANA.

¡Qué haré! *ap.*
Sin duda encontró á su hermana
tapada.

D. COSME.

¿No fuera bien,
responderme?

D. ANA.

Y ahora piensa,
que soy yo, la que callé. *aparte.*

D. COSME.

¿Has tenido algun pesar
con tu hermano por aquel
billete, que me escribiste?
¿Qué es esto? ¿Ha querido hacer
algun fratricidio horrendo,
y vienes huyendo de él?

D. ANA.

¡Yo billete! No os entiendo.

D. COSME.

Predicarla, es menester; *aparte.*
porque, á salir de su casa,
no se me atreva otra vez.
Yo la pondré como nueva.
Venga acá, Doña Ana, ¿es bien,
que una mujer como ella,
que aspira, á ser mi mujer,
se venga en cas de los hombres
solteros? En buena fé,
que el proceder de este modo,
no es modo de proceder.
¿Qué dixeran mis avuelos,
si una nuera, que busqué
para ellos, callejeára?
Vinieran (en gloria estén)
mas de quatro mil Mendietas,
á echarse á los pies del Rey.
Antes de enyugarme el cuello
con la estola, he menester,
leerla yo la cartilla
del Vizcaíno A, be, ce;
que al enhornar tiene el riesgo,
este pan de la mujer.

D. ANA.

No me faltaba ahora mas, *aparte.*
que este necio, tras haber
errado toda la accion:::
Pero ya Doña Isabel

se habrá escapado: yo quiero,
irme de aqui.

D. COSME.

¡Como! ¿Qué
os vais? Ahun no se ha acabado
la cartilla: detened.
Primeramente: :

D. ANA.

¡Qué es esto!
¿Estais en vos? ¿No sabeis,
con quién hablais, ó lo necio
mezclais con lo descortés?

D. COSME.

Oigan, y cómo me trata.
¿Qué mas pudierais hacer,
si á mí me hubierais hallado
en cas de alguna mujer?

D. ANA.

Apartad.

D. COSME.

Yo seré breve.

D. ANA.

¡Hay tal necio!

D. COSME.

Eso que haceis,
es el diablo, que no os dexa
oír, lo que os está bien.

D. ANA.

Mirad, que se vá acercando

la noche, y yo he de volver
á mi casa, antes que pueda
mi hermano:::

Sale Juana.

JUANA.

Señora.

D. COSME.

¿Quién?

JUANA.

Presto, que viene Don Luis,
y tan cerca, que no es
posible, salir sin vernos.

D. ANA.

¡Valgame Dios! ¿Qué he de hacer?

JUANA.

Escondamonos aprisa
aqui dentro.

D. ANA.

Dices bien;
entra presto. *Vase Juana.*

D. COSME.

¡Cómo es esto!
Vos no os habeis de esconder.

D. ANA.

¿Por qué?

D. COSME.

Porque no es decencia.

D. ANA.

Reparad:::

D. COSME.

No lo intenteis.
Yo no me escondo en mi vida,
y mi dama no ha de hacer,
lo que yo no hiciere.

D. ANA.

Juana.

D. COSME.

No hay Juana aqui.

D. ANA.

Mirad, que es:::

D. COSME.

Sea, quien fuere.

D. ANA.

Apartad.

D. COSME.

Voto á Dios, que no ha de ser.

Sale Don Luis, y tapase Doña Ana.

D. LUIS.

No puedo hallar á Don Diego,
para ver, si puede haber
algun medio en su disgusto,
y vengo á mi quarto, á ver,
si por llevar al Convento
á esta dama::: ¡Mas quién es!
¡Don Cosme aqui! Peor es esto.
Y aquella es Doña Isabél
su hermana. ¡Rara desdicha!
Don Cosme, tened: ¿qué haceis?

D. COSME.

Ahí estaba, no dexando,
que se esconda esta mujer.

D. LUIS.

¿Pues cómo, quándo en mi casa
está una tapada...?

D. COSME.

¡Y bien;
si soy yo, á quien ella busca,
¿qué viene á importar, que esté
en vuestra casa?

D. ANA.

Otro riesgo
es éste. ¡Raro tropél *ap.*
de pesares!

D. LUIS.

Segun esto, *ap.*
no la ha conocido.

D. COSME.

Fue
preciso, el entrarse aqui
huyendo cierto vayvén
de su fortuna. Mas yo
estoy enojado. Haced
las amistades, llegad,
como que no lo sabeis,
y decidla, que yo tengo
razon, y que ahora es bien,
que quiebre por ella. Andad;

que yo aparte esperaré
algo ceñudo.

D. LUIS.

Con esto *aparte.*
(bien se dispone) sabré
de Doña Isabél el modo,
que aqui podrémos tener,
de deslumbrar á su hermano.
Don Cosme, yo llegaré
á hablarla y á persuadirla,
pues vos asi lo quereis.

D. COSME.

Sois mi amigo. Andad aprisa,
y reñidmela muy bien.

D. ANA.

¡Qué es esto, que me sucede!

D. LUIS.

¿Hermosa Doña Isabél? *llega.*

D. ANA.

El no le ha dicho, quién soy. *ap.*
Mucho ha sido: callo, pues.

D. LUIS.

Siento infinito, señora,
los pesares, en que os veis.
Pero ya que han sucedido,
es preciso disponer,
el que salgais de este aprieto.

D. ANA.

Solo falta, que ahora él *aparte.*

se me ponga, á requebrar
por la otra.

D. LUIS.

Extrañareis,
que yo os hable en el empeño
de Don Diego, quando fue
primero el mio: mas ya,
que soy su amigo, sabeis,
y que mi decente amor
al suyo debió ceder,
por haceros mas dichosa.
Mas no es tiempo de esto: ved,
supuesto que no os conoce
vuestro hermano, ¿qué podré
decirle, para que os dexe?
¿Callais? ¿No me respondeis?
¡Qué es esto!

D. ANA.

A solos mis zelos
ha estado este caso bien.

D. COSME.

¿Se hace fuerte? Pues, Don Luis,
dexadla. Si su merced
no quiere desenojarse,
santas Pasquas.

D. LUIS.

Mejor es,
irnos, y que la porfia
no pase á grosería.

D. COSME.

¡Qué!
Primero me ha de pedir
perdon. ¿No la conoceis?
Pues es la misma Doña Ana.

D. LUIS.

¿Quién decís?

D. COSME.

Doña Ana.

D. LUIS.

¿Quién?

D. COSME.

¿Pues á quién quereis que os diga?
Doña Ana. ¿No lo creeis?

D. LUIS.

No lo creo.

D. COSME.

Pues, Don Luis,
por Dios; que la habeis de vér,
y que la he de descubrir,
aunque me pierda.

D. LUIS.

Tened.

D. COSME.

Apartad.

D. ANA.

¡Notable empeño!

D. COSME.

Esto ha de ser.

D. LUIS.

No ha de ser.

Sale Juana.

JUANA.

Señora, tu hermano.

D. ANA.

¡Ay triste!

D. LUIS.

¿Quién dices?

JUANA.

¿Quién ha de ser?

Don Diego; que yo le he visto

desde ese balcon.

D. COSME.

¿Lo veis?

¿Es Doña Ana, ó no es Doña Ana?

D. LUIS.

¿Es esto encanto? Ella es.

¡Hay mas desengaños, cielos!

D. COSME.

Destapóla sin querer

la criada.

D. ANA.

Yo estoy muerta.

Señor Don Luis, ya me veis

perdida, y el Cielo sabe, *descubrese.*

si fuisteis vos::: Pero haced,

lo que vuestra obligacion

debe á una infeliz mujer,

que por apurar sus zelos:::
Pero él llega. Juana, vén. *vanse.*

D. COSME.

Aqui es ello. ¿Qué os decia?

D. LUIS.

Dexadme; que no lo sé.
Solo me faltaba ahora, *ap.*
que cargo me quiera hacer,
de que por mí se ha perdido.
¡Ah mujer! En fin mujer.

Salen Don Diego y Martin.

D. DIEGO.

¿Aqui dixo, que vendria
tu amo á buscarme?

MARTIN.

Sí;
pero ya tarda.

D. DIEGO.

Yo fui
á Leganitos, y el dia
he perdido, sin hallar
á nadie. ¿Mas no es aquel
Don Luis, y el que está con él
Don Cosme?

D. COSME.

Hame de entregar
á mi hermana, ó he de hacer
represalia de la suya.

D. DIEGO.

Mas vale, que se concluya
de una vez. Esto ha de ser.
Martin, aguarda allá fuera. *vase Martin.*

D. COSME.

Don Luis, no me detengais.

D. LUIS.

Mirad, lo que aventurais.

D. COSME.

El caerá en la ratonera.
El caso de la honra mia
en un quidam le pondré.
Oíd, vereis, como sé
hablar por alegoría. *llega.*
Don Diego, el ingenio humano
solo preguntando gana.
Un hombre tenia una hermana,
y esta tal tenia un hermano:
la hermana se enamoró
de otro hermano, que tenia
otra hermana, y cierto dia
con éste las afufó.
La hermana del robador
robó el robado despues.
Decidnos ahora, pues,
¿cómo quedarán mejor
(para que esto se concluya,
sin tomar uno por otro)
cada uno con la del otro,

ó cada uno con la suya?

D. DIEGO.

Don Cosme, esas digresiones
para otra ocasion dexemos,
las palabras olbidemos,
y vamos á las razones.
Juntos á los dos he hallado,
y juntos hablaros quiero
en mi cuidado; primero
que haga enojo del cuidado.
Vuestra hermana es ya mi esposa;
el modo se pudo errar,
mas no la accion, ni dexar
de ser vuestra quexa ociosa.
Esto supuesto, y que yo
no he de presumir ahora,
que el señor Don Luis ignora
lo que su criado vió;
quiero, que aqui nos digais,
si fue vuestra aquella escala
que hallé en mi casa.

D. COSME.

No es mala *ap.*
la pregunta. ¿Eso dudais?

D. DIEGO.

¿Qué intentó vuestra osadía,
escalando mi ventana?

D. COSME.

Hermanar con vuertra hermana;

como hicisteis con la mia.

D. DIEGO.

De ese estilo, que gastais,
no es facil, el enmendaros;
y asi dexo de acordaros,
con quien, y de quien hablais.

D. COSME.

Pues vaya de informaciones.

D. DIEGO.

¿Quién os ayudó, á poner
la escala?

D. COSME.

¿Quién pudo ser?
Amor, criada y doblones.

D. DIEGO.

¿Supolo mi hermana?

D. COSME.

Bien.

D. DIEGO.

¿Qué decis?

D. COSME.

Dexadme estar.

D. DIEGO.

Hablad.

D. COSME.

Ya es mucho apurar.

D. DIEGO.

Esto he de saber tambien,

D. COSME.

Usted, ni aun en duda acierta.
¿Si lo supiera su hermana,
fuera yo por la ventana,
á la que manda en la puerta?
Antes, como ella es tan fiera,
me pasó una cosa brava,
que iba yo á verla, y entraba
temblando, de que me viera.

D. DIEGO.

Pues, Don Luis, aunque yo estaba
seguro de esta verdad,
y bastaba estarlo yo,
he querido, que lo oigais
de la boca de Don Cosme.

D. LUIS.

¿Yo, amigo, puedo dudar,
que si vuestro honor:::?

D. DIEGO.

No es eso,
lo que os propongo. Escuchad.
Yo soy vuestro amigo, y antes
de hablaros, en lo que es ya
preciso, y en lo que vos
me quereis tambien hablar,
he querido, hacer decente
lo que os digo, y que veais,
en lo que atiende la mia,
lo que erró vuestra amistad.

Mi hermana, señor Don Luis,
(vos lo sabeis, claro está)
os aventaja en la hacienda,
y os iguala en lo demás.
Vuestra esposa ha de ser hoy;
y siento mucho, que hayais
dispuesto, que suene á quexa
esto, que es felicidad.

D. LUIS.

¡Don Diego:::! Valgame el cielo.
¡Raro empeño! Estoy mortal. *ap.*

D. COSME.

Dexemosle responder: *ap.*
que los sordos nos oirán
despues.

D. DIEGO.

¿Qué me respondeis?

D. LUIS.

No extrañeis:::

D. DIEGO.

¿No he de extrañar,
que me respondais dudoso?
Cosas de esta calidad,
sin el acero en la mano,
no se empiezan á dudar. *empuña.*
Vive Dios:::

D. LUIS.

Tened la espada;
que si una vez la sacais,

aunque es preciso, el oirme,
quedais de oirme incapaz;
porque en sacando la espada,
vuestros oidos serán
de bronce, y será de acero
la lengua, con que he de hablar.
Vuestra hermana está casada.
¿Qué me proponeis?

D. DIEGO.

¡Qué está
casada? ¿Con quién?

D. COSME.

Conmigo;
y no será bien, que hagais,
que sea en reves y en guerra,
lo que ha sido en haz y en paz.

D. DIEGO.

¿Qué es esto?

D. LUIS.

Yo si, Don Diego,
de vos me puedo quexar,
pues habiendo recibido
de mi mano, poco ha,
un papel, que vuestra hermana
escribió á Don Cosme, hablais,
en que puede ser mi esposa,
quien favorece

D. DIEGO.

Aguardad;

que me estoy templando yo,
y vos os precipitais.
Veis aqui el papel, Don Luís;
leedle; que él os dirá,
si os podeis quexar de mí.

D. LUIS.

¡Que es esto, cielos!

D. DIEGO.

Tomad;
que yo, sobrado de atento,
quiero, que en este pesar, *dale el papel.*
porque el honor quede bien,
quede el sentimiento mal.
¿Es para vos el papel?
¿Es de mi hermana? ¿Os turbais?
¿Es otro, á quien favorece?

D. COSME.

Dale, qué ha de porfiar.
Ese papel yo le dí
al señor Don Luis, por dar
otro, en que desafiaba
á un amigo.

D. LUIS.

¡Esto es verdad, *ap.*
es sueño ó es ilusion!
¿Pues cómo pudo llegar
este papel á las manos
de Don Cosme?

D. DIEGO.

¿Qué esperais?
Entre hombres como nosotros,
yerros de esa calidad
se enmiendan, no se disculpan.

D. LUIS.

Don Diego, la ceguedad
de un amor, que no es delito,
si es decente:::

D. DIEGO.

Bien está
esa disculpa, y no busco
sino el remedio.

D. LUIS.

Pues yà
que en el caso de la escala
no me queda que dudar,
ni en el papel, y que es tiempo
de verdades, preguntad
á Don Cosme, si yo mismo
hallé con él poco ha
á vuestra hermana.

D. DIEGO.

¿A mi hermàna?

D. COSME.

Dice la pura verdad;
y eso es, querer descasarme;
y hermanas se han visto ya
descasar por el Vicario

pero no por la hermandad.

D. DIEGO.

¿Pues dónde. ó cómo?

Salen Doña Ana, Doña Isabél, Inés y Juana.

D. ANA.

Ya es fuerza,
Doña Isabél, que volvais
por mi honor. Yo os lo diré,
que os he escuchado, y no es ya
tiempo de guardar la vida,
padeciendo lo que es mas.

Salen Martin y Juancho.

MARTIN.

Juanchillo, el diablo anda suelto.

JUANCHO.

Todos estamos acá.

MARTIN.

¿Si se ha mudado á esta casa
el valle de Josafat?

D. DIEGO.

¡Doña Ana aqui?

D. LUIS.

Si, Don Diego.
Ved, si os digo la verdad.

D. COSME.

Señora hermana perdida,
bien parecida seais.

D. ANA.

Muy necio, señor Don Luis:::
Don Diego, déxame hablar.
en defensa de mi honor,
que luego hermano, podrá
satisfacerse tu enojo,
y si en mí lo has de vengar,
donde está mi confusion,
tu acero estará de mas.
Muy necio (digo) ó muy ciego,
señor Don Luis, estais,
pues llegais á presumir,
que yo habia de buscar
á Don Cosme en vuestro quarto,
y mas, quando en él está
su hermana, y sabeis, que yo
lo sabia.

D. ISABEL.

Eso es errar
los principios, ó querer
desconocer la verdad.
Doña Ana me vino á ver,
y aun no acababa de entrar,
quando mi hermano llegó.

D. ANA.

Y si ese papel mirais
los dos, vereis, que á los dos
con él quise embarazar,
por hacer esta visita;

y tú, Don Diego, hallarás,
que mi yerro, fue querer
á un hombre, que tu amistad
calificó, y tu alabanza
hizo amable. En lo demás
yo he de poner el dolor,
y tú el remedio has de dar.

D. LUIS.

¡Hay mas extraño suceso!
¿Mas cómo pudo llegar
este papel á las manos
de Don Cosme?

JUANA.

Eso será,
que yo le perdí, al llevarle,
y callé, por ocultar
mi culpa.

JUANCHO.

Y que yo lo hallé,
y se le di, por ganar
las albricias, á mi amo.

D. COSME.

Y que yo por otro tal
le troqué. Mas las albricias,
si tan contentico estais,
yo os las pondré en vuestra cuenta.

D. LUIS.

Aguardad; no prosigais:
que á todos nos ha tenido

necios vuestra necedad.

MARTIN.

Miren, si un bobo hace ciento,
como el loco del refrán.

D. DIEGO.

Pues ved ahora, Don Luis,
si os queda algo que dudar,
y si otro escrupulo os queda,
solo os digo, que será
bien, que con menos testigos
lo ajustemos.

D. LUIS.

Aguardad;
que este duelo de los dos
ajustado quedará,
rindiendo yo á vuestra hermana
la mano y la libertad.

D. ANA.

Aunque, para castigaros,
quisiera, poder dexar
de ser vuestra, esta es mi mano.

Danse las manos Don Luis y Doña Ana.

D. DIEGO.

Y la mia quedará
premiada con el favor *dale la mano.*
de Doña Isabél.

D. COSME.

Tomad,
si soy muy bobo, pues quedo

soltero, y hago casar
á los otros.

MARTIN.

Yo tambien
me quedo en mi libertad,
porque no me han satisfecho
ni me han dexado acabar
un soliloquio.

Todos.

Y con esto
la comedia aqui fin da.
Decid, que un bobo hace ciento:
sus defectos perdonad.

EL LINDO DON DIEGO,

COMEDIA

DE DON AGUSTIN MORETO.

Don Mendo, vos sois extraño:
Yo rindo con salir bien,
en una hora que me ven,
mas que vos en todo el año. Jorn. I.

ADVERTENCIA.

Don Agustin Moreto y Cavaña fue uno de los ingenios, que merecieron la inmediata proteccion del Rey Don Felipe IV, Principe de sublimes talentos, y que juntaba á la agudeza de su espiritu una aplicacion al estudio, que le distinguirá siempre entre los Soberanos, á quienes debieron las letras particular honor: pues han quedado testimonios muy ilustres de su numen en varias comedias. Se le atribuyen las que corren impresas baxo el nombre de *un ingenio de esta corte.* Pero todos convienen, en que compuso la famosa comedia, intitulada, *Dar la vida por su dama*; en la que se hallan pensamientos tan altos, que no desmienten la gran naturaleza y dignidad de su autor.

Las comedias de Moreto merecieron el mayor aplauso: pues sobresalia entre todos los poetas sus contemporaneos en aquellas sales de los Graciosos, con que deleyta y alegra ahun á los mas saturninos y melancolicos.

Despues de haber empleado mucha parte de su vida en la composicion de comedias, se negó enteramente á este

exercicio, despues que abrazó el estado eclesiástico.

Don Nicolas Antonio no hace mencion de su Patria. Dice, que se imprimió la Primera parte de sus comedias en Madrid, en un tomo en quarto año 1654. Volvióse á imprimir en el 1677, por Andres Garcia de la Iglesia, quien la dedicó á Don Joseph Cañizares, Procurador de los Reales Consejos. Á esta Primera parte se agregaron la Segunda y Tercera; y esta ultima se imprimió en Madrid igualmente año 1681 por Antonio de Zafra.

ARGUMENTO.

Don Tello, habia venido en compañia de Don Juan, desde Mexico á Madrid, con cuyo motivo visitó éste á aquel, enomorado en la navegacion de una de dos hijas, que tenia, llamada D. Inés. Tenia D. Tello tratadas las bodas de ellas, con dos sobrinos suyos de Burgos. Llegan los novios, de los quales D. Diego, necio y presumido, era el prometido á D. Inés, y D. Mendo discreto y juicioso el destinado á Leonor, su hermana. D. Inés, viendo las calidades de su novio, le aborrece: y busca mil arbitrios para satisfacer los zelos de D. Juan. Al ver Mosquito, su criado, el embarazo de su amo, y que D. Tello apresuraba la boda de D. Inés, trata con Beatriz, criada de ésta, que finja, ser cierta condesa viuda, prima de D. Juan, con el fin de persuadir á D. Diego, que podrá alcanzarla por esposa. Consiente D. Diego: visita á la fingida condesa, solicitala, y en fin persuadese á que ha de casarse con ella, con lo qual desdeña á D. Inés, y descubre mas su mentecatez con la burla de la condesa fingida. D. Tello desengañado consiente, que D. Juan case con D. Inés, al tiempo que se desposa D. Mendo con D. Leonor.

PERSONAS.

D. TELLO, *Viejo.*

DOÑA INES. } *Sus hijas.*

DOÑA LEONOR. } *Sus hijas.*

D. JUAN.

MOSQUITO, *Gracioso.*

BEATRIZ, *Criada.*

D. DIEGO. } *Sobrinos de Don Tello.*

D. MENDO. } *Sobrinos de Don Tello.*

LOPE, *Criado.*

MARTIN, *Criado.*

MUSICA.

EL LINDO DON DIEGO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Tello y Don Juan.

D. TELLO.

Quiera Dios, señor Don Juan,
que volvais muy felizmente.

D. JUAN.

Breve los dias de ausente,
señor Don Tello, serán:
pues llegar de aqui á Granada,
ha de ser mi detencion.

D. TELLO.

La precisa ocupacion,
de ser hora señalada
ésta, de estar esperando
dos sobrinos, que han venido
de Burgos, la causa ha sido,
de no iros acompañando,
hasta salir de Madrid;
que mi amistad no sufriera,
si este empeño no tubiera,
dexar de hacerlo.

D. JUAN.

Asistid,
señor Don Tello, á un empeño
tan de vuestra obligacion;
que yo estimo la atencion.

D. TELLO.

Vos de la mia sois dueño;
que el haber hecho pasage
los dos de Mexicó á Hespaña,
hace amistad tan extraña;
que el cariño de un viage
casi es deudo; y mas ahora,
que mi obligacion confiesa
favor tanto á la Condesa
vuestra prima y mi señora.
Y pues ha de ser tan breve
vuestra ausencia, hasta volver,
las bodas no se han de hacer.

D. JUAN.

¡Qué bodas!

D. TELLO.

De todo, debe,
daros cuenta, mi atencion.
Los dos sobrinos, que espero,
con mis hijas casar quiero.

D. JUAN.

¡Cielos, qué escucho!

D. TELLO.

Ellos son,
Don Mendo y Don Diego. A Mendo,
hijo de hermana menor,
le quiero dar á Leonor.
Y á Inés, en quien yo pretendo,
fundar de mi honor la basa,
para Don Diego la elijo,
porque de mi hermano es hijo,
y cabeza de mi casa.
Su gala y su bizarria
es cosa de admiracion:
de Burgos es el blason.

D. JUAN.

¡Ay de la esperanza mia!
¡Ay Inés, que bien se advierte,
que de traycion prevenida
me has encubierto esta herida,
para lograrme esta muerte!

D. TELLO.

Qué decis, Don Juan?

D. JUAN.

Que apruebo
vuestros justos regocijos.

D. TELLO.

Voy, á esperar á mis hijos;
que ya este nombre les debo.
A Dios, Don Juan.

D. JUAN.

El os guarde.

D. TELLO.

Y á vos os vuelva con bien. *vase.*

D. JUAN.

Amor, el golpe deten,
contra la vida. ¡Qué tarde
ya con tan cruel herida,
mi amor podrá revivir!
¡pues qué falta por morir,
si era amor toda mi vida!

Sale Doña Inés.

D. INES.

¿Don Juan, qué es esto? ¡Tú voces!
¡Tú quexas! ¡Y tú suspiros!
Quando de tu ausencia está
tan cercano mi peligro,
esperando, que se fuese
mi padre, me dió el aviso
tu voz de que estabas solo:

y quando salgo, ¡te miro
triste, enojado y quexoso!
¿Qué ha sido la causa? Dilo,
señor; que es cruel la duda.

D. JUAN.

¡Pues tú, ingrato dueño mio,
por la causa me preguntas!
¡Tú, que eres de ella el principio
dudas la razon, que tengo
para llorar tus desvios!

D. INES.

¿Don Juan, señor, con quién hablas?
que de tan bastardo estilo,
no puedo ser el sujeto.
¡Tú traycion! ¡tú engaño has visto!
No sé, por Dios, lo que dices;
y turbada te replico,
que, ahunque no tenga razon
tu quexa, que no averiguo,
de tan horroroso estruendo
para turbar, basta, el ruido.

D. JUAN.

¡No tiene razon mi quexa!
Plugiera al cielo divino,
que yo comprára mi engaño
á precio de ese delito.
Pero mira, si la tiene;
pues ya supe, dueño esquivo,
que estás casada; y tu padre,

esperando á sus sobrinos,
que han de ser los dos dichosos
á costa de mi martirio,
con Leonor, tu hermana, el uno,
y el otro (¡ay de mí!) contigo.
Don Diego, Inés, es tu dueño.
Claro está, que será digno,
tanto, como por tu sangre,
por haberte merecido.
Ya halló ocasion tu entereza,
de disfrazar tus cariños,
dando en agrados de esposo
envuelto el nombre de primo.
De tu eleccion no me quexo.
¿Pero qué triunfo has tenido,
en que muera de agraviado,
quien pudo morir de fino?
¿Para qué ha sido, engañarme?
¿Para qué alentarme, ha sido?
Tu rigor:::

D. INES.

Don Juan, detente.
¡Qué Don Diego! ¡Qué sobrinos!
¡Qué casamientos son estos!
¿Quién ese engaño te ha dicho?
Porque no solo es engaño,
mas ni ahun yo de él tengo indicio,
que llegue á mas, que saber,
que son esos dos mis primos,

que mi padre hoy los espera,
que de Burgos han venido:
¡Mas casarme! no sé como;
sino es que tú hallas camino,
de que, sin saberlo yo,
pueda casarse conmigo.

D. JUAN.

¿Pues esto puede ser falso,
quando tu padre lo ha dicho?
¿ó siendo tu su hija, puedes
ignorarle este designio?
Yo, Inés, habia deseado,
reconociendo el estilo
de las mujeres, saber,
si habrá caso tan preciso,
ó tan claro desengaño,
donde alguna se haya visto,
sin tener que responder,
concluida en su delito.
Pero pues tú hallas en esto
á tu disculpa resquicio,
de que no la puede haber,
me doy, Inés, á partido.
Pero, vive Dios, tirana,
que no ha de lograr conmigo
tu traycion sus agudezas.
Y si era el intento mio,
partirme, para volver
en alas de mi cariño,

no has de lograr la traycion,
huyendo yo mi peligro;
pues, por malograrte el rayo,
voy, á morir del aviso.

D. INES.

Don Juan, señor, oye, espera.

Sale Leonor.

D. LEONOR.

¡Inés, hermana, qué miro!
¡Tú descompuesta! ¡Qué es esto!

D. INES.

Esto es, Leonor, un delirio:
decir Don Juan, que mi padre,
que estoy casada, le ha dicho,
y que esposos de las dos,
vienen á ser, nuestros primos.

D. LEONOR.

Pues, Inés, dice verdad;
porque el ahora me dixo,
que prevenidas estemos;
porque él va por sus sobrinos,
que han de ser nuestros esposos,
y que por cierto motivo,
que ha importado á su atencion,
nos ha callado este aviso.

D. INES.

¡Ay de mí! ¿Leonor, qué dices?
que ya te oigo sin sentido.

D. JUAN.

Mira, Inés, si fue verdad
mi temor.

D. INES.

Mas ya has oido,
como pude yo ignorarle.

D. JUAN.

¿Pues qué importa al temor mio?
Erré, en culpar tu fineza,
mas no, en temer mi peligro.
¿Cómo se escusa mi muerte,
si, ya perderte, imagino?

D. INES.

No sé, Don Juan; que si es cierto,
como en mi mal lo colijo,
yo, replicar á tal padre,
podré, mas no resistirlo.

D. JUAN.

¿Luego es preciso, morir?

D. LEONOR.

No, Don Juan: no es tan preciso;
que en la eleccion del estado
dan fuero humano y divino
la proposicion al padre,
y la aceptacion al hijo.
Las dos, Don Juan, nos casamos,
aunque él nos busque el marido;
que la eleccion no ha de ser,
de quien no fuere el peligro.

Ni es posible, que una accion,
que es tan de nuestro albedrio,
la resuelva su decreto,
sin lograrnos el aviso.

D. JUAN.

¿Pues qué puede ser, Inés!
haberme tu padre dicho,
que ya estais las dos casadas?

D. INES.

Tener él este designio,
y querernos proponer
para esposos nuestros primos.
Mas si él ya no lo ha resuelto,
como mi hermana te ha dicho
quanto está en mi voluntad,
está, Don Juan, sin peligro.

D. LEONOR.

Inés, mira, que es forzoso,
que vamos, á prevenirnos.

D. INES.

¡Ay Leonor! ¿Cómo podremos
hallar las dos un camino,
de parecerlos muy mal?

D. LEONOR.

Apelar al artificio:
mucho moño y arracadas,
valona de canutillos,
mucho collar, mucho afeyte,
mucho lazo, mucho rizo;

y verás, que mala estás:
porque yo, según me he visto,
nunca saco peor cara,
que con muchos atavios.

D. INES.

Tienes buen gusto, Leonor;
que es el demasiado aliño
confusion de la hermosura,
y embarazo para el brio.

Sale Mosquito.

MOSQUITO.

Jesus, Jesus; dadme albricias.

D. LEONOR.

¿De qué las pides, Mosquito?

MOSQUITO.

De haber visto á vuestros novios.
Que apenas el viejo hoy dixo
la sobriniboda, quando
parti como un hipogrifo:
fui, vi, y venci mi deseo,
y ví vuestro par de primos.

D. LEONOR.

¿Y cómo son?

MOSQUITO.

Hombres son.

D. LEONOR.

Siempre estás de un humor mismo.
¿Pues podian no ser hombres?

MOSQUITO.

Bien podian ser borricos;
que en trage de hombres hay hartos.

D. LEONOR.

¿Y cómo te han parecido?

MOSQUITO.

El Don Mendo, que es el tuyo,
galan, discreto, advertido,
cortes, modesto y afable,
menos algun revoltillo,
que se le irá descubriendo
con el uso de marido.

D. LEONOR.

Si él es tan afable ahora,
casado será lo mismo.

MOSQUITO.

Eso no: que suelen ser
como espadas los maridos,
que en la tienda están derechas:
y, comprandolas sin vicio,
en el primer lance salen
con mas corcoba que un cinco.

D. INES.

¿Y Don Diego?

MOSQUITO.

Ese es un cuento
sin fin, pero con principio;
que es lindo el Don Diego, y tiene
mas que de Diego de lindo.

El es tan rara persona,
que como él anda vestido,
puede, en una mogiganga
ser figura de capricho.
Que él es muy gran marinero,
se ve en su talle y su brio;
porque el arte suyo es arte,
de marear los sentidos.
Tan ajustado se viste,
que al andar, sale de quicio;
porque anda descoyuntado
del tormento del vestido.
De curioso y aseado
tiene bastantes indicios;
porque aunque de trage no,
de sangre y bolsa es muy limpio.
En el discurso parece
Atheista, y lo colijo,
de que, segun él discurre,
no espera el dia del juicio.
A dos palabras, que hable,
le entenderás todo el hilo
del talento; que el es necio,
pero muy bien entendido.
Y porque mejor te informes,
de quien es, y de su estilo,
te pintaré la mañana,
que con él hoy he tenido.
Yo entré allá, y le vi en la cama,

de la frente al colodrillo
ceñido de un tocador;
que pensé, que era Judio.
Era el cabello hecho trenzas
clin de caballo morcillo,
aunque la comparacion
de rocin á ruin ha ido.
Con su bigotera puesta,
estaba el mozo garifo,
como mulo de harriero,
con xáquima de camino.
Las manos en unos guantes
de perro, que por aviso
del uso de los que da,
los aforró de su oficio.
De este modo de la cama
salió, á vestirse á las cinco,
y en ajustarse las ligas,
llegó á las ocho de un giro.
Tomó el peyne y el espejo,
y en memorias de Narciso
le dió las once en la luna;
y en daga, y espada á tiros,
capa, vueltas y valona,
dió las dos, y despues dixo:
Dios me vuelva á Burgos, donde,
sin ir á visitas, vivo;
que para mí es una muerte,
quando de priesa me visto.

¿mozo, dónde habrá ahora misa?
y el mozo humilde le dixo:
á las dos dadas, señor,
no hay misa, sino en el libro;
y él respondió muy contento:
no importa; que yo he cumplido,
con hacer la diligencia:
vamos á ver á mi tio.
Este es el novio, señora,
que de Burgos te ha venido;
tal, que primero que al novio,
esperára yo á un novillo.

D. INES.

Ay, Don Juan, con estas nuevas
es menos ya el temor mio;
pues mi padre, no es posible,
que me entregue á este martirio.

D. JUAN.

Inés, por qualquiera parte
crece el temor y el peligro.
No es nuevo, ser tú mi vida,
y ya en tus labios la miro.

D. INES.

Vete, Don Juan; que es forzoso,
ir las dos á prevenirnos.

D. JUAN.

Ya no es posible, ausentarme.

D. INES.

Albricias doy al peligro.

¿Mas cómo, si de mi padre
ya has quedado despedido?

D. JUAN.

Fingiré algun embarazo.

D. INES.

Y lograrásme un alivio.

D. JUAN.

A eso voy.

D. INES.

Guardete el Cielo.

MOSQUITO.

Guardate tú, que es lo mismo.
¿Ah señor Don Juan?

D. JUAN.

¿Qué quieres?

MOSQUITO.

Tres portes de papelillos,
que, á doblon, montan:::

D. JUAN.

Vé á casa,
y llevarás un vestido. *vase.*

MOSQUITO.

Pues él ha de ser llevado,
no me le dé usted trahido.

D. INES.

Vamos, Leonor.

MOSQUITO.

¿Ah señora?

D. INES.

¿Qué dices?

MOSQUITO.

Tengo contigo
una intercesion, y un ruego:
y aunque con sol tan divino
es osadía, me atrevo,
á titulo de mosquito.

D. INES.

¿Qué es lo que quieres?

MOSQUITO.

Beatriz,
despues que la has despedido,
anda pidiendo limosna.

D. INES.

¿Pues, si mi padre lo hizo,
qué puedo yo remediar?

MOSQUITO.

Este es rigor.

D. INES.

Mas no mio.

MOSQUITO.

Pues pide, dala, que es pobre.

D. INES.

¿Qué la he de dar?

MOSQUITO.

Un recibo,
y vuelva á servirte á casa,
pues ya llora el pan perdido.

D. INES.

Espero hoy otra criada.

MOSQUITO.

No la llegará al tobillo
ninguna, de quantas vengan.

D. INES.

¿Por qué no?

MOSQUITO.

¿Eso no está visto?
Ella es golosa, chismosa,
respondona, y alza el grito.
¿Pues dónde has de hallar criada,
que cumpla mas con su oficio?

D. INES.

Porque se ha criado en casa,
siento, haberla despedido;
mas como ella por ahora
quiera, estarse en mi retiro,
sin que la vea mi padre,
la recibiré.

MOSQUITO.

¡Ah., Dios mio,
lo que hace un buen avogado!

D. INES.

Dila, que venga, Mosquito.

D. LEONOR.

Y éntre, sin verla mi padre.

MOSQUITO.

¿Y si está aquí?

D. INES.

Entre contigo.

MOSQUITO.

Victoria por mis camisas. *Vanse.*
¿Ah Beatricilla?

Sale Beatríz.

BEATRIZ.

¿Qué ha habido?

MOSQUITO.

Que estás recibida ya.

BEATRIZ.

¿Qué dices?

MOSQUITO.

Que Tito-Livio
no pudo hablar en tu abono,
como yo de tu servicio.
Ponderé aqui tus labores,
tu cuidado y tu buen pico;
y hace tanto un buen tercero,
que te recibió al proviso.

BEATRIZ.

Siempre conocí yo en tí
tu buena intencion, Mosquito.

MOSQUITO.

Mira, yo naturalmente
hablo bien de mis amigos.

BEATRIZ.

Seré eternamente tuya.

MOSQUITO.

Mas ya que te han recibido,
no me dés carta de pago.

BEATRIZ.

Tú verás, si es mi amor fino.

MOSQUITO.

Toca esos huesos, y vamos.

BEATRIZ.

Toco y taño.

MOSQUITO.

Salto y brinco.

BEATRIZ.

¿Y esto ha de pasar de aqui?

MOSQUITO.

No, sino amarnos de vicio.

BEATRIZ.

¿Qué? quererños en silencio.

MOSQUITO.

No podré, siendo mosquito,
porque los mosquitos siempre,
para picar, hacen ruido. *vanse.*

Salen dos criados con dos espejos, y D. Diego y Don Mendo.

D. DIEGO.

Poneos los dos enfrente,
porque me mire mejor.

D. MENDO.

Don Diego, tanto primor

es ya estilo impertinente.
¿Si todo el dia se asea
vuestra prolixa porfia,
cómo os puede quedar dia,
para que la gente os vea?

D. DIEGO.

Don Mendo, vos sois extraño;
yo rindo, con salir bien,
en una hora que me vén,
mas que vos en todo el año.
Vos, que no tan bien formado
os veis, como yo me veo,
no os tardeis en vuestro aseo,
porque es tiempo mal gastado.
Mas, si veis la perfeccion,
que Diós me dió sin tramoya,
¿quereis, que trate esta joya
con menos estimacion?
¿Veis este cuidado vos?
Pues es virtud, mas que aseo;
porque siempre que me veo,
me admiro y alabo á Dios.
Al mirarme todo entero,
tan bien labrado y pulido,
mil veces he presumido,
que era mi padre tornero.
La dama bizarra y bella,
que rinde el que mas regala,
la arrastro yo con mi gala;...

pues dexadme, cuidar de ella.
Y vos, que vais á otros fines,
vestios de prisa; yo no;
que no me he de vestir yo,
como frayle á Maitines.

D. MENDO.

Si lo haceis con ese fin,
¿qué dama hay, que os quiera bien?

D. DIEGO.

Quantas veo, si me vén;
porque en viendome, dán fin.

D. MENDO.

¡Que llegueis, á imaginar
locura tan conocida!
¿Habeis visto en vuestra vida
mujer, que os venga á buscar?

D. DIEGO.

Eso consiste en mis tretas;
que yo á las necias no miro,
y en las que yo logro el tiro,
sufren, como son discretas.
Y aunque las mueva su fuego,
á hablar, callarán tambien;
porque vén, que mi desdén
ha de despreciar su fuego.

D. MENDO.

¿Vos desdén? Tema graciosa.

D. DIEGO.

¿Pues quereis, que me avasalle?

¿Facil yo con este talle?
No me faltaba otra cosa.

D. MENDO.

Mirad, que eso es boberia
de vuestra imaginacion.

D. DIEGO.

No paso yo por balcon,
donde no haga batería;
pues al pasar por las rexas,
donde voy logrando tiros,
sordo estoy de los suspiros,
que me dán por las orejas.

D. MENDO.

Vive Dios, que eso es manía,
que teneis.

D. DIEGO.

Mujer, sé yo,
que dos veces se sangró,
por haberme visto un dia.

D. MENDO.

Yo desengañaros, quiero.

D. DIEGO.

¿Cómo?

D. MENDO.

Que á una dama vamos
á festejar, y veamos,
á quál se rinde primero.

D. DIEGO.

¿Pues no tenemos aqui

á nuestras primas y vos?
¿Quánto vá, que ambas á dos
hoy se enamoran de mí?

D. MENDO.

¿No veis, que en ellas es mas
el honor, que las refrena?

D. DIEGO.

Hasta verme, norabuena:
pero en mirandome, zás.

D. MENDO.

Loco soy, pues quiero yo,
á tal necio disuadir.

D. DIEGO.

¿Qué decís?

D. MENDO.

Que ya temo, ir
con vos.

D. DIEGO.

Pues no sino no.
Mas dexadme, que yo mismo
vuelva el talle á repasar;
que hoy por vos temo, sacar
en mi gala un solecismo.
Alzad esos dos espejos.

MARTIN.

Bien están asi.

D. DIEGO.

No están.

LOPE.

¿Pues cómo bien estarán?

D. DIEGO.

Mirandose los reflexos.

MARTIN.

La luna se mira toda.

D. DIEGO.

No tal.

LOPE.

¿Pues cómo ha de ser?

D. DIEGO.

¡Que no aprendas, á poner
los espejos á la moda!

MARTIN.

Dí cómo; y no te alborotes.

LOPE.

¿Qué es moda?

D. DIEGO.

Mi rabia toda.
¡Que no sepan, lo que es moda
hombres, que tienen bigotes!

MARTIN.

¿Están bien asi?

D. DIEGO.

Eso quiero;
que asi todo me divisa.

D. MENDO.

Cayendome estoy de risa,
de ver á este majadero.

D. DIEGO.

El pelo vá hecho una palma:
guardese toda mujer.
Yo apostaré, que al volver,
en cada hebra traygo un alma.
Los bigotes son dos motes.
Diera su belleza espanto,
si hiciera una dama un manto
de puntas de estos bigotes.
El talle está de retablo,
el sombrero vá sereno,
de medio arriba está bueno,
de medio abaxò es el diablo.
Lo bien calzado me agrada.
¡Qué ayrosa pierna es la mia!
De la tienda, no podia
parecer mas bien, sacada.
Pero tened, vive Dios;
que aquesta liga vá errada.
Mas larga está la lazada
un canto de un real de á dos.
Llega, mozo, á deshacella.

D. MENDO.

¡Que aqueso os cueste fatiga!
¿Pues qué importará esa liga?

D. DIEGO.

No caer paxaro en ella.

D. MENDO.

Mirad, que esas son locuras,

que, á quien las vé, á risa obliga.

D. DIEGO.

Solo con aquesta liga
cazo yo las hermosuras.

MARTIN.

Ya está buena.

D. DIEGO.

Ahora están
iguales las dos. Bien voy:
con el repárillo estoy
quatro dedos mas galán.
Siempre que verme repito,
queda el alma mas ufana.
Mozo, acuerdate mañana,
de traherme pan bendito.

Sale Mosquito.

MOSQUITO.

Ya está aqui el coche, señor.

D. DIEGO.

¡Mosquito! Vamos, Don Mendo.

D. MENDO.

Segun vais, ya voy temiendo,
que he de pareçer peor.

D. DIEGO.

¿Voy bien?

D. MENDO.

La risa reprimo.
A desconfiar, me obligas.

D. DIEGO.

Miren, si importan las ligas,
pues ya se rinde mi primo.

MOSQUITO.

Al mirarle, estoy suspenso.
¡Que éste piense, que es galán!
Mas hartos lo pensarán,
que lo piensan por el pienso.

D. DIEGO.

¿Mosquito, hay gran prevencion?
¿Cómo mis primas están?

MOSQUITO.

Tales, señor, que podrán
tocarse entrambas á un son.

D. DIEGO.

Tambien acá arde la fragua;
que todo eso es menester.
Pues á fé que hemos de ver,
quién se lleva el gato al agua.

MOSQUITO.

¿Pues dudarse eso, no es yerro?
Solo de oír tu retrato,
las ví, que no solo el gato
llevarás tú, sino el perro.

D. DIEGO.

¿Pues, ves:::? Solo me lástima:::

MOSQUITO.

¿Qué, señor?

D. DIEGO.

Mi estrella mala.
¡Que venga toda esta gala,
á parar en una prima!

MOSQUITO.

Cierto, que tienes razon;
y á mí tambien me lastima.

D. DIEGO.

¿No me malogro en mi prima?

MOSQUITO.

Merecias un bordon.
Mas de eso no te provóques.

D. DIEGO.

El ser tan rica, me anima.

MOSQUITO.

Y yo pienso, que la prima
saltará, antes que la toques.

D. DIEGO.

¡Cómo saltar!

MOSQUITO.

Es galante,
y bayla famosamente.

D. DIEGO.

¡Oh! Pues viendome presente,
baylará el agua delante.
¿Y ella me merece á mí?

MOSQUITO.

Ese es, señor, mi recelo;
porque es un angel del cielo,

y no te merece á ti.

D. DIEGO.

¿Qué dicés?

MOSQUITO.

Sino es, que sea
ley de estrella poderosa.

D. DIEGO.

Miren; si esto es siendo hermosa,
¿qué haria, si fuera fea?

MOSQUITO.

¿Sabes, quien estoy pensando,
que te merecia?

D. DIEGO.

¿Quién fuera?

MOSQUITO.

Una dama, que estubiera
toda su vida ayunando.

D. MENDO.

Vamos presto; que mejor
allá lo podreis juzgar.

D. DIEGO.

Vamos, Don Mendo, á matar
estas dos primas de amor.

MOSQUITO.

Al verte, será delito,
si no se desmayan luego.

D. DIEGO.

Juicios tiene de Don Diego.

MOSQUITO.

Y tú sesos de mosquito. *vanse.*

Salen Don Juan y Don Diego.

D. JUAN.

Suspendióse, Don Tello, mi partida;
porque mi prima estando prevenida,
para ir á cumplir una Novena,
que tenia ofrecida á Guadalupe,
que me detenga; ordena,
y es fuerza, que me ocupe,
en asistir sus pleytos entre tanto.
No será sino el mio. *ap.*

D. TELLO.

Estimo tanto [bido
vuestra amistad, D. Juan, que habiendo ha-
justa ocasion, que os haya detenido,
os he de suplicar, que á honrarme asista
vuestra persona, ahora, que á la vista
de mis hijas espero á mis sobrinos.

D. JUAN. [nos.

Siempre de honrarme hallais nuevos cami-
¡Cielos, que haya logrado de esta suerte,
el vér yo la sentencia de mi muerte!

D. TELLO.

Y á aqui vienen las dos. Hoy las espera
con mi quietud su dicha.

D. JUAN.

Yo quisiera
me aviseis, por no errar de adelantado,

si están ya los conciertos en estado,
de poder dar el parabien.

D. TELLO.

Si, amigo:
bien se le podeis dar.

D. JUAN.

¡Cielos, qué espero!
Mas, que del golpe, de temerlo muero.

D. TELLO.

[bido,
Que ahunque Inés y Leonor no lo han sa-
ya yo el concierto tengo concluido;
y asi por mi palabra asegurado,
dareis el parabien adelantado.

D. INES.

Muy como vuestra la intencion ha sido.
¡Cielos, yo estoy hablando sin sentido!

Salen Leonor é Inés tocadas de boda.

D. INES.

Muerta salgo.

D. LEONOR.

Tus dudas son forzosas.

D. TELLO.

Bien prevenidas salen: son curiosas.

D. JUAN.

Al ver perdido mi bien, *ap.*
esfuercese el corazon:
y en tan violento vayvén
dé yó á Inés el parabien,
y el pésame á mi pasion.

Lograd tan felíz estado
á medida del deseo:
(y á costa de un desdichado.) *ap.*

D. INES.

No sé, á qué vá encaminado
ni el parabien, ni el empleo.

D. TELLO.

El parabien dá Don Juan
de los casamientos hechos
con vuestros primos.

D. INES.

¿Y están
en estado, que podrán
admitirle nuestros pechos?

D. TELLO.

¿Pues no? Si ellos han venido,
de mi palabra fiados.

D. INES.

No habiendolos admitido
nosotras, en vano ha sido,
darlos por efectuados.

D. TELLO.

¿Pues podeis las dos hacer
á mi gusto resistencia?

D. LEONOR.

Yo, señor, no sé tener
voluntad: y si ha de ser
alguna, esa es mi obediencia.

D. INES.

Contigo tambien, señor,
es mi voluntad ajena:
solo tu gusto es mi amor;
mas este mismo primor
tu resolucion condena;
porque, quando yo he de estar
pronta siempre á obedecer,
no me debieras mandar
cosa, en que puedo tener
licencia de replicar.
Y si me dá esta licencia
el Cielo, y tu autoridad
me la quita con violencia,
casaráse mi obediencia,
pero no mi voluntad.
Siendo este estado, señor,
de tantos riesgos cercado,
¿no pudiera algun error,
dar asunto á mi dolor,
y empeños á tu cuidado?
Luego ahunque yo me concluyo,
debieras, á mi albedrio
proponerlo, no por suyo,
sino porque, ahunque él es tuyo,
tiene el titulo de mio.

D. TELLO.

Ahunque es la quexa tan vana,
por quexa de amor la he oído,

y mas, callando tu hermana;
que no eres tu tan liviana,
que tubiera otro sentido.
Y mi palabra empeñada
ya, Inés, no tiene lugar
tu quexa, ahunque bien fundada;
pues, sobre que estás casada,
no tienes que replicar.

D. JUAN.

Cielos, yo de mi tormento
he venido, á ser testigo.

D. INES.

Y yo del dolor, que siento.
Pues si ya mi casamiento
das por hecho, solo digo,
que, ahunque tan llano lo vés,
falta una duda por tí
no facil.

D. TELLO.

¿Y esa quál es?

Sale Mosquito.

MOSQUITO.

Los novios están aqui.

D. TELLO.

Dexalo para despues.
¿Dónde están?

MOSQUITO.

Veslos allí;
que el coche con gran sosiego

os vá ya dando de sí.

Salen Don Mendo, Don Diego y criados.

D. TELLO.

Prevenid sillas aqui.

MOSQUITO.

Y albarda para Don Diego.

D. DIEGO.

Buen lugarcillo es Madrid.

D. MENDO.

Dadnos, señor, los piès vuestros.

D. TELLO.

Llegad, hijos, á mis brazos,
que ya de padre os prevengo.

D. DIEGO.

Bravos lodos hace, tio.

D. TELLO.

¿Pues qué embarazo os han hecho,
viniendo los dos en coche?

D. DIEGO.

Antes lo digo por eso;
que hemos perdido ocasion,
de venir gozando de ellos.

D. TELLO.

¿Pues echais menos los lodos?

MOSQUITO.

Es adamado Don Diego,
y le ha olido bien el barro.

D. TELLO.

Hablad á Inés.

D. DIEGO.

Eso intento.
Lo primero que habla un novio,
dicen todos los discretos,
que es necedad; pues á posta
he de hablar yo poco y bueno.
Señora, ya os habrán dicho,
que sois mia, y yo soy vuestro:
mas os puedo asegurar,
que en mí os dá mi tio un dueño,
que hay muchas, que le tomáran
con dos cantos á los pechos.
Con decir una verdad,
se excusa uno, de ser necio.

D. INES.

Muerta estoy. En mí, señor,
la voluntad, que yo tengo,
es de mi padre, y no mia,
y vuestra por su precepto.
¡Qué hombre, Cielos, es aqueste,
tan fastidioso y tan necio! *Ap.*

D. DIEGO.

Alto: clavóse hasta el alma:
ya por mí perderá el seso.

MOSQUITO.

Si ella se casa contigo,
que le perderá, es bien cierto.

D. TELLO.

Hablad, Don Mendo, á Leonor.

D. MENDO.

En su hermosura suspenso,
del primer yerro en mi labio
tendrá disculpa el proverbio;
y ya turbado, señora,
á las luces del sol vuestro
con tanta razon, sería
acertar el mayor yerro.

D. LEONOR.

Nada puede errar, quien lleva
por norte tan buen lucero,
como la desconfianza.
Discreto y galan es Mendo,
y he sido la mas dichosa.

D. DIEGO.

Mi primo con lo modesto
vence, el no ser muy galán.

D. LEONOR.

Vos lo sois con tanto extremo,
que haceis menos á qualquiera.
¡Ay mas loco majadero!

D. DIEGO.

Tambien cayó la Leonor.
Buena mi primo la ha hecho,
en ir á vistas conmigo.

D. TELLO.

Tomad, sobrinos, asiento.

D. DIEGO.

Yo por mí ya estoy sentado.

D. TELLO.

Muy llano venís, Don Diego.
Muy tosco está mi sobrino; *ap.*
mas la corte le hará atento.

D. DIEGO.

Ola, por Dios, que tambien
se me ha enamorado el viejo.

MOSQUITO.

Dicha tienes, en que aqui
no esté tambien el cochero.

D. JUAN.

Cielos, mienten los que dicen,
que puede ser de consuelo
el competidor indigno,
que antes es de mas tormento;
pues las mas veces las dichas
se aseguran en el necio.

D. TELLO.

Las dos al señor Don Juan
conoced, que es á quien debo
tan intima obligacion,
que le viene el nombre estrecho
de amistad á nuestro amor.

D. JUAN.

Y en mí tendreis un deseo
de serviros, que dará
indicios de aqueste empeño.

D. MENDO.

Ya, señor Don Juan, le logro

en las noticias que tengo.

D. DIEGO.

Y yo desde hoy con mas veras
he de ser amigo vuestro;
que tirais algo á galán,
y para mí es bravo cebo.

D. JUAN.

Delante de vos no puede
ningun galán parecerlo;
que tirais tanto, que dais
en el blanco de ese acierto.

D. DIEGO.

No: antes doy poco en el blanco,
porque es color, que aborrezco,
y el usarse aquestas mangas
de garapiña, me han hecho,
sacar blanco algunas veces:
pero ya es todo mi anhelo
una color de pepino,
que ha trahido un extrangero.

D. JUAN.

¡De pepino! ¿Pues no es verde?

D. DIEGO.

Es gran color.

MOSQUITO.

Será bueno,
para aforrar ensaladas.

D. DIEGO.

Solo unos guantes me he puesto

de este color; pero estaba,
que era prodigio con ellos.

D. INES.

Leonor, este hombre no tiene
uso del entendimiento.

D. LEONOR.

Ni aun del sentido tampoco.

D. DIEGO.

Ya hablan las dos en secreto:
luego dixe yo., que habia
de parar el caso en zelos.
¿Qué se murmura, señoras?

D. LEONOR.

Alabaros de discreto.

D. DIEGO.

¿Y no de galán?

D. LEONOR.

También.

D. DIEGO.

Pues eso es cuento de cuentos;
porque en Burgos unas damas
trataron, de hacer lo mesmo,
y en solo los pies tardaron
un dia.

MOSQUITO.

Segun son ellos,
bien de prisa los pasaron.

D. MENDO.

Corrido estoy, vive el Cielo,

de venir con este tonto.

D. TELLO.

Mi sobrino está algo necio:
mas yo le reprehenderé,
para que enmiende este yerro.
Venid, á ver vuestro quarto.

D. DIEGO.

Si, señor: vamos á eso;
porque el mio ha menester
mucha luz para el espejo.

D. MENDO.

Señora, no se despide,
quien dexa el alma asistiendo
al culto de vuestros ojos,
desde que vive, de verlos.

D. DIEGO.

Yo, prima, no sé de cultos;
porque á Gongora no entiendo,
ni le he entendido en mi vida:
pero despues nos verémos.

D. INES.

¿Qué dices de esto, Leonor?

D. LEONOR.

No sé, hermana, ni me atrevo
á hablar, y viendo tu pena,
por no afligirte, te dexo.

MOSQUITO.

Pues yo, si, me atrevo á hablar,
y á decirte, que ahunque luego

te case con él tu padre,
yo á descasarte me atrevo,
porque este novio es un macho,
y hace nulo el casamiento.

D. JUAN.

¿Inés, señora, qué dices?
¿Quedale yà á mi tormento
esperanza, que le alivie?
Ya todo el peligro es cierto;
ya dió palabra tu padre;
ya está aceptado el empeño;
ya yo te perdí, señora;
y ya.... ¡Pero cómo puedo
referir mayor desdicha,
que haber dicho, que te pierdo!

D. INES.

Don Juan, segun yo he quedado,
ni ahun para hablar, tengo haliento.
Ni yo sé, si me has perdido,
ni de mi padre el empeño,
ni si ya ha dado palabra,
ni ahun razon tampoco tengo,
para saber de mi pena.
Mira, qué haré del remedio.
Si hay alguno en el discurso,
es, no tenerle Don Diego;
ser sujeto tan indigno,
y mi padre no tan ciego,
que no le haya conocido;

á él con mis quexas apelo,
y á decirle, que el casarme
con hombre tan torpe y necio,
es condenarme, á morir,
ó á vivir en un tormento.

MOSQUITO.

Y que es pecado nefando,
casarte con un jumento.

D. JUAN.

Y si á tu padre le obliga
de su palabra el empeño,
y desprecia tu razon
por su atencion, que es primero,
¿qué haré, perdiendote yo?

MOSQUITO.

Lo que yo hago, quando pierdo.

D. JUAN.

¿Qué haces tú?

MOSQUITO.

Romper los naypes,
ó llevarmelos enteros.

D. INES.

Don Juan, mi padre no es
á mi amor tan poco atento,
que viendo tan justa causa,
como de quexarme tengo,
á toda una vida mia
anteponga otro respeto.
Esta apelacion me falta:

si es tan uno nuestro riesgo,
admitela, que parece,
que no es tuyo mi deseo.

D. JUAN.

¿Cómo he de admitirla, Inés,
viendo á tu padre resuelto,
á cumplir con su palabra,
y es de su honor este empeño?

D. INES.

¿Y el mio no es de mi vida?

D. JUAN.

Sí; pero con él es menos.

D. INES.

¿No puede ser, que se mueva
á mi llanto?

D. JUAN.

No lo espero.

D. INES.

Pues Don Juan, si tu temor
dá mi peligro por cierto,
resolvernos á morir;
que aqui no hay otro remedio.

D. JUAN.

¿Pues para quándo es, Inés,
un atrevido despecho,
que tiene tantas disculpas?

D. INES.

Don Juan, no me hables en eso;
que, aunque es tan grande mi amor,

es mi obligacion primero.

D. JUAN.

¿Y ese puede ser amor?

D. INES.

Amor es, pero sujeto
á la ley de mi decoro.

D. JUAN.

¿Qué en fin niegas un haliento
al temor de mi esperanza?

D. INES.

¿Ya no te doy, el que puedo?

D. JUAN.

¿Que puede importar tan poco?

D. INES.

Pudiendo bastar lo menos,
¿por qué he de empeñar lo mas?

D. JUAN.

¿Y si lo requiere el riesgo?

D. INES.

Vete, Don Juan; que los daños
empeñan á los remedios.

D. JUAN.

Esa esperanza me alivia.

D. INES.

Pues dexa, ver el suceso:::

D. JUAN.

Quiera amor, no sea falla.

D. INES.

Que de mi parte está el juego.

D. JUAN.

¡Qué temor!

D. INES.

A Dios, Don Juan.

D. JUAN.

Guardete, señora, el cielo.

MOSQUITO.

Miren, si es verdad, que ya
pierde el juicio por Don Diego.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Juan y Mosquito.

MOSQUITO.

Vuelvo á decirte, que hay medio,
para curar tu dolor.

D. JUAN.

Mosquito, en tanto rigor
¿qual puede ser el remedio?
Don Tello ha determinado,
el dar á Inés á Don Diego,
y ha despreciado su ruego,
y su palabra ha empeñado.
No hay medio en tanta afliccion.

MOSQUITO.

Digote, que le ha de haber.

D. JUAN.

¿Necio, como puede ser?

MOSQUITO.

¡Hay tal desesperacion!
¿Este hombre no es un rocin?
Luego tu duda es cruel.

D. JUAN.

¿Pues que medio hay para él?

MOSQUITO.

El medio de un celemin.

D. JUAN.

¿Burlaste de mi dolor?

MOSQUITO.

¿Pues sino me quieres creer,
qué tengo de responder?
No desesperes, señor;
que en esto hay medio y remedio,
y tartaramedio y todo.

D. JUAN.

Pues viviré de ese modo.

MOSQUITO.

Y ha de ser pared en medio.
Pero para aqueste efecto,
tu licencia me has de dar,
de lo que yo he de trazar.

D. JUAN.

Esa yo te la prometo.

MOSQUITO.

Pues, señor, ya conocida
la liviandad de Don Diego,
deseando tu sosiego;
hallé el medio por su herida.
Alabéle con intento
á tu prima la Condesa,
que ya, de viuda profesa,

se le anda el casamiento.
Abrió tanto ojo á fe mia,
y muy fiado de sí,
dixo: si ella me ve á mí,
yo me veré señoría.
Yo le prometi llevar,
donde ella verle pudiera,
y él dixo: de esa manera,
Conde soy de par en par.
Si trazamos, que en él quaxe
esta esperanza, despues
despreciará á Doña Inés,
y al viejo y á su linage.
Con que tú puedes, tratar
de tu boda á tu placer;
porque él por encondecer,
no ha de querer emprimar.

D. JUAN.

Si: mas no halla mi desvelo
modo, de verlo logrado.

MOSQUITO.

Pues velo aqui executado,
como el juego de Juanelo.
Tu con tu prima has de hacer,
que un favor no le recate.

D. JUAN.

¡Jesus, qué gran disparate!
¡Yo me habia de atrever
con mi prima á esa indecencia!

Demás, de que ausente está
en Guadalupe, ahunque acá,
no se sabe de su ausencia;
pues su casa está asistida,
como si ella aqui estubiera.

MOSQUITO.

Pues mejor: de esa manera
la industria está conseguida.

D. JUAN.

¿De qué modo?

MOSQUITO.

Con mi maña.
Yo tengo aqui una mujer,
que finjirá, sin caer,
la Princesa de Bretaña:
tan sábia, que por su cholla
dixo aquel refran feliz,
de las hembras la Beatriz,
y de las aves la olla.
Ella, que mi industria aníma,
por finisima embustera,
es tan delgada tercera,
que se sabrá fingir prima.
Sin costarte mas trabajo,
que permitirme la empresa,
le haré tragar la Condesa
envuelta en el estropajo.

D. JUAN.

¿No es fuerza, que eso se ajuste

con las criadas?

MOSQUITO.

Mejor.
¿Pues qué criadas, señor,
se niegan para un embuste?

D. JUAN.

Si de ese modo ha de ser,
yo permitirlo, no puedo.

MOSQUITO.

¿Si ha de saberse el enredo,
ella qué puede perder?
¿Y si esto te escama ahun,
hay mas de hacer yo el papel
in solidum, sin que en él
entres tú de mancomun?

D. JUAN.

Sin que me des por autor,
hazlo tú.

MOSQUITO.

Pues, caballero,
¿soy yo tan pobre embustero,
que he menester fiador?

D. JUAN.

Si lo logras, de esa suerte
le darás vida á mi amor.

MOSQUITO.

Pues vete luego, señor;
que conmigo no han de verte,
y vienen aqui los dos

con mi señor.

D. JUAN.

Mi sosiego

fio de tí.

MOSQUITO.

Vete luego.

D. JUAN.

Pues á Dios.

Salen Don Tello, Don Mendo y Don Diego.

MOSQUITO.

¡Valgame Dios!

Sin importarme (esto) nada

¿quién en tal bulla me mete?

Mas esto es, que un alcahuete

siente mucho ahorcar el voto.

D. TELLO.

Sobrino, esto es atencion.

D. DIEGO.

Tio, eso es mucho apretar.

Yo me tengo de alabar

en quando fuere ocasion.

D. TELLO.

No puede serlo, alabarse

neciamente de galan;

y donde damas están,

no es luciros, sino ajaros.

D. DIEGO.

Eso, señor, se usa aqui.

de acompañarlos.

MOSQUITO.

Si haré;
yo los acompañaré,
como canten ajustado. *vase.*

D. DIEGO.

Muy cansado está mi tio.

D. MENDO.

Por viejo está impertinente.

MOSQUITO.

Aqui entro yo bravamente. *ap.*
No hay mas hablar, señor mio.

D. DIEGO.

¿Mosquito, qué hay?

MOSQUITO.

Que he informado
á la Condesa de suerte,
que á instantes espera verte.

D. DIEGO.

¡Qué dices!

MOSQUITO.

Que te he alabado,
de modo, que me ha pedido,
que yo te lleve á su casa;
pero tú, de lo que pasa,
no te has de dar por sabido,
sino fingir un intento,
con que irla á visitar:
que en viendote, no hay dudar,

que se quaxe el casamiento.

D. DIEGO.

Pues caerá.

MOSQUITO.

Para *nobis*.

D. DIEGO.

Solo el oirlo, me incita.
¿Pues qué hará la Condesita,
en viendome el *coram vobis*?

MOSQUITO.

Pues, si tomas mi consejo,
ve luego.

D. DIEGO.

Eso quiero hacer.
Mas antes he de volver,
á repasarme al espejo.
Esperame aqui.

D. MENDO.

Mirad,
qua están mis primas aqui.

D. DIEGO.

¿Me han visto?

D. MENDO.

Pienso, que is.

D. DIEGO.

No importa. Con brevedad
de ellas me despediré.
Esperame tú allá fuera.

MOSQUITO.

Pues disponlo de manera,
que vamos luego.

D. DIEGO.

Si haré.

Salen Doña Leonor y Doña Inés.

D. LEONOR.

Aqui está Don Diego, hermana.

D. INES.

Pues yo me quiero volver:
que asi le doy á entender,
lo que ha de saber mañana. *Vase.*

D. MENDO.

Nunca el sol tarde salió,
á quien con su luz da vida.

D. LEONOR.

A vuestra fe agradecida,
por mí antes saliera yo.

D. MENDO.

Con vuestra gracia, mi amor
de meritos tan desnudo,
solo mereceros pudo
tan venturoso favor.

D. LEONOR.

Supuesto, Don Mendo, el trato
de mi padre, á vuestro amor
debe mi agrado el favor,
que permite mi recato.

D. DIEGO.

¿Si esto á vos, señora, os mueve?
mi prima quiere enojarme.
¿Por qué no viene, á pagarme
los favores, que me debe?

D. LEONOR.

Está indispuesta.

D. DIEGO.

¿De qué?

D. LEONOR.

Saliendo aqui, de repente
la dió ahora un accidente.

D. DIEGO.

Miren, si lo adiviné.
Dila por el corazon;
y es preciso, que esto sea;
y de otra vez que me vea,
ha de pedir confesion.

D. MENDO.

¿Y de eso no te lastimas?

D. DIEGO.

¿Pues tengo la culpa yo?

D. MENDO.

¿Pues quien lo hace, si vos no?

D. DIEGO.

Mi talle, que es mata primas.

D. MENDO.

¡Qué en esté error tan cerrada
esté su imaginacion!

D. DIEGO.

Digo, ¿el mal de corazon
la dexó muy apretada?

D. LEONOR.

No está buena.

D. DIEGO.

¿Y eso ha sido
causa de retiro tal?
Ella ha cumplido muy mal,
en no haber aqui salido.

D. LEONOR.

¿Pues no es bastante, el tener
alguna indisposicion?

D. DIEGO.

¡Como es eso! ¡Con la uncion
habia de venirme, á ver!

D. LEONOR.

A tan necia groseria
y delirio tan extraño
castigará el desengaño,
que recataros queria;
y ahora os haré saber,
que mi hermana está muy buena.
y por no darse esa pena,
no os quiere salir á ver.
Y aqui para entre los dos,
dexad empresa tan vana;
porque es cierto, que mi hermana
no se ha de casar con vos.

D. DIEGO.

Miren el diablo: la hermana
por donde brota el humor.

D. MENDO.

¿Qué dices?

D. DIEGO.

Que la Leonor
tiene zelos de su hermana.
¿Y aquesto de entre los dos
es cierto?

D. LEONOR.

Esperadlo, á ver.

D. DIEGO.

¿Digo, y es esto querer
tratar, de pescarme vos?

D. LEONOR.

El que de necio la pierde,
no ofende la estimacion.

D. DIEGO.

¿No lo escuchais? Zelos son
con su puntica de verde.

D. MENDO.

Si haceis favor del desden,
bien descansado vivis.

D. DIEGO.

Pues si vos lo consentis,
yo lo consiento tambien.

D. LEONOR.

Señor Don Diego, si fuera

sin mi padre vuestro intento,
por risa y divertimiento
la ignorancia os permitiera.
Y os advierto, que en secreto
resistais la pretension,
ó llegareis á ocasion,
de ajaros mas el respeto.

D. DIEGO.

¿Pensais, doblarme? Pues no;
que eso, por lo que sentis,
vos sola me lo decis.

D. INES *saliendo.*

No lo dice sino yo.

D. DIEGO.

Oygan el demonio: estotra
lo ha estado oyendo á la cuenta,
y sale tambien zelosa;
si se arañan, es gran fiesta.

D. INES.

Señor Don Diego, si el lustre
de la sangre, que os alienta,
á su misma obligacion
se sabe pagar la deuda,
ninguna puede ser mas,
que la que ahora os empeña,
pues una mujer se vale
de vuestro amparo en su pena.
Mi padre, señor Don Diego,
á cuya voz tan sujeta

vivo, que por voluntad
tiene el alma mi obediencia,
trató la union de los dos,
tan si darme parte de ella,
que de vos y del intento,
al veros, tube las nuevas.
Casarme sin mí, es injusto;
mas dexo aparte esta quexa,
porque al blason de obediente
tiene algun viso de opuesta.
Casarme con vos, Don Diego,
si quereis, ha de ser fuerza:
pero sabed, que mi mano,
si os la doy, ha de ser muerta.
De caballero y de amante
faltais, Don Diego, á la deuda,
si, sabiendo mi despecho,
vuestra mano me atropella.
Vos, Don Diego, habeis de hacer
á mi padre resistencia;
y escojed vos en la causa
la razon, que mas convenga.
Aborrecedme, injuriadme;
que yo os doy toda licencia,
para tratar mi hermosura
desde desgraciada á necia.
Haced cuenta, que una dama,
á vencer otro, os empeña;
que es lance, que no le puede

excusar vuestra nobleza.
Haced, Don Diego, una accion,
que es por entrambos bien hecha;
por mí, porque yo os lo pido;
por vos, porque en vos es deuda.
Y advertid, que yo á mi padre,
por la ley de mi obediencia,
para qualquiera precepto
el sí he de dar por respuesta.
Si vos no lo repugnais,
yo no he de hacer resistencia;
y si deseais mi mano,
desde luego será vuestra.
Pero mirad, que os casais,
con quien, quando la violentan,
solo se casa con vos,
por no tener resistencia.
Y ahora vuestra hidalguía,
ó el capricho, ó la fineza
corte por donde quisiere:
que, quando pare en violencia,
muriendo yo, acaba todo;
pero no vuestra indecencia,
pues donde acaba mi vida,
vuestro desdoro comienza.

D. DIEGO.

¡Puede el diablo haber pensado
mas graciosísima harenga,
para disfrazar los zelos,

y está de ellos que revienta!
Señora, todo este enojo
nace, con vuestra licencia,
de zelos, que os dá Leonor.
Si temeis, que yo os ofenda,
os engañais, juro á Dios;
que por vida de mi avuela,
y asi Dios me dexe ver
con fruto unas viñas nuevas,
que plantó mi padre en Burgos,
que es lo mejor de mi hacienda,
como yo nunca la he dicho
de amor palabra, ni media;
que ella es, la que á mi me quiere;
y si no digalo ella.

D. MENDO.

Tener no puedo la risa
de tan graciosa respuesta.

D. LEONOR.

Hermana, este hombre no tiene
sentido, y en vano intentas,
que se reduzca á razon.

D. INES.

Sean zelos, ó no sean,
señor Don Diego, yo os pido,
porque una dama os lo ruega,
que aqui me deis la palabra,
de hacer por mí esta fineza.

D. DIEGO.

No haré yo tal, hasta ver,
como pinta la Condesa: *ap.*
Señora, eso es una cosa,
que es para dormir sobre ella.
Yo me veré bien en ello,
para daros la respuesta;
que aqui tengo yo un agente,
que es quien mejor me aconseja.

D. INES.

¿Pues que hay que pensar en esto,
para que nadié os advierta?

D. DIEGO.

¿Pues no quereis, que me informe,
si puedo hacerlo en conciencia?

D. LEONOR.

¡Hay mas raro desatino!

D. DIEGO.

Esto es, porque vos quisierais,
que respondiera que sí,
para verme libre de ella,
y echarme luego la garra.

D. INES.

Ya vuestra locura necia
pasa el termino de loco;
y á mí, qué hacer, no me queda
mas, que volver á advertiros,
que quanto os he dicho atenta,
os lo repito ofendida;

y si tras esta advertencia
os quereis casar conmigo,
aunque mi sangre os halienta,
sois hombre indigno, Don Diego.
Pensad, ó no la respuesta. *vase.*

D. DIEGO.

¿Qué llama indigno? Escuchad.

D. LEONOR.

Eso, Don Diego, es perderla
de muchas veces. Haced,
lo que Inés os aconseja,
ó en mayor desayre vuestro
parará su resistencia. *vase.*

D. DIEGO.

¡Desayre!

D. MENDO.

Tened, Don Diego.
¿Un hombre noble, qué espera,
oyendo este desengaño?

D. DIEGO.

¿Hombre, no vés, que te quemas,
y Leonor, porque me adora,
es quien causa esta revuelta?

D. MENDO.

Vive Dios, que es imposible,
sacarle de la cabeza
esta aprehension. ¿Pues, Don Diego,
en qué conoceis, que tenga
fundamento este cariño?

D. DIEGO.

¡Hay mas graciosa simpleza!
Bueno sois para marido,
si no entendeis esta lengua,
pues no veis, que hablan los ojos,
y la Leonor está muerta;
sino es que vos, por casaros,
no mirais delicadezas.

D. MENDO.

Vive Dios, que á no saber,
que habla la ignorancia vuestra
mas que la malicia en vos,
de esta sala no salierais,
sin ser el ultimo haliento
necedad tan desatenta.
Pero pues es inculpable
vuestra locura, esta mesma
sea, la que dé el castigo,
á tan notoria simpleza. *vase.*

D. DIEGO.

¡Hay tonto como mi primo!
Pero á mí, allá se lo avenga.
Yo me voy, á ver, si puedo,
derribar esta Condesa;
y si no saliere cosa,
fixas las dos primas quedan;
y si todas me quisieren,
apechugaré con ellas:
que á mas Moros mas ganancia,

que el Turco tiene trescientas. *vase.*

Salen Beatriz de Condesa viuda, Mosquito, y una criada.

BEATRIZ.

¿Qué me dices, Mosquito? ¿Vengo buena?

MOSQUITO.

Beatricilla, estás hecha una azucena.

BEATRIZ.

¿Y de Condesa viuda tengo aseo?

MOSQUITO.

Bien puedes ser la viuda de Siqueo.

CRIADA.

¿No temes, que á dudarlo, se adelante?

BEATRIZ.

¿Qué llamas duda? La creerá un bergante.

CRIADA.

Esto importa, ocultarlo á los criados, menos á los que estamos avisados.

BEATRIZ.

El tonto vá á caer.

MOSQUITO.

Claro está eso.
Beatricilla, caerá como con queso.

BEATRIZ.

¿Y dónde está?

MOSQUITO.

A la puerta le he dexado;
que fingiendo yo entrar con el recado,
subí á vér, si ya estabas prevenida,

[illegible]
[illegible] D. DIEGO.
Ya ha hablado.

[illegible] es delicados
[illegible] de señoras

CRIADA.
¿Quien es?

D. DIEGO.
Respondele apriesa.

MOSQUITO.
Diga usted, como Don Diego
mi señor quisiera, luego
ver a [illegible] la Condesa.

CRIADA.
Ya la teneis avisada.
Entre.

D. DIEGO.
El norte lo asegura.

CRIADA.
¡Jesus, qué estraña figura!

D. DIEGO.
Ya ha [illegible] la criada.
¿Mosquito, ves lo que pasa?
[illegible]

MOSQUITO.
Aqueso es llano.
[illegible] señor, vete a la mano,
no [illegible] tambien la casa.

MOSQUITO.

De ningun modo; que ese no es su paso.

BEATRIZ.

¿Y si él pregunta, cómo estais, acaso, qué le he de responder?

MOSQUITO.

En garatusa, libidinosa, credula y obtusa.

BEATRIZ.

¿Pues qué ha de entender él, si eso no es [nada?

MOSQUITO.

Acaso entenderá, que estás preñada.

BEATRIZ.

Dexame á mí; que yo sabré hablar culto, quando importe; que no ha de ser á vulto.

MOSQUITO.

Pues él venga; hácia acá voy á sacarlo; que aqui Don Juan tambien está á escuchar [lo.

Vase, y sale con Don Diego.

D. DIEGO.

¿Mosquito, está aqui?

MOSQUITO.

¿No ves, que es la que está en esta pieza?

D. DIEGO.

¿Es ésta? Rara belleza descubre por el envés.

BEATRIZ.

¿Quién anda en los corredores?

Miralo, Isabél.

D. DIEGO.

Ya ha hablado.
Hasta el tono es delicado;
en fin manjar de señores.

CRIADA.

¿Quién es?

D. DIEGO.

Respondele apriesa.

MOSQUITO.

Diga usted, como Don Diego
mi señor quisiera, luego
ver á misa la Condesa.

CRIADA.

Ya la teneis avisada.
Entre.

D. DIEGO.

El norte lo asegura.

CRIADA.

¡Jesus, qué extraña figura!

D. DIEGO.

Ya ha caído la criada.
¿Mosquito, vés lo que pasa?
Todo caerá.

MOSQUITO.

Aqueso es llano.
Mas, señor, vete á la mano,
no cayga tambien la casa.

D. DIEGO.

El cielo guarde esa aurora.

BEATRIZ.

La vuestra sea bien venida.

D. DIEGO.

No he visto en toda mi vida
mejor vulto de señora.

BEATRIZ.

¿Qué intento os lleva neutral
á mis coturnos cortés?

D. DIEGO.

¡Jesus quál habla! Esto es
estilo de sangre Real.
Señora, bueno he venido.

MOSQUITO.

Qué quieres, te preguntó.
Estar bueno, quiero yo:
luego bien he respondido.

BEATRIZ.

De risa me estoy cayendo,
y disimular no sé.

D. DIEGO.

Tambien me parece, que
va la Condesa cayendo.

BEATRIZ.

¿En fin, venis rutilante
á mi explendor fugitivo,
para ver, si yo os esquivo
á mi consorcio anhelante?

D. DIEGO.

¿No ves, Mosquito, al hablarme,
con qué gracia me enamora?

MOSQUITO.

¿Pues qué es, lo que dice ahora?

D. DIEGO.

Todo aquesto es alabarme.
Si yo aqui os he parecido,
como vos significais,
cierto que no lo arriesgais,
porque soy agradecido.

BEATRIZ.

Explicaos de una vez.

D. DIEGO.

Hablaros de espacio intento.

BEATRIZ.

Pues apropinquad asiento.

D. DIEGO.

Mosquito, ya pica el pez.

MOSQUITO.

Ya yo le he visto tragar.

D. DIEGO.

Yo soy cebo de mujeres.

MOSQUITO.

Ahora digo, que tú eres
linda caña de pescar.

D. DIEGO.

Hablarla importa con frases
de un estilo levantado.

MOSQUITO.

Sí; que el estilo acostado
es, para quando te cases.

D. DIEGO.

Vuestra fama sonorosa,
concurso, no de estudiantes,
sino de tropas volantes:::
Bravo pedazo de prosa.

MOSQUITO.

Bueno vá: adelante pase.

BEATRIZ.

Desde Burgos me ha trahido,
á daros en mí un marido,
que sea honor de vuestra casa.

BEATRIZ.

Súbito, no meditado
vuestro pretexto colijo.

MOSQUÍTO.

¿Qué es, lo que ahora te dixo?

D. DIEGO.

Que lo aceta de contado.
De ella desde hoy no me aparto.

BEATRIZ.

Algo de bobera en vos
presume el candido pecho.

D. DIEGO.

¡Jesus, que favor me ha hecho!
Buena Pasqua te dé Dios.

MOSQUITO.

De risa el tonto me apura.
Prosigue; que ya está tierna.

D. DIEGO.

Ahora me alabó la pierna.
Pues si vierais mi cintura
por de dentro, os admirára
su medida tamañita,
porque á mí el Sastre me quita
dos dedos de media vara.

MOSQUITO.

En eso no hay que dudar.

D. DIEGO.

Y ahun me la achica despues.

MOSQUITO.

Mas la media vara es
de vara de torear.

D. DIEGO.

Eso en torear, no hay hombre
como yo. Con un jaéz
en Burgos salí una vez,
y tembló el toro mi nombre.
Yo me andube por alli
en la plaza hecho un Medoro,
y no osó llegar el toro
á treinta pasos de mí.

MOSQUITO.

¡Bravas suertes!

D. DIEGO.

Y hasta el fin
ningun rocin me mató.

MOSQUITO.

Pues si á tí no te alcanzó,
seguro estaba el rocín.

D. DIEGO.

Pareceme, que un poquito
vos estais de mí pagada.

BEATRIZ.

Adusta sí, no implicada.

D. DIEGO.

Toma, si escampa, Mosquito.

MOSQUITO.

¡Jesus! A Beatriz aprisa
señas le haré por detrás;
porque si esto dura mas,
he de reventar de risa.

BEATRIZ.

Remito, por lo que expreso,
la locucion á otro dia, *levantase.*

D. DIEGO.

¿En efecto, seréis mia?

BEATRIZ.

Cogitacion habrá en eso.

D. DIEGO.

Eso si al alma regala.

BEATRIZ.

Pensaislo con juicio agreste.

D. DIEGO.

¡Mira qué fàvor aqueste!
¡Ah, bien haya aquesta gala!

BEATRIZ.

A Dios.

D. DIEGO.

Hasta nuestras bodas.

CRIADA.

Bravo tonto.

BEATRIZ.

Ya os entiendo. *vanse.*

D. DIEGO.

La mujer se vá cayendo,
pero lo mismo hacen todas.

MOSQUITO.

Lograronse mis cuidados.
¿Qué dices de aquesta empresa?

D. DIEGO.

Que la mujer es Condesa
de todos quatro costados.

MOSQUITO.

Ahora entra aqui Don Juan *ap.*
para acreditar el caso.
¿Señor, si esto vá á este paso,
tus dos primas, qué dirán?

D. DIEGO.

Volaverum.

MOSQUITO.

Yo querria,

que lo sepas recatar.

D. DIEGO.

Ya bien puedes empezar,
á llamarme Señoría.

D. JUAN *dentro.*

Ola, Matheo, Benito.
¿No hay algun criado aquí?
¿Qué modo es este?

MOSQUITO.

¡Ay de mí!

D. DIEGO.

¿Qué es esto?

MOSQUITO.

¡Christo bendito!
Don Juan::: Eso que no es nada:
primo de aquesta señora,
y zeloso.

D. DIEGO.

¿Eso hay ahora?
Pues requiriré la espada.

MOSQUITO.

¿Y qué hemos de hacer con eso?

D. DIEGO.

Voto á Dios, si me habla en nada,
que á la primer cuchillada,
le revane como queso.

MOSQUITO.

¿Que eres valiente?

D. DIEGO.

Los Chinos
son enanos para mí.

MOSQUITO.

¡Ay madre de Dios! que aqui
se matan como cochinos.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¿Siempre en casa ha de haber priesa?
¡Pero, Don Diego, aqui estais!
¡Pues qué en la casa buscais
de mi prima la Condesa!

D. DIEGO.

¿Yo?

D. JUAN.

Si.

D. DIEGO.

No lo puedo creer.
¿A mí?

D. JUAN.

¿No habeis escuchado?

D. DIEGO.

Vive Dios, que me he turbado
y no sé, qué responder.

D. JUAN.

¿No hablais?

MOSQUITO.

Yo, señor, de un tiro
con mi señor iba al Prado,

y aqui nos hemos topado
por la plaza del Retiro.

D. DIEGO.

¿Qué diré?

MOSQUITO.

El diablo lo fragua.
De quien me pario, reniego.

D. JUAN.

¿Por qué no me hablais, Don Diego?

MOSQUITO.

Tiene le boca con agua.

D. JUAN.

¿Qué dices?

MOSQUITO.

Que él iba á prisa,
y se entró aqui.

D. JUAN.

¿A qué se entró?

MOSQUITO.

Yo :: quando :: si :: ¿Qué se yo?
Los dos ibamos á misa.

D. JUAN.

¿Villano, es eso burlar
de mí?

D. DIEGO.

Ya yo me cobré;
y asi lo remediaré.
Don Juan, yo os vengo á buscar.

D. JUAN.

¿Vos á mí?

D. DIEGO.

A solas os quiero.

D. JUAN.

Pues por mí yo solo estoy.

D. DIEGO.

Pues vete tú.

MOSQUITO.

Ya me voy. *vase.*

Clavóse este majadero.

D. JUAN.

Yá estamos solos.

D. DIEGO.

Don Juan,
yo me caso con mi prima;
que aunque ella no me merezca,
en efecto ha de ser mia.
Yo en efecto, como digo,
vengo aqui, porque en mi vida:::
Por Dios, que he perdido el hilo,
de lo que decir queria. *ap.*

D. JUAN.

Proseguid.

D. DIEGO.

Ya voy al caso.
La memoria es quebradiza.
Desde Burgos á Madrid
hay quarenta leguas chicas.

Pienso, que hay mas; no, no hay tantas.

D. JUAN.

¿Pues eso á qué se encamina?

D. DIEGO.

¿Las leguas no son del caso

D. JUAN.

¿Pues el camino á qué tira?

D. DIEGO.

¿Tampoco importa el camino?

D. JUAN.

¿Pues qué importa?

D. DIEGO.

¿Esto no estriva

en resolucion? Pues alto.
¿Señor mio, yo queria
saber de vos, á qué intento
entrais en cas de mi prima?

D. JUAN.

¿Pues por qué lo preguntais?

D. DIEGO.

¿Por qué? La duda es muy linda.
Porque he de ser su marido.

D. JUAN.

Vive Dios, que la salida,
que ha buscado, ahunque el engaño,
que yo deseo, acredita,
pues lo hace por deslumbrarme,
á un grave empeño me obliga;
que ahunque es necio, es caballero.

D. DIEGO.

¿No hablais? ¿Me dais con la misma?
Pues yo esto, vengo, á saber.

D. JUUN.

La pregunta es tan indigna,
que no merece respuesta.
Pero si ha de ser precisa,
yo os la daré.

D. DIEGO.

No: tened;
que yo tengo en esta villa
mas de quatrocientas damas,
que á mi casamiento aspiran.
Yo os lo digo, por si acaso
vuestro amor á Inés se inclina,
que yo alzaré mano de ella;
porque vuestra bizarria
me ha enamorado, y no quiero,
que os dé mi boda un mal dia.

D. JUAN.

Yo os digo, que no os respondo.

D. DIEGO.

Segun eso, vuestra mira
no debe de ser á Inés,
sino á Leonor.

D. JUAN.

Esa misma
es la pregunta pasada,
que ya teneis respondida.

D. DIEGO.

¡Ah, como os di yo en el alma!
En los ojos se averigua:
Leonor es, la que os abrasa.

D. JUAN.

No hagais vos respuesta mia,
la que yo no os quiero dar;
y si el negarlo, os irrita,
ya os digo:::

D. DIEGO.

No os enojeis;
que aquesto, por vida mia,
es querer ser vuestro amigo.

D. JUAN.

Mi voluntad os lo estima;
mas no hablemos mas en esto.

D. DIEGO.

Mi duda está concluida.
Quedad con Dios.

D. JUAN.

El os guarde.

D. DIEGO.

Y entended, que en mi caricia
teneis el lugar de un primo.

D. JUAN.

Deuda es de mí agradecida.

D. DIEGO.

No es nada el equivoquillo;
mi ingenio es todo una chispa.

Quedaos, no paseis de aqui.

D. JUAN.

No me excuseis, que yo os sirva.

D. DIEGO.

Yo os iré sirviendo á vos.

D. JUAN.

Yo he de lograr esa dicha.

D. DIEGO.

Ah, qué bien se la pegué!

D. JUAN.

¡Ya él me ha creido la prima.

Sale Mosquito y Beatriz de criada.

MOSQUITO.

Dame quatro mil abrazos,
ingeniosa Beatricilla;
que has hecho el papel mejor,
que pudiera Celestina.

BEATRIZ.

¿Parecia yo Condesa?

MOSQUITO.

¿Que es Condesa? Parecias
fregona en paños mayores.

BEATRIZ.

¿Y si él creyó la postiza,
en qué ha de parar el cuento?

MOSQUITO.

¿Pues eso no lo imaginas?
En que te cases con él.

BEATRIZ.

¡Yo! ¡Madre de Dios bendita!
Primero fuera beata
de aquestas arrobadizas.

MOSQUITO.

Calla, boba; que Don Juan,
que es á quien le va la vida,
lo ha de pagar por entero,
y de la paga la liga
tomarás tú, y yo la media.

BEATRIZ.

Eso de la media explica,
porque tiene muchos puntos.

MOSQUITO.

Entremos en casa aprisa;
que aquí en el zaguan estamos
á riesgo de una venida.

BEATRIZ.

Vamos; no me vea el viejo.

MOSQUITO.

¿Y hemos de entrarnos á frias?
¿No me darás un abrazo?

BEATRIZ.

Y quince.

MOSQUITO.

¿Con eso envidas?

Sale Diego, y cójelos abrazados.

D. DIEGO.

Grande empresa he conseguido,

y escaparme, fue gran dicha.
¡Pero qué miro!

BEATRIZ.

¡Ay Dios mio!
Don Diego, y á letra vista
son ha cojido.

MOSQUITO.

¡Jesus!

D. DIEGO.

O estoy loco, ó juraria,
que es la Condesa.

BEATRIZ.

Villano, *dale á Mosq.*
¡tú á mí engañarme querias!
Viven los cielos, traydor,
que en tí he de vengar mis iras.

MOSQUITO.

¡Qué haces, mujer del demonio!

BEATRIZ.

¡Traydor, tú á engañarme ibas!
¡A una mujer de mi estado
le finges alevosias!

D. DIEGO.

¡Viven los cielos, que es ella....
¿Señora, pues qué os irrita
este picaro, que os hallo
en una accion tan indigna,
y tan indecente trage?

BEATRIZ.

¿Siendo vuestra la malicia,
lo dudais, mal caballero,
que con aleves caricias
engañais nobles mujeres?
¿Es bien, robarme la vida,
prometiendo, ser mi esposo,
estando, con vuestra prima
para desposaros hoy?

D. DIEGO.

¡Señora, quien tal mentira
os ha dicho!

MOSQUITO.

Vive Dios,
que sabe ya la cartilla. *ap.*
Remediólo brevemente.

BEATRIZ.

Yo lo se, de quien me avisa
de todos vuestros engaños;
y por ver vuestra malicia
con mis ojos, he venido
llena de ansias y fatigas,
disfrazada y sin respeto,
donde he sabido, que es fixa
la boda para esta noche.

MOSQUITO.

¡O gran Beatriz, fondo en tia!

D. DIEGO.

No es nada, lo que obra el talle.

Tomen, si purga la niña. *ap.*
Señora, viven los cielos,
que ahunque está ya prevenida,
es sin mi consentimiento.
Y porque quedeis vencida,
yo haré aqui un remedio breve.

BEATRIZ.

¿Qual es?

D. DIEGO.

Daros una firma
con tres testigos.

BEATRIZ.

¿Pues yo,
qué he de hacer de ella ofendida?

D. DIEGO.

Sacarme por el Vicario,
si este tio me da prisa.

MOSQUITO.

Esto es peor; que en mentando
el ruin, es sentencia fixa,
que ha de cumplirse el refran.
El viejo viene.

BEATRIZ.

Sería
gran desdicha, que me viera
en una accion tan indigna.

D. DIEGO.

¿Os conoce?

BEATRIZ.

No; mas basta,

que me vea.

D. DIEGO.

Pues aprisa

escondeos.

BEATRIZ.

¿Dónde puedo?

D. DIEGO.

Detrás de esta puerta misma.

BEATRIZ.

Todo es decente en un riesgo.
Mirad, que mi honor peligra,
en que ninguno nos vea. *vase.*

D. DIEGO.

Si viniera Atabalipa
y Motezuma, no os viera,
hasta costarme la vida.
Disimula tú, y finjamos,
que baxabamos de arriba.

MOSQUITO.

Pienso, que el viejo lo ha visto;
que trahe aceda la vista.

Sale Don Tello.

D. TELLO.

¡Don Diego!

D. DIEGO.

¿Tio y señor?

D. DIEGO.

A vos y á vuestras dos hijas.

D. TELLO.

¿Yo no he de entrar en mi casa?

D. DIEGO.

A eso ni vos, ni mi tia.

D. TELLO.

Villano, víven los cielos,
que de tan gra
tomaré satisfa

Ahunque pe idas,
no habeis ma.

padas.

Pues permitas.
Sa *puerta dé en me-*
in por otra.

ES.

la espada::!

JUAN.

i está la mia.

. TELLO.

, que intento,
mis iras.

D. DIEGO.

. Viv el cielo,
Juan á su prima,
el ce.

D. TELLO.

Villano, á esta mujercilla
sacaré yo de este modo.

D. DIEGO.

Detente, señor, y mira,
que esta dama es de Don Juan
con mucho estrecho, y peligra
su honor y su vida en esto.

D. TELLO.

¡Qué esta es su dama!

D. DIEGO.

Esta misma.

D. INES.

¡Ah, traydor! ¡Qué es lo que escucho!
¡Esto encubierto tenias!

D. TELLO.

¡Buena la intentaba yo!
¡Turbado me ha la noticia!
Cuerpo de Dios, no dixerais,
que aquesa mujer venia,
á ampararse á vos de un riesgo.
Llamadla, é idos aprisa;
que yo os guardaré la espalda.
Tapaos, señora. Seguidla. *á D. Diego.*

D. DIEGO.

Señora, venid tras mí.
Perdonad, señora prima;
que yo con quién vengo vengo.
Vase con ella tapada por delante de ellos.

MOSQUITO.

Escapóse Beatricilla:
salto y brinco de contento. *vase.*

D. TELLO.

Detener yo ahora á Don Juan, *ap.*
porque no pueda seguirla,
será lo mas importante.
Don Juan, fuerza es, que yo siga
á Don Diego, por si acaso
en este empeño peligra.
Quedaos vos aqui.

D. JUAN.

Eso fuera,
faltar yo á la deuda mia,
sabiendo, que va con riesgo.

D. TELLO.

Es, que para la accion misma
os he menester yo aqui.

D. JUAN.

Siendo asi, aqui está mi vida,
para arriesgarla con vos.

D. TELLO.

Mi amistad de vos la fia.
Hasta que él esté seguro
le guardaré yo esta esquina. *vase.*

D. JUAN.

Inés, señora, á este lance
queda mi fe agradecida,
pues podré hablarte en seguro.

D. INES.

Si eso, á engañarme, camina,
ya no lo podrás, ingrato,
conseguir, mientras yo viva.

D. JUAN.

¿Qué es lo que dices, señora?
¡Yo traycion! ¿En qué imaginas,
que la tenga una fineza,
que no hay luz, que la compita?

D. INES.

Pero hay luz, que la descubra,
y á bien poca se averigua;
pues es tal su desenfado,
y tienes Dama tan fina,
que ofendiendo tu decoro
á un hombre que no ha tres dias,
que está en Madrid, tus finezas,
y su liviandad publica.

D. JUAN.

Señora, viven los Cielos,
que ajeno de esas malicias,
no puedo entender tu quexa,
ni se, dé qué se origina.

D. INES.

Pues yo no ajena, Don Juan,
de tu traycion fementida,
y ya mas desesperada,
negandomelo á la vista,
te lo diré, ahunque al decirlo

mayor empeño se siga.
Pierdase lo que se pierda,
donde se pierde mi vida.
Esa Dama, que á su amparo
aqui á Don Diego le obliga,
tú eres de quien la recata,
y ella de tí se retira.
Y pues sabe un forastero,
que és tan tuya, que peligra;
hallandola tu con otro,
mira, si es tu alevosia
tan recatada, que al verla,
de mucha luz necesita?

D. JUAN.

Oye, señora.

D. INES.

Es en vano.

D. JUAN.

Tente por Dios.

D. INES.

Mas me irritas.

D. JUAN.

¿ Pues no me oirás?

D. INES.

¿ Qué he de oirte?

D. JUAN.

Que ha sido ilusion.

D. INES.

Mi dicha.

de un bobo, sino otro bobo.

D. DIEGO.

¡Secreto para conmigo!
¿Qué te dice?

MOSQUITO.

Que vá ahora
la Condesa mi señora,
muy asustada contigo.

D. DIEGO.

Eso tomalo al reves.
¿Pues no voy yo, á defendella,
aunque venga contra ella
el Armada del Ingles?

MOSQUITO.

Es, que estais junto á la entrada
de su casa, y si los dos
llegais, la verán con vos.

D. DIEGO.

¿Qué importa, si va tapada?

MOSQUITO.

Pues si vén, á su beldad,
seguirla, ¿no es cosa expresa,
que han de creer, que es la Condesa?

D. DIEGO.

Esa es la pura verdad.
Pero si dexarla intento,
quando de mí se amparó,
y sucede algo, estoy yo
obligado al saneamiento.

Ademas que fuera accion
llena de incivilidad.

BEATRIZ.

¿No veis, que eso es necedad?

D. DIEGO.

Mas que sea discrecion.
Vos no os habeis de ir sin mí;
y creed, si esto no basta,
que he de acompañaros hasta
el postrer marabedí.

BEATRIZ.

Ya que estais determinado,
venid, pues eso quereis,
y á la puerta no llegueis.

D. DIEGO.

No he de ir sino hasta el estrado.
No lo excuseis.

MOSQUITO.

Guarda, Pablo.

BEATRIZ.

¿Vos en mi casa tras mí?

D. DIEGO.

¿Pues que pelígro hay allí?

MOSQUITO.

¿Que sé yo, lo que hará el diablo?
Por aquí la he de escapar. *ap.*
Señor, advierte una cosa,
que esta Condesa es golosa,
y esto lo hace, por entrar

[illegible]

BOSQUETO.

¿Llevas dinero?

D. DIEGO.

Ni blanca.

BOSQUETO.

¿Pues á qué has de entrar allí?

D. DIEGO.

¿Pues qué riesgo en eso habrá?

BOSQUETO.

Donde está no [illegible] franca,

¿[illegible]

[illegible]

[illegible] ?

[illegible] ?

[illegible] ya

[illegible] TO.

[illegible] es quedar

en una accion afrentosa.

D. DIEGO.

Hermano, si ella es golosa,
¿tengolo yo de pagar?

MOSQUITO.

Aquesto es cosa perdida.

BEATRIZ.

¡Ay desdichada de mí!
Don Juan viene por allí.

MOSQUITO.

Su primo: pese á mi vida.

D. DIEGO.

¿Quién?

MOSQUITO.

Don Juan de par en par.

D. DIEGO.

¿Pues ahora, qué hemos de hacer?

MOSQUITO.

Irnos, y tú defender,
que no nos pueda alcanzar.

D. DIEGO.

Y sino puedo atajarle,
si acaso viene muy fuerte,
¿qué he de hacer?

MOSQUITO.

Darle la muerte.

D. DIEGO.

¿Darle la muerte?

MOSQUITO.

O matarle.

D. DIEGO.

¿Y sino trahe mal humor,
y detenerle por bien,
puedo?

MOSQUITO.

Matale tambien.

D. DIEGO.

Pues manos á la labor.

BEATRIZ.

No permitais, que se acabe
de arriesgar la vida mia.

D. DIEGO.

Vayase Vuesseñoria;
que yo voy pensando el cabe.

MOSQUITO.

Detenedle bien.

D. DIEGO.

Si haré.

MOSQUITO.

Ya podemos escurrir.

BEATRIZ.

Detenedle, sin reñir.

D. DIEGO.

Sin reñir, le mataré.

MOSQUITO.

Arranquemos á correr,
miéntras él queda en arrobo.

BEATRIZ.

¡Jesus! Harta voy de bobo.

MOSQUITO.

No es poco para mujer. *vase.*

D. DIEGO.

A mucho quedo empeñado,
si este hombre en seguirla dá:
pero bien hecho será;
que un primo es medio cuñado.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

En haberme detenido
con tal cuidado Don Tello,
reconozco, que es verdad
lo que les dixo Don Diego:
y pues aquí le he alcanzado,
he de averiguar su intento.

D. DIEGO.

Hombre, mira lo que haces;
que vas andando y muriendo.

D. JUAN.

¿Señor Don Diego?

D. DIEGO.

Don Juan,
¿que quereis?

D. JUAN.

Buscandoos vengo.

D. DIEGO.

Como no paseis de aquí,

seré muy servidor vuestro.
Decid, que es lo que os ocurre.

D. JUAN.

Lo que yo deciros quiero,
aquí os lo puedo decir.

D. DIEGO.

De vida sois, segun eso.

D. JUAN.

Vois habeis dicho delante
de vuestra prima y Don Tello,
que aquella mujer tapada,
que ahora os iba siguiendo,
la recatabais de mí,
por importarme su empeño.
Yo sé, que esto es imposible,
porque yo en Madrid no tengo
mujer, que pueda importarme,
ni por amor, ni por deudo.
Y siendo asi, que es fingido,
de vos entender pretendo,
¿para qué fin lo fingisteis?

D. DIEGO.

Eso es peor, vive el Cielo;
porque si él fuera tras ella,
le matara sin remedio,
porque ya lo habia pensado:
pero matarle por esto,
no lo he pensado, y no es facil.

D. JUAN.

¿Qué decis?

D. DIEGO.

Ya voy á ello.
Señor Don Juan, que yo dixe
á mi tio ese embeleco,
para escaparme de alli,
es verdad, y no lo niego.
Pero eso á vos, ¿qué os importa?

D. JUAN.

¿Pues vos, siendo caballero,
lo dudais? el que se entienda,
qué Dama, ó parienta tengo
tan liviana, que de mí
anda con otros huyendo.

D. DIEGO.

¿Pues si vos sabeis, que es falso,
y os asegurais en eso,
qué importa, que yo os lo diga?

D. JUAN.

El que no lo piensen ellos;
que la opinion no es lo que es:
sino lo que entiende el pueblo.

D. DIEGO.

¿Pues mi tio es pueblo acaso?

D. JUAN.

Es parte de él, que es lo mesmo.

D. DIEGO.

Don Juan, esto no os importa,

mas, de que no tenga zelos
Leonor, de lo que yo dixe,
como es vuestro galanteo.
¿Remediando esto, habrá mas?

D. JUAN.

Yo no os pido nada de eso.

D. DIEGO.

Pues veis aqui, que lo dixe:
que era verdad. ¿Qué remedio?

D. JUAN.

Que vos habeis de decir
á todos los que lo oyeron,
el intento, que tubisteis,
y que yo os obligo á ello.

D. DIEGO.

No es nada la añadidura
del decir vos: Eso es bueno.
Antes me volviera Moro.

D. JUAN.

Pues aqui no hay otro medio.

D. DIEGO.

Pues mas que nunca le haya.
Bien quedaba yo con eso,
para ir á la plaza en Burgos
á hablar con los Caballeros.
El toro de las dos madres
no hiciera mas ruido entre ellos.

D. JUAN.

¿Pues cómo habeis de excusarlo?

D. DIEGO.

¿Cómo? Por Dios, que me huelgo.
Usted me tiene por rana,
con dos manos y diez dedos,
con cinco palmos de espalda,
y libra y media de azero.

D. JUAN.

Pues aguardad, y veamos,
si es mas posible otro medio.
¿Esta mujer os importa?

D. DIEGO.

Y mucho; y á no ser eso,
si ella no me importa, á ella
le importo yo; que es lo mesmo.
¿Teneis mas que preguntar?

D. JUAN.

Pues si vos sabeis, que es cierto,
que ella no me importa á mí,
dadle á entender á Don Tello,
como acaso, ó con industria,
quien es; para que con esto
se sepa, que no es mujer,
con quien dependencia tengo.

D. DIEGO.

Por Dios, que la haciamos buena.
¡Que me pida el majadero,
que yo publique á su prima!
Valgate el diablo el empeño.
Yo no sé, como él lo oyó,

porque lo dixe bien quedo.

D. JUAN.

¿ Os parece esto mejor?

D. DIEGO.

¿Vos teneis entendimiento;
Yo manifestar la Dama?
No se pide eso á un Gallego.

D. JUAN.

Pues, Don Diego, aqui no hay modo,
de excusarse nuestro duelo;
porque yo no he de apartarme
de vos, sin ir satisfecho.

D. DIEGO.

Pues venios á mi lado;
que yo os doy licencia de eso,
como durmamos aparte.

D. JUAN.

Pero esto ha de ser riñendo.

D. DIEGO.

Mas mátala, vive Dios,
que si reñimos por esto,
se ha de enojar la Condesa.

D. JUAN.

Don Diego, esto es perder tiempo.

D. DIEGO.

¡En fin hemos de reñir!

D. JUAN.

No tiene el lance otro medio;
y sí ha de ser:

D. DIEGO.

Aguardad.

D. JUAN.

¿Pues qué quereis?

D. DIEGO.

Que primero
protesto, que soy forzado,
porque importa para el cuento.

D. JUAN.

Eso á mí nada me importa.

D. DIEGO.

Valgame Dios: yo me entiendo.

D. JUAN.

Sacad, Don Diego, la espada.

D. DIEGO.

Comenzad, diciendo el credo,
y abreviadle.

D. JUAN.

¿Para qué?

D. DIEGO.

Por no daros hasta el tiempo
de la vida perdurable.

D. JUAN.

Eso ahora lo verémos.

Sale Don Mendo.

D. MENDO.

¿Qué es esto? ¿Primo, Don Juan?

D. JUAN.

Los dos tenemos un duelo,

que nos obliga á reñir:
y vos, como caballero,
no nos lo habeis de estorbar.

D. MENDO.

Si es justo, yo lo prometo.

D. JUAN.

Es justo, y él lo dirá.

D. DIEGO.

No es sino injusto, y muy necio.
Yo me he de escapar del lance, *ap.*
enredando en él á Mendo.
Primo, Don Juan galantea,
como lo muestra su intento,
á nuestra prima Leonor.
Yo, por salir sin empeño
con una mujer de casa,
queriendòla ver mi suegro,
que eran cosas de Don Juan,
dixe á mi tio en secreto,
llegando él á esta ocasion,
por salir de ella sin riesgo.
De esto resultó sin duda,
que Leonor de él tenga zelos,
y él, para satisfacerla,
que esto no puede ser menos,
quiere, que yo me desdiga.
A Dios, pues. *vase.*

D. JUAN.

Oíd, Don Diego.

D. MENDO.

Esperad, señor Don Juan;
que ya con mi primo el duelo
no teneis, sino conmigo,
y aquello es despues de aquesto.

D. JUAN.

¿Por qué?

D. MENDO.

Porque habiendo causa,
de reñir en dos empeños,
de ser llamado y llamar,
el ser llamado, es primero.

D. JUAN.

¿Pues vos, por qué me llamais?

D. MENDO.

Porque yo á casarme vengo
con Doña Leonor mi prima,
siendo vos testigo de ello;
y pues esta quexa es justa,
salgamos al campo luego,
que alli de esta sinrazon
me satisfará mi acero.

D. JUAN.

Si la quexa que teneis,
por lo que dixo Don Diego,
antes de llamarme al campo,
me la hubierais propuesto,
yo os dexara aqui sin ella.
Mas ya llamado al empeño,

no os quiero satisfacer,
ahunque era razon, y puedo;
porque despues de reñir,
quiero, que vos satisfecho,
sepais; que por no excusarlo,
no os satisfice pudiendo.

D. MENDO.

Si eso es asi, yo os lo pido.

D. JUAN.

Ya respondo, que no puedo.

D. MENDO.

Pues vamos á la campaña.

Sale Don Tello.

D. TELLO.

Tened. ¿Dónde vais, Don Mendo?

D. MENDO.

Señor, yo á Don Juan al campo
á divertirnos, le ruego,
que vamos, y este favor
recibo de él.

D. JUAN.

Yo os le debo.
Por serviros, á esto vamos,
si dais licencia, Don Tello.

D. TELLO.

Yo á Don Mendo he menester;
y de tal divertimiento
siento estorbaros el gusto.
En lo que oí, y lo que veo

en sus semblantes, conozco,
que iban los dos á algun duelo.
Estorbarlo, aqui es forzoso,
hasta ver el fundamento.
Don Mendo, venios conmigo.

D. MENDO.

Voy, señor, á obedeceros.
Forzoso es, disimular *ap.*
por mi tio nuestro intento.

D. JUAN.

Sois atento: yo os lo estimo:
mas yo faltaros no puedo.

D. MENDO.

Yo, en pudiendo, os buscaré.

D. JUAN.

Forzosamente soy vuestro.

D. TELLO.

¿Qué es lo que decís, Don Juan?

D. JUAN.

Me despido de Don Mendo.

D. TELLO.

No os despidais, que tambien
á vos os pido lo mesmo.

D. JUAN.

Iré gustoso, á serviros.

D. TELLO.

Asi asegurarlos quiero.
Venid conmigo.

D. JUAN.

Ya vamos.

D. MENDO.

Lo dicho dicho.

D. JUAN.

Esto ofrezco. *vanse.*

Salen Doña Inés y Doña Leonor.

D. INES.

Esto pasa, Leonor. Don Juan, ingrato
me pagó con tal trato
la fe, que me debia.

D. LEONOR.

¿Y sabes tú, si la verdad sería,
lo que dixo Don Diego?

D. INES.

Mira tú si es verdad; pues se fue luego,
y en su traycion vencido,
ahun no me ha vuelto á ver.

D. LEONOR.

Eso habrá sido,
porque te vió irritar de su porfia,
y tú, que no te vea, le has mandado.

D. INES.

Si por eso no ha vuelto, Leonor mia,
ó no sabe de amor, ó está culpado;
que en zelos que despiden al amante,
nunca habla el corazon sino el semblante.
Yo, Leonor, por mi daño,
he visto cara á cara el desengaño;

¿ ?

y pues ya de su culpa soy testigo,
le lograré, ahunque sea en mi castigo.
Yo á mi padre no tengo resistencia:
mi decoro es la ley de mi obediencia;
á esta atencion, mal de él correspondida,
por no faltar, perdiera yo la vida:
Pues ya que de él estoy tan agraviada,
con mi muerte he de verme castigada;
Hoy á Don Diego le daré la mano:
si tarde he de morir, alivio gano;
pues solo de esta suerte
puedo abreviar los plazos á mi muerte.

D. LEONOR.

¿Pues caso que Don Juan te haya faltado,
casarte con un hombre tan privado
de razon y de gusto es buen remedio?

D. INES.

Para morir mas presto, ese es el medio.

D. LEONOR.

Don Juan viene aqui dentro.

D. INES.

Pues, hermana,
yo sé de amor la condicion tirana; [trago,
y ahunque en mi mismo honor haga el es-
lo atropellaré todo por su halago.
Si le veo, ahunque sea desatento,
no me he de resolver á lo que intento.
Tú mi resolucion le manifiesta:
que yo á esperarte voy con la respuesta.

D. LEONOR.

¡Pues eso intenta tu rigor! ¡No advierte,
que él sin duda vendrá, á satisfacerte!

D. INES.

De eso quiero escusarme,
porque mas creo, que vendrá á engañarme.

D. LEONOR.

¿En fin, no le has de ver?

D. INES.

Eso pretendo.

D. LEONOR.

Pues yo se lo diré.

D. INES.

De él voy huyendo.
Mucho rigor es éste, que resuelvo:
de aquí lo oiré, que ni me voy, ni vuelvo.

Retirase, y sale Don Juan.

D. JUAN.

Llegando Don Tello á casa,
nos mandó en ella esperarle,
y fue á buscar á Don Diego.
Sin duda presume el lance.
Si entretanto hablar pudiese
á Inés, fuera alivio grande
de la pena, en que me tiene.

D. LEONOR.

Señor Don Juan, Dios os guarde.

D. JUAN.

Hermosa Leonor:::

D. LEONOR.

Mi hermana,
viendoos, pasar adelante,
al entrar por esa sala,
se retiró. Perdonadme,
que os diga, que por no hablaros:
pues no es ocultarlo facil.
Hoy se casa con mi primo,
y de esto el retiro nace;
que no fuera justo hablaros,
estando en este dictamen
con esta resolucion.

D. JUAN.

No paseis mas adelante,
señora, si no intentais,
que el corazon me traspasen
las flechas, que mi desdicha
de mis finezas la hace.
Si eso nace de su quexa,
la luz del cielo me falte,
ó la de sus ojos bellos,
que esotra mucho mas suave,
si he dado causa á su enojo.
Pierdala yo en esta tarde,
si en mí de otro pensamiento,
ahun lo que no es culpa, cabe.
Si su primo me ha culpado
malicioso, ó ignorante,
qualquiera engaño es delito,

si no se espera el exàmen.
Condenar sin causa á un reo,
es rigor; y ya que pase,
no otorgarle apelacion,
es gana de condenarle.
Y si es tan severa ley
el precepto de su padre;
mateme su execucion;
mas ella no la adelante.
Muera yo, á no poder mas,
porque mi estrella me ultrage;
mas no ella; que no es todo uno,
que ella ó mi estrella me mate.

D. INES.

Bien huía yo, de oirle.
¡Oh amor, tirano cobarde,
á la ofensa tan ligero,
como al rendimiento facil!

D. LEONOR.

Don Juan, á vuestras razones,
ahunque muevan mis piedades,
no puedo yo responder;
que, ahun por consuelo, es en valde.
Esto me mandó decíros
mi hermana; y ahora darle
esa respuesta por vos,
es quanto está de mi parte.
A esto voy: guardeos el cielo.

D. JUAN.

¿Podré esperar?

D. LEONOR.

No se agravie
vuestro amor, si no saliere;
que, sino es que ella lo mande,
yo no tengo, á qué volver.
A Dios.

Sale Don Mendo al paño, escuchando.

D. JUAN.

Leonor, escuchadme.

D. MENDO.

¡Valgame el cielo! ¡Qué veo!

D. LEONOR.

¿Qué decís?

D. JUAN.

Pues son crueldades,
que las templeis, os suplico.

D. LEONOR.

Quanto esté aqui de mi parte,
ya lo sabeis, eso haré.

D. JUAN.

¿En fin, no decís, que aguarde?

D. LEONOR.

No está en mi mano, Don Juan:
esto es fuerza: perdonadme. *vase.*

D. JUAN.

Pues yo, antes que su rigor,

iré, á que mi amor me mate.

D. MENDO.

Para esto está aqui mi espada,
quando ese despecho os falte.

D. INES.

¡Cielos, Don Mendo ha venido,
Y salir no puede, á hablarme!

D. JUAN.

¡Qué es lo que decís, Don Mendo!

D. MENDO.

Que ya en mi enojo no caben
mas dilaciones, Don Juan;
que ya, aunque pudierais darme
satisfaccion muy precisa,
no la quiere mi corage.

D. JUAN.

Pues haceis mal, vive Dios;
que, ya roto el primer lance,
en éste por muchas causas
os la diera yo bastante.

D. MENDO.

Pues salgamos, á reñir.

D. JUAN.

Vuestro es el puesto: guiadme.

D. INES.

¡Qué escucho! ¡Valgame el Cielo!

D. MENDO.

A vos os toca, ir delante.

D. JUAN.

No os toca eso sino á vos,
que habeis de escojer la parte.

D. MENDO.

Pues venid, si á mí me toca.

D. JUAN.

Ya os voy siguiendo.

D. INES *saliendo*.

¡Ay pesares!
Escuchad, señor Don Mendo.

D. MENDO.

¿Quién es?

D. INES.

Quien, oyendoos, sale,
á excusaros este empeño.

D. MENDO.

No presumo, que eso es facil.

D. INES.

Sí es; que yo puedo deciros,
fiada de vuestra sangre,
lo que de atento Don Juan,
es forzoso, que os recate.
Vos al campo le llamais,
creyendo, que á Leonor ame:
y sabed, que va á reñir
de noble, mas no de amante.
Don Juan, señor, ha seis años,
que viendome en el pasage
de Mexico á Hespaña, puso

los ojos en mí, y él sabe
los desdenes, los rigores
que lloró su amor constante,
hasta ganarme licencia,
para pedirme á mi padre.
Esto supuesto, Don Mendo,
conocereis, quán de valde
vuestro temor os provoca,
quando Don Juan es mi amante.
De esto no os quedará duda,
porque fuera error notable,
presumir, que una mujer
de mi obligacion os llame,
y compasiva del riesgo,
por ver reñir dos galanes,
quiera fingirse un desdoro,
para excusaros un lance.
La fineza, que Don Juan
por mí en su silencio añade,
se la pago, en publicar,
lo que en él fuera desayre.
Y á vos os pido en albricias,
de que sé, que Leonor hace
tanta estimacion de vos,
como es justo que ella os pague;
que cesando esto, no solo
de este caso no se hable:
mas quedando en vuestro oído,
á la memoria no pase.

Y vos, Don Juan, pues ya veis
el empeño de mi padre,
y que vuestra peticion
no se previno á ser antes:
olbidad vuestro cariño;
que en los hombres es muy facil.
Digo fácil ¡ay de mí!
es pena mas tolerable;
porque ellos pueden tener
sin culpa las variedades.
Porque yo, siendo forzoso,
para el plazo de esta tarde
he dispuesto mi obediencia
como debo. Dios os guarde;
que yo, dexandoos amigos,
como es deuda en pechos tales,
voy contenta, de haber sido
el iris de vuestras paces.

D. MENDO.

Oíd, señora: escuchad;
que en un alivio tan grande,
como el que de vuestro aviso
á mis esperanzas nace,
os debo yo agradecido
fineza, que las iguale.

D. INÉS.

¡Vos fineza á mí! ¿En qué modo?

D. MENDO.

En hacer, que vuestro padre,

sea ó no contra mi primo,
á vos con Don Juan os case.

D. INES.

Esa fineza es para él,
si él la solicita amante;
que para mí no es lisonja.

D. JUAN.

¿Señora, pues tanto vale
el credito de un engaño,
que por él asi me trates?
Y ahora, que estando ya
Don Mendo de nuestra parte,
no importa, que esto mas sepas:
Seguí á Don Diego, y él sabe,
que confesó en su presencia,
que solo, porque tu padre
no viese aquella mujer:::

D. INES.

No vais, Don Juan, adelante:
que aquesa es satisfaccion:
y aqui no os la pide nadie.
¡Oh, lo que miente el recato! *ap.*

D. MENDO.

Señora, si de eso nace
algun descontento vuestro,
yo por hallarme delante,
soy testigo, que Don Juan
no la conoce ni sabe,
quién es, y que él lo fingió.

D. INES.

Eso Don Mendo, es tratarme
con mas llaneza, que es justo.
Don Juan, ni muger, ni nadie
me ha dado desabrimiento:
¿pues por-qué me satisfaces?
Quiera amor que sea verdad,
que aunque lo pierda, es mas suave.

D. JUAN.

¿Si tu enojo lo publica,
qué importa, que lo recates?

D. INES.

Por no oir eso, me voy.

D. JUAN.

Señora, escucha un instante.

D. INES.

¿Qué me quereis?

D. JUAN.

Esto solo.
¿Si Don Mendo nos lográse
la dicha, que ha prometido,
será tu amor de mi parte?

D. INES.

¡Yo amor! No sé, que es amor.
Despues de que yo me cáse,
sabré de eso, que ahora ignoro.

D. JUAN.

Ahunque en mi pena lo calles,
lo publíca ya tu agrado.

D. INES.

Mirad, que viene mi padre.

D. MENDO.

Retiremonos, Don Juan. *vase.*

D. JUAN.

Ya yo os sigo; id vos delante.
Señora, no me permitas,
que con tal dolor me aparte
de tu presencia.

D. INES.

¿Don Juan,
qué me quieres? Ya no sabes,
los pesares, que me cuestas?

D. JUAN.

¿Pues ya no ves, de qué nacen?

D. INES.

¿Qué importa, el verlo, al perderte?

D. JUAN.

¿Eso no puede emendarse?

D. INES.

Plugiera al cielo, pudiese.

D. JUAN.

¡Qué dices!

D. INES.

Que no te pares.

D. JUAN.

Eso es desvio.

D. INES.

Es temor.

D. JUAN.

¡Qué pena!

D. INES.

Que entra mi padre.

D. JUAN.

Mal haya el peligro.

D. INES.

Amen.

D. JUAN.

Quedate á Dios. *vase.*

D. INES.

El te guarde.

Sale Beatriz.

BEATRIZ.

Señora.

D. INES.

¿Beatriz, qué es eso?

BEATRIZ.

Con el viejo en este instante,
sino corro, doy de hocicos.

D. INES.

¿Dónde has estado esta tarde?

BEATRIZ.

Señora, en un gran empeño.

D. INES.

¿Qué ha sido?

BEATRIZ.

Fui á echar los naypes,
porque Don Diego te dexe;

y segun las cartas salen,
ó mentirá el rey de bastos,
ó no ha de querer casarse.

D. INES.

¡Credito das á esas cosas!
¿No ves, que son disparates?

BEATRIZ.

¡Pues un rey ha de mentir!

D. INES.

Dexa esas vulgaridades.

BEATRIZ.

Tu verás, en lo que pára.
Mas dexando esto á una parte,
¿hasta quando ha de durar,
el estar yo por mis paces
de embozada en el retiro;
que es ya cosa intolerable?

D. INES.

A mi padre hablaré ahora.

BEATRIZ.

Pues él y Mosquito salen;
y mas, que vienen hablando
en el caso de los naypes.

D. INES.

¿Qué dices? ¿Pues eso es cierto?

BEATRIZ.

Tu verás, lo que ello pare:
y si quieres entenderlo,
retirate aqui un instante,

D. INES.

Harelo, aunque es desatino,
por ver en ello á mi padre.

Salen Don Tello y Mosquito.

D. TELLO.

Tu has de saber de este caso
todo, lo que en ello hubiere.

MOSQUITO.

Señor, quanto yo supiere,
lo diré mas que de paso.

D. TELLO.

Pues yo la hallé en el zaguan,
¿quién era aquella muger?

MOSQUITO.

La Condesa era, á mi ver.

D. TELLO.

¡Quien!

MOSQUITO.

La prima de Don Juan.

D. TELLO.

¡Qué dices!

MOSQUITO.

Como ahora es dia,
la vi, ella por ella expresa.

D. TELLO.

¡La Condesa!

MOSQUITO.

La Condesa,
condada su señoría.

D. TELLO.

¡Valgame Dios!

MOSQUITO.

Y á mí y todo.

D. TELLO.

De gran empeño sali,
estando Don Juan alli.

MOSQUITO.

Y yo no andaba en el lodo.

BEATRIZ.

Verás, lo que se alborota.

D. INES.

¿Pues qué semejanza tiene
con los naypes, que previene
la Condesa?

BEATRIZ.

Esa es la sota.

D. INES.

Cielos, yo mi desengaño
agradezco haber sabido.

D. TELLO.

Mosquito, estoy aturdido
de un suceso tan extraño.
¿Pues ella buscóle á el,
ó cómo alli llegó á estar?

MOSQUITO.

¡Cielos, cómo he de escapar
de aqueste viejo cruel,
que á dudas me ha de moler,

y se aventura el enredo!
Mas solo librarme puedo,
no dexandome entender.
Yo, señor, al conocella,
la vi, que al zaguan entró,
y un pobre entonces llegó,
que no dió limosna ella.
El pobre pasó adelante,
Don Diego vino tras él,
y repitiendo el papel,
vino el pobre vergonzante.
Trahia un vestido escaso
de color, y Dios me acuerde,
que no era tal sino verde.

D. TELLO.

¿Pues el vestido es del caso?

MOSQUITO.

Habiendo el pobre salido,
vino la Condesa luego,
y quando vino Don Diego,
vino, porque habia venido.

D. TELLO.

¿Quién habia venido?

MOSQUITO.

El.

D. TELLO.

¿Luego ella le fue á buscar?

MOSQUITO.

No señor; porque al entrar

ella, entraba con aquel;
y el pobre, que entraba, quando
entraba él, no llegó.

D. TELLO.

¿Pues quién era aquel, que entró?

MOSQUITO.

Eso es lo que voy contando.
Entró ella, y quando entraba,
entrò el pobre de Don Diego,
y como entró con sosiego,
despues de entrado, alli estaba;
y de esto se quedó loco,
porque entraba muy esquivo.

D. TELLO.

No lo entiendo, por Dios vivo.

MOSQUITO.

Pues eso ni yo tampoco.

D. INES.

¿Beatriz, qué es lo que está hablando
Mosquito?

BEATRIZ.

Los naypes son.

D. INES.

¿Pues que es esta confusion?

BEATRIZ.

¿No ves, que está barajando?

D. TELLO.

¿Quién á quien vino á buscar?

MOSQUITO.

¿Luego no lo has entendido?

D. TELLO.

No; ni explicarte has sabido.

MOSQUITO.

Pues vuelvotelo á explicar.
El buscó á quien le buscaba,
porque ella buscando vino,
y buscando de camino,
él buscó lo que alli estaba;
y el pobre, que los buscó,
no buscó duelos ajenos.

D. TELLO.

Ahora lo entiendo menos.

MOSQUITO.

¿Pues qué culpa tengo yo?

D. TELLO.

Tú has de apurar mis enojos.
¿Qué dices?

MOSQUITO.

¡Hay tal rigor!
Viven los cielos, señor,
que lo vi con estos ojos.

D. TELLO.

¿Qué es, lo que viste?

MOSQUITO.

Esta historia.

D. TELLO.

¿Qué historia? Que en tu torpeza

no tiene pies ni cabeza.

MOSQUITO.

Pues no será pepitoria.

D. TELLO.

¿Sabes tú, si él de ella es dueño,
ó tiene empeño?

MOSQUITO.

¡Hay tal! ¡Cómo
yo no soy, su mayordomo,
qué sé yo, si tiene empeño!

D. TELLO.

Anda, vete, mentecato;
que eres un simple.

MOSQUITO.

Eso quiero.

D. TELLO.

¿Para qué apuro yo dudas,
donde me avisa un exemplo?
No hay honra puesta en muger,
segura de aquestos riesgos.
Y hoy, pues me la dá este caso,
lograr el aviso quiero,
casando luego á mis hijas.

D. INES.

Beatriz, ahunque yo no entiendo
á Mosquito, el desengaño
he logrado de mis zelos,
y en albricias salgo, á hablar
por tí á mi padre.

BEATRIZ.

Eso espero.

D. INES.

¿Padre y señor?

D. TELLO.

Inés mia,
¿quién viene contigo?

D. INES.

El ruego
de Beatriz me ha condolido;
por ella á pedirte vengo,
que vuelvas, á recibirla.

D. TELLO.

¿Si es tu gusto, como puedo
negartelo? Quede en casa.

Sale Don Diego al paño.

D. DIEGO.

A decir vengo resuelto
á mi tio, que disponga
de mi prima; pues yo tengo
mejor boda en la Condesa.

D. INES.

Ya se logró tu deseo:
agradecelo á mi padre.

BEATRIZ.

Los pies mil veces te beso.

D. TELLO.

Ya tu quedas recibida,
y yo de ello muy contento:

MOSQUITO.

¡Qué es lo que miro! ¡Ay Jesus!
que hemos dado con los huevos
en la ceniza. ¿Beatriz?

BEATRIZ.

Qué es lo que dices?

MOSQUITO.

Don Diego
está viendo esta funcion.

BEATRIZ.

Salióse todo el puchero,

D. TELLO.

Inés, ven á prevenirte;
que yá todo está dispuesto,
y os habeis de desposar,
luego que venga Don Diego. *vase.*

D. INES.

Ay de mí! Beatriz, ¿qué dices?

BEATRIZ.

Vete, señora, allá dentro,
que estoy en un gran conflicto,
y estriba en él tu remedio.

D. INES.

Sin vida voy, á esperarte. *vase.*

BEATRIZ.

Villano, no hagas extremos,
viendo mi resolucion,
que con amor no hay respétos.
Yo he de ser de su traycion

testigo, estando àqui dentro;
y aqui he de ver, si á mis ojos
se atreve el falso á ofenderlos.

MOSQUITO.

¡Jesus, qué bien lo ha enhebrado!
¿Señora, pues tú haces eso?
¿Una mujer de tus prendas
se finge humilde, en desprecio
de su honor, y se acomoda
por criada de Don Tello,
que puede ser tu lacayo?

BEATRIZ.

El amor dora los yerros.
Yo he de vér con esta industria,
si se casa ó no Don Diego.

D. DIEGO.

¡Señores, qué es lo que escucho!
Mil Cruces me estoy haciendo.
Y dirán, que no me alabe.
Un téstimonio de aquesto
tengo de enviar á Burgos.

MOSQUITO.

¿Y qué ha de decir Don Diego,
si esto ve?

BEATRIZ.

¿Qué ha de decir?
El alma, viven los cielos,
le he de sacar, si se casa.
Déxame ya, ò mi despecho

dará voces como loca.

D. DIEGO.

Señora, oid: deteneos.

MOSQUITO.

Ay, señor, pues has venido,
mira, que locura ha hecho.
Témplala; que está hecha un tigre.

BEATRIZ.

Y un basilisco, un veneno.
Aqui vengo á ver, traydor,
si hoy se hace el casamiento.

D. DIEGO.

¡Qué casamiento! ¿Pues yo,
no sabeis ya, que soy vuestro?

BEATRIZ.

No fio de eso, tirano.

D. DIEGO.

¿Pues de qué fiais?

BEATRIZ.

De mi incendio;
que he de abrasar esta casa,
si aqui ofendida me veo.

D. DIEGO.

¿Señores, esto es encanto?
¿Mi talle es pacto secreto?
¿Señora, pues no advertis,
que yo permitir no puedo
esto, siendo vuestro esposo?

BEATRIZ.

No hay que tratar: yo he de verlo.

D. DIEGO.

¿Qué habeis de ver?

BEATRIZ.

Si esta noche
te casas.

D. DIEGO.

No temais eso.

BEATRIZ.

No puede un amor, que es fino.

D. DIEGO.

¿Pues el lustre?

BEATRIZ.

Todo es menos.

D. DIEGO.

¿Y el decoro?

BEATRIZ.

No hay decoro.

D. DIEGO.

Por Dios, que os volvais.

BEATRIZ.

No quiero.

Sale Don Tello.

D. TELLO.

¡Ola, qué voces son estas!

MOSQUITO.

Señor, por su honor te ruego,
que disimules ahora.

BEATRIZ.

Señor, el señor Don Diego
de mi señora está hablando.

D. TELLO.

¿Qué hablais, sobrino? ¿Qué es esto?

BEATRIZ.

Señor, me dice, que diga :::

D. TELLO.

¿Qué has de decir tú? Esto es bueno.
¿Apenas te he recibido,
y empiezas ya á hacer enredos?

D. DIEGO.

¿Y he de sufrir yo, que trate
este vejezuelo clueco
á mi muger de este modo?

MOSQUITO.

Disimula por San Pedro.

BEATRIZ.

Yo, señor, no enredo nada.

D. TELLO.

Entrate, loca, allá dentro.

D. DIEGO.

Tú lo eres, y tu alma;
y mientes como mal viejo.

MOSQUITO.

Sufre, señor; que te pierdes.

D. TELLO.

¿No te vas?

BEATRIZ.

Ya te obedezco.

D. DIEGO.

Vive Dios:::

BEATRIZ.

Calla, cruel.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

BEATRIZ.

Que ahora veremos,
si te casas.

D. DIEGO.

¿Eso dudas?

BEATRIZ.

A oirlo voy.

D. DIEGO.

Yo me huelgo,

BEATRIZ.

Pues aquesta es la ocasion:::

D. DIEGO.

Aqui lo verás.

D. TELLO.

¿Qué es eso?

BEATRIZ.

Hacer lo que me has mandado. *vase.*

D. TELLO.

Llama á tus señoras luego.

D. DIEGO.

Mas señora es ella, que ellas,

lo que va de mí á un cochero.

D. TELLO.

Sobrino, con vuestras cosas
estoy en tanto desvelo.
que, hasta veros desposado,
ya no he de tener sosiego.
Todo está ya prevenido,
y solo á vos os espero,
por salir de este cuidado.

D. DIEGO.

¿De tanto gusto es, ser suegro,
que á serlo, os dais tanta prisa?
¿No es mejor, pues estais viejo,
que lo dilateis un poco,
y os dure el oficio menos?

D. TELLO.

¡Qué es dilatarlo, ó por qué!

D. DIEGO.

Por unos dias; que aquesto
no ha de ser cochite herbite;
que una boda no es buñuelo.

D. TELLO.

¡Qué dias!

D. DIEGO.

Quatro ó seis años,
que ello se hará, andando el tiempo

D. LELLO.

¡Qué llamais quatro ó seis años!
Ni una hora, ni un momento.

DON DIEGO.

Luego os habeis de casar.

D. DIEGO.

Pues yo casarme no puedo.

MOSQUITO.

Acabose. Esto dió lumbre.

D. TELLO.

Qué decis? que no os entiendo.

D. DIEGO.

Que no me puedo casar.
¿Lo entendeis ahora?

MOSQUITO.

Menos.

D. TELLO.

¿Por qué?

D. DIEGO.

Porque soy casado.

MOSQUITO.

Y yo soy testigo de ello.

D. TELLO.

Vos casado!

D. DIEGO.

In facie Ecclesia.

D. TELLO.

Pues con quién!

D. DIEGO.

Eso no puedo
decir, porque es un amigo.

D. TELLO.

Pues, villano, vive el Cielo,

LEONOR.

Con gozo se la prevengo.

D. DIEGO.

Pues ahora verán mi boda,
supuesto que esas se han hecho.

MOSQUITO.

Antes se ha de ver la mia.
Señor, yo hago lo que veo.
Beatriz se casa conmigo.

D. TELLO.

Yo darla el dote prometo.
Dila, que salga acá fuera.

MOSQUITO.

Señor, tened á Don Diego,
porque no me descalabre;
que aqui se acaba el enredo.
Ah Beatriz, dame esa mano.

Sale Beatriz.

BEATRIZ.

Yo, ahunque indigna, te la ofrezco.

D. DIEGO.

¡Ah pícaro! ¿A mi mujer
tienes tal atrevimiento?

D. TELLO.

¡Qué mujer!

D. DIEGO.

Esta, que veis,
es mi mujer.

D. TELLO.

Bien por cierto.
¡Y por aquesta criada
dexais á mi hija!

D. DIEGO.

Eso es bueno.
¡Qué criada! que es Condesa,
y se disfrazó de zelos.
Descubrios ya, señora.

BEATRIZ.

Yo descubriros no puedo
mas, de que soy Beatricilla,
y vos el lindo Don Diego.

D. DIEGO.

¿Pues como es esto?

MOSQUITO.

Mamola.

D. DIEGO.

Villano, viven los Cielos:::

MGSQUITO.

Aqui no hay á que apelar;
que no lo sufriera el pueblo.

D. DIEGO.

Pidase, si quedo mal.

MOSQUITO.

Y castigando este necio
á gusto de los oyentes,
aqui con aplausos vuestros
dichosamente el poeta
dá fin al Lindo Don Diego.

DE LOS HECHIZOS
DE AMOR
LA MUSICA ES EL MAYOR,
Y EL MONTAÑES
EN LA CORTE.

COMEDIA

DE DON JOSEPH DE CAÑIZARES.

Pero como de estás cosas
tenemos los Asturianos. Jorn. II.

ARGUMENTO.

Don Lain de Cascajares, Hidalgo Montañes de Asturias tenia correspondencia con Don Ordoño, Agente de negocios en la Corte, sugeto rico y acreditado en ella. De dos hijas que tenia, la una llamada Leonor era alegre, amiga de diversiones, y dada al exèrcicio de la música: y con este motivo trataba á Don Cárlos Perez Fernandez, joven de habilidad, que la aleccionaba; por ser diestro en esta facultad, de que provino enamorarse. Doña Aurelia, hermana de Doña Leonor ostentaba recojimiento y recato; pero sin verdadera virtud, y con violentos deseos de casarrse.

Ofreció Don Ordoño á su hija Doña Leonor en casamiento á Don Lain con un razonable dote, con la mira de ilustrar con este enlace su familia. Admitiendo este el ofrecimiento, vino para efectuar su matrimonio, á Madrid, hospedandose en casa de Don Cárlos, con quien tenia correspondencia antigua.

Habia antes tratado amores Don Cárlos con Doña Mencia, viuda de calidad que con los nuevos de Doña Leonor se habian entibiado, ocasionado zelos á la viuda; la qual á este mismo tiempo se mudó al quar-

to

to baxo de la misma casa de Don Ordoño con su hermano Don Felix, en cuya compañia estaba. Con este motivo se enamora Don Ordoño de Doña Mencia, y Don Felix de Doña Leonor: dando lugar esta circunstancia, y la de haberse enamorado tambien Don Lain de la viuda, á los graciosos y estrechos lances de esta accion; hasta que juntandose todos en casa de Don Ordoño, se desenreda, casandose este con Doña Mencia, Don Cárlos con Doña Leonor, Don Felix con Aurelia, y las criadas con los criados; y quedando burlado y sin casarse Don Lain, que se vuelve mohino á Asturias.

PERSONAS.

D. CARLOS.

D. ORDOÑO.

DOÑA LEONOR. } *Sus hijas*

DOÑA AURELIA. }

D. FELIX.

DOÑA. MENCIA, *su hermana.*

D. LAIN.

TOCINO, *Gracioso.*

MARTINEZ.

INES.

LUISA.

TORIBILLO.

MUSICOS.

DE LOS HECHIZOS
DE AMOR
LA MUSICA ES EL MAYOR,
Y EL MONTAÑES
EN LA CORTE.

JORNADA PRIMERA.

Sale D. Cárlos vistiendose, y Tocino.

D. CARLOS.

¿Con qué tomaste el papel?

TOCINO.

Si, señor.

D. CARLOS.

Pues dí, bergante,
¿no sabes, que te he mandado,
que ni atravieses la calle
de esa Dama?

TOCINO.

Acertò á estar
en la reja: iba muy grave
pasando, y con dos ceceos
me atravesó dos puñales;
que de avecitas con faldas,
no hay quiebro que no me atasque.
Dixome: dale, Tocino,
este papel de mi parte
á mi Carlitos, y dile,
que en aquel pasado lance
no tube yo mas malicia
que una casa, que se cae.

D. CARLOS.

Mencía, satisfacerme,
piensa; pero el agraviarme
en gusto y honor, no tiene
despique en amor mas facil,
que dexarle de tener;
porque hay accidentes tales,
que es la propia enfermedad
remedio, para que sanen.
¿Llevaron ya la vihuela,
cómo te dixe hayer tarde,

á casa de Don Ordoño?

TOCINO.

Por señas, que salió un Angel,
á recibirla.

D. CARLOS.

Seria
mi Leonor.

TOCINO.

¿Ya te relames?
Yo no se, si Leonor era;
solo sé, que al alargarme
la mano, á tomar los tonos,
que me diste, con semblante
mas dulce y mas relamido,
que niño de escaparate,
me dixo: dile á Don Cárlos,
que pues toma, de enseñarme
á cantar, la trabajosa
ocupacion, no se canse,
y venga mas á menudo;
porqué siendo, como sabe,
yo ruda, y él perezoso,
aprovecharemos tarde.

D. CARLOS.

¿Pues, por qué extraña Mencía,
que su belleza olbidase
infiel, por otra hermosura
esquiva, pero constante? *llaman.*
¿Mas llamaron?

TOCINO.

Señor, sí.

D. LAIN *dentro*.

Toribillo, sube, y dale
la embaxada á nuestro huesped,
como que vas de mi parte.

TORIBILLO *dentro*.

Tiña conta mientras tanto
del faco, que escaparáse,
porque fuye.

D. LAIN.

Sube aprisa;
que no fuirá, salvaje.

D. CARLOS.

¿Qué es esto?

TOCINO.

Ahora lo veremos. *abre.*

Sale Toribillo.

TORIBILLO.

Seya en esta casa el Angel
del Señor, la Cruz y el Cura,
el muergano y los ciriales.
¿Quién de vustedes se llama
Don Cárlos Perez Fernandez?

D. CARLOS.

Yo, hijo mio.

TORIBILLO.

Jesu-Christu
bendiga tan lindu talle.

Ahora, señor, el cacique
Don Laín de Cascajares,
naciente en Cangas y fillo
de Lamegu por su madre,
está abaxu, ahunque está enriba
de un macho, de que apearse
non quiere, ni pensamientu,
sin que vusted se llu mande.

D. CARLOS.

Baxa, Tocino: anda apriesa,
y dí, que suba al instante;
que éste es, á quien le debió
tantas finezas mi padre,
quando en Cangas desterrado
pasó sus adversidades. *vase Tocino.*
¡Quánto estimo su venida!
¿Mas cómo sin avisarme?

TORIBILLO.

Es meu señor, es méu amu
muy llanu, y muy miserable.

Sale Don Laín vestido á lo Montañés, y Tocino.

D. LAIN.

¿Quién es Carlitos?

TOCINO.

Don Carlos,
mi señor es, quien delante
está.

D. LAIN.

Don Carlitos mio,
abrazadme, apretujadme;
oprimidme, deshacedme;
que sois una viva imagen
de vuestro padre. No he visto
semejanza semejante.

D. CARLOS.

Vos seais muy bien venido;
(¡Qué hombre de tan raro trage,
y tan tosco!) que en mi casa,
para que todos os amen,
y os sirvan, sobra, el oír
vuestro nombre.

D. LAIN.

En quantas partes
llego, sucede lo mismo;
pues quien de mi esfera nace,
al punto huele á la pega.

D. CARLOS.

¿De qué?

D. LAIN.

De la buena sangre.

TOCINO.

¡Bellos dos brutos tenemos!

TORIBILLO.

¡Ay Deus, que bostezù de hambre!

D. CARLOS.

Este hombre no es muy discreto,

segun empieza á explicarse.
Vos, si no hallais el mas digno
aposento y hospedage,
os culpad á vos, no habiendo
avisado.

D. LAIN.

Calle, calle.
¿Pues me habia de faltar
una advertencia tan facil?
Tomad ese pliego, y ved,
como tres semanas antes,
que me pusiese en camino,
os escribí mi viage.
Pero siendo de cuidado
la carta, no quise á nadie
fiarla, sino á mí mismo:
con que el que antes no llegase,
no es culpa mia, sino es
de la mula, que me trahe.
Pero dexando esto á un lado,
¿cómo está padre?

D. CARLOS.

¿Qué padre?

D. LAIN.

El vuestro.

D. CARLOS.

¿Pues no sabeis,
que habrá dos años cabales,
que murió?

D. LAIN.

¡Jesus mil veces!
¿Veis, como puedo quexarme
yo tambien, de que se fuese,
y que no me lo avisase?

D. CARLOS.

Ya ha descubierto el talento
mi huesped. ¿Acomodaste
todos los trastos, Tocino,
de Don Laín?

TOCINO.

Ellos son tales,
que no hayas miedo, señor,
que se los codicie nadie.

D. CARLOS.

¿Pues qué son?

TOCINO.

Quatro camisas
de cambrayon de costales,
y un vestido de tablones
de nogal, que, para alzarle,
no hay fuerzas. Tal es el paño,
que bien podrán aserrarle.

D. CARLOS.

Buenos estamos.

D. LAIN.

Ah bruto,
ya estamos entre los Cafres
de Madrid; abre los ojos,

que aqui hay fieros perillanes.
¿Me entiendes?

TORIBILLO.

Vusted disponga,
que de la casa me encarguen
lla compra, y verá vusted,
que ambus comemus de valde.

D. LAIN.

¡Ah buen hijo! Qué bien muestras,
quando á la sisa te ases,
que es la sisa entre vosotros
vínculo de los linages.
Mal haya tu esporteril
inclinacion detestable.

TORIBILLO.

Faga vusted, que yo compre,
y verá, que bien lle sale.

D. LAIN.

Vete, demonio.

TOCINO.

¿Oyes tú,
Asturiano?

TORIBILLO.

Ivon de Frades.

TOCINO.

Desde hoy has de obedecerme,
y si no he de reventarte
á coces.

TORIBILLO.

Como me dei
seis cartos, mas que mate.
Mais ha de ser cada dia.

TOCINO.

Pues si quiere concertarse,
vengase tras mí el pardillo.

TORIBILLO.

Vaya el culurin delante. *vase.*

D. LAIN.

Ya que hemos quedado solos,
mi Don Carlos, abrazadme
segunda vez; que en virtud
de las finas amistades
entre vuestro padre y yo,
creo, que podreis llamarme
tio sin temeridad,
y (las narices á parte,
porque no tienen que ver
un cañuto y un alfange)
nos parecemos de forma,
que podrá, quien nos mirase,
imaginarnos parientes
segun los cuerpos, los talles,
las teces, ese garbillo,
y este no poco donayre.

D. CARLOS.

Yo lo agradeciera mucho,
como el que, habiendo mi padre

hecho aquel involuntario
homicidio, se albergase
de vos, y que le acojieseis
tan benigno y tan galante,
para que yo os corresponda
á obligaciones tan grandes.

D. LAIN.

Vamos á otra cosa, y cesen
cumplimientos sufocantes.
¿A qué pensais, que he venido
con todos mis alifafes,
y esta cara de mastin?

D. CARLOS.

¿A qué es?

D. LAIN.

A medio casarme.

D. CARLOS.

Extraña funcion será,
boda tratada á mitades.

D. LAIN.

Tengo aqui un correspondiente,
que tiramos los caudales
igualmente, y entre algunos
cambios, que hay de parte á parte,
á letra sin ver, queria
una hija suya encajarme.
Yo, que para aceptar una
de ciento y cincuenta reales,
la doy ochocientas vueltas,

y pillo la mosca antes,
vengo á ver el dote, que es
en lo que habrá, que repare;
que no hay rostro, que sea feo,
como un talego le lave.
Diez y siete mil ducados
me han de dar, y como escape
de un marabedí, los diablos
me lleven, si me casare.

D. CARLOS.

Hareis bien. ¡Ay del que ansioso
padece, y suspira en valde
por un hermoso imposible,
sin esperar, que le alcance!
Vila por casualidad;
costóme astucias notables
la introducion en su casa;
mas yo conseguí, no obstante
lo imposible del empeño,
una amistad entrañable
con su padre. Como tengo
la habilidad que se sabe,
en la música, que tan
introducido me hace,
por la aficion emprendí
en la entrada asegurarme,
enseñando al bien que adoro,
porque tambien tiene facil
oído y divina voz,

¿Mas qué gracia hay, que la falte?
Con esto, dando al olbido
cierto empeño, en quien mudable
otra belleza, que amaba,
me expuso al pesado lance,
de hallar un hombre á la reja,
al tiempo, que á sus umbrales
llegaba yo, y deseando
reconocerle, ó matarle,
echar mano á las espadas,
diciendo:::

MARTINEZ *dentro.*

Mira lo que haces,
hombre ó demonio.

UNO *dentro.*

Detente.

OTRO *dentro.*

No quiero; pase ó no pase.

D. FELIX *dentro.*

¡Ah picaro! De esta suerte:::

UNO *dentro.*

¡Ay de mí!

OTRO *dentro.*

Tirale, dale.

D. LAIN.

¿Qué ruido es éste?

D. CARLOS.

Parecen
cuchilladas en la calle.

¿Tocino?

Sale Tocino.

TOCINO.

¿Señor?

D. CARLOS.

La espada.

D. LAIN.

Ea, Don Carlos, al avance:
toca al arma.

Salen Doña Mencía, Martinez é Inés.

D. MENCIA.

Caballeros;
si es que lo sois, amparadme
en esta triste ocasion,
embarazando un desastre.
Mi hermano es un hombre solo,
que hallaréis, que se combate
con una villana tropa,
que ha juzgado por desayre
suyo, el ver que á su cochero
castigue, el atropellarme.
Por mujer os pido (ay cielos!)
que acudais, no me le maten.
¡Mas no es Carlos el que miro! *ap.*

D. CARLOS.

Ahora es, quando me empeñasteis
por mujer, y ahun por mujer,
como todas, inconstante.

No es este el lance primero,
en que vuestras falsedades
me incluyeron. Vén, Tocino. *vanse.*

D. LAIN.

Para que á esotro le aspen,
no es mal medio entretenernos,
en discurrir variedades.
Toribillo, viva Asturias.

Sale Toribillo.

TORIBILLO.

¿Meu amu?

D. LAIN.

Marcha, salvage.

TORIBILLO.

¿Hei de matar?

D. LAIN.

Casca tieso.

TORIBILLO.

Mais pueden descalabrarme.

D. LAIN.

¡Qué bonita que es la viuda!
Asi que vuelva triunfante
del choque, á puros pellizcos
la he de hinchir de cardenales. *vanse.*

D. MENCIA.

No se ha visto desvergüenza
mayor.

INES.

¿Martinez, qué hace?
¿No va, á ayudar á su amo?

MARTINEZ.

Traygo la espada con llave:
no puedo.

INES.

Pues ahora tose:
marabilla es, que no arranque.

Saca Martinez la espada, que será de madera.

MARTINEZ.

¿Qué tengo de hacer con esto?

D. MENCIA.

Dexa, Inés, los disparates,
y dime, ¿no es accidente
raro, que á ser acertase
la casa de este alevoso,
adonde huyendo nos trahe
el temor de la pendencia?

INES.

Asi desde aqui á la tarde
dieran los golpes.

D. MENCIA.

¡Ay Dios!
¿Por qué?

INES.

Porque si durasen,
y Don Carlos se viniese,

hubiera tiempo bastante,
para darle cien mamporros,
porque quexas, no era darle.

D. MENCIA.

Si sabes, con quánta prisa
quiere mi hermano mudarse,
y que para ver el quarto,
nos hizo hoy salir, no obstante
no haber coche, cómo puede:::

Salen Lain y Toribillo envaynando.

D. LAIN.

Son unos pobres cobardes.

TORIBILLO.

Por la santa Cruz del Ferro,
que foi mas hombre mi madre.

D. MENCIA.

¿Qué hay, caballero? ¿Qué ha habido?

D. LAIN.

¿Qué ha de haber? Muchos rufianes
metiendo paz, muchos gritos;
los que habian de tirarse,
treinta varas unos de otros,
dando punzadas al ayre;
y yo dando á los demonios,
con tal hato de vinagres
las pendencias de esta tierra,
que en la mia sin puñales,
ni espadas, á puño tieso
suelen envueltos en sangre

rodar ojos y narices
á los primeros embates.

INES.

¿Y ahora, señor, dónde quedan?

D. LAIN.

Metidos en dós portales
vuestro hombre y el principal
del coche, ajustando paces;
y es el truximan Don Carlos.

D. MENCIA.

Yo os agradezco la parte,
que habeis tenido en la accion.

D. LAIN.

Ahora, que no hay quien lo tache, *ap.*
empezaré á requebrarla.
Yo, si he de decir verdades,
señora, no os agradezco,
que, quando de lidiar trate
por vos, me tengais metido
un chuzo por los ijares.

D. MENCIA.

¡Yo! ¿Pues yo os toco?

D. LAIN.

No tocan
vuestros ojos, pero tañen.

D. MENCIA.

¿A qué? Ved, lo que decís.

D. LAIN.

A nublado perdurable;

pues sobre mí están dos bellos
relámpagos celestiales
fulminando rayos negros
de dos nubes de azabache;
y viendo, que de su lluvia
me achinan los pedernales,
puedo con aquel discreto
decir, encaxe ó no encaxe,
,,Pues dá el granizo en la albarda,
,,buena va la danza, Alcalde.

D. MENCIA.

Inés, este hombre está loco.

INES.

De Don Quixote es el talle
y la cara.

MARTINEZ.

¡Que en mi facha
se atrevan, á enamorarme
mis mozas!

TORIBILLO.

Votu á Christus,
que meu amu es á dos faces,
con llus hombres un leon,
y con llas mozas un Martes.

D. LAIN.

¿Las señoras de esta tierra
á los hombres principales
no responden?

D. MENCIA.

Caballero,
no entiendo yo ese lenguage.

D. LAIN.

Yo sí, y digo que la quiero
á usted; y ahun mas adelante,
porque la quiero:::

Salen Don Felix y Don Carlos.

D. FELIX.

¿Qué, hidalgo?

D. LAIN.

Ir sirviendo hasta esta calle
este ayrecito.

D. CARLOS.

Sin orden
del señor Don Felix nadie
puede apropiarse esa dicha.

D. MENCIA.

¡Inés, que ni ahun, á mirarme, *ap.*
vuelva!

D. FELIX.

No sé, con qué voces
daros las gracias bastantes
de lo que hoy os he debido.

D. MENCIA.

Caballeros de tan grandes
prendas, á emendar nacieron
los acasos inculpables.
¿Si me entenderá? *ap.*

D. CARLOS.

La culpa
debe pender del exâmen;
y en los lances en que es cierta,
lo mejor es, desviarse.

D. FELIX.

Eso mismo digo yo.

INES.

¡Ah tonto! ¡Qué asi te claves! *ap.*

D. MENCIA.

¡Qué no pueda responderle! *ap.*
Muriendo estoy, por quexarme.

D. FELIX.

Quedad con Dios.

D. CARLOS.

Si gustais,
baxaré hasta los umbrales.

Vanse Doña Mencia, Inés y Martinez.

D. FELIX.

No ha de ser.

D. CARLOS.

A Dios.

D. LAIN.

Don Carlos,
ya que salimos, guiadme
á la casa de mi suegro
futuro.

D. CARLOS.

¿Si no se sabe,

dónde es, quien nos la dirá?

D. LAIN.

El primero que se halláre.
Bueno es, querer que no sea
conocido en qualquier parte
un hombre, que está tan cerca,
de emparentar con mi sangre. *Vase.*

Salen Don Ordoño y Luisa.

D. ORDOÑO.

¿Qué hará Leonor?

LUISA.

Un tono está estudiando
en su quarto.

D. ORDOÑO.

¿Y Aurelia?

LUISA.

Está rezando
solita en su oratorio.

D. ORDOÑO.

¡Qué eternas
oposiciones entre dos hermanas!
Una canta, otra reza; mas hoy dia,
ni una con su placer me desconfia
de ser cándida, honesta, blanca y pura;
ni otra con su retiro me asegura:
que la mujer mil formas apetece,
y nada es menos que lo que parece;
y mas si lidia una pasion aleve,
como la que me mueve.

mi triste fantasia.
Mi mal es tu desden, Doña Mencia:
y mientras no te apiade mi tormento,
ni estoy en mí, ni sé, lo que me siento.

LUISA.

Mis amas salen, señor.

D. ORDOÑO.

Anda, vete tu alla dentro,
por si alguien viene á cobrar;
que hablarlas á solas quiero. *Vase.*

Sale D. Leonor con un papel de solfa cantando.

D. LEONOR.

Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento.
Re, mi, fa, sol, la.

Sale Doña Aurelia con los ojos baxos, y pensativa.

D. AURELIA.

¡Jesus!
Santa Teresa, San Pedro,
favorecedme. Dichoso,
quien de sí puede estar lexos.

D. ORDOÑO.

Ajustadme estas medidas. *Ap.*
¿Hijas mias?

D. LEONOR.

¿Padre nuestro?

D. ORDOÑO.

Ni á tí las ocupaciones

de tu harmonioso enveleso,
ni á tí de tu devocion
el digno aprovechamiento
os turbára, á no llegar
el forzosisimo tiempo,
de hablaros en el estado,
que habeis de tomar. Hoy tengo
ocasion, y aguardo un huesped,
que es muy digno casamiento
para una de las dos; la otra
la aplicaré al mismo tiempo,
á lo que elija; pero ántes
he de averiguar los genios.
¿Querras casarte, Leonor?

D. LEONOR.

Señor, yo ahora no pienso
sino en cantar, libertad
y placer; que el cautiverio
le he de buscar yo á mi gusto.

D. ORDOÑO.

Niña, yo no te violento.
Mas tú has de ser la casada:
que Aurelia, segun yo veo
su virtud y austeridad,
será religiosa.

D. AURELIA.

El cielo
no quiera, que elija yo
fortuna, que no merezco.

Para ser yo la escojida
para Dios en un convento,
he menester, padre mio,
prendas y merecimientos
muy altos. Soy un gusano,
ceniza y polvo del suelo;
no me atrevo á tan gran obra.

D. ORDOÑO.

Bien digo yo, que no creo *ap.*
en gazmoñas. ¿Con que tú
harás á tu casamiento
dos mil ascos? Pero en fin,
te suena mas bien el eco
de marido, que de celda?

D. AURELIA.

Yo resigno mis afectos;
pues en triunfar acertando,
se merece obedeciendo.

D. ORDOÑO.

Para abrir el ojo un padre, *ap.*
no es este muy mal exemplo.
En fin el huesped vendrá,
que por instantes espero,
y hablará el tiempo. ¡Ay Mencía, *ap.*
en qué inquietudes me has puesto! *vase.*

D. LEONOR.

¿Luisa?

Sale Luisa.

LUISA.

¿Señora?

D. LEONOR.

Te llamo,
para que á Aurelia la demos
el parabien de su boda.

LUISA.

Y á mí el del vestido nuevo,
si es verdad.

D. AURELIA.

Si tú supieras,
quan breves son los momentos
de esta vida, hermana mia,
no estubieras de gracejo.

D. LEONOR.

Y ahun por ser, Aurelia, cortos,
solicitas no perderlos
con el novio. No me seas
hypòcrita; que te entiendo,
mas que imaginas.

D. AURELIA.

Pudiera
responderte; pero arriesgo
el bien de mortificarme,
callando. Guardete el cielo. *vase.*

LUISA.

Grande embustera es mi ama.

D. LEONOR.

Si es que por algo la temo,
es por ver, quan cerca viven
extravagancia y desprecio.

LUISA.

Atengome á tu Don Carlos.

D. LEONOR.

Mucho ha que no viene.

LUISA.

Apuesto,
que está, á componerte tonos,
deshaciendose los sesos.

D. LEONOR.

El canta bien y es galan.

LUISA.

¿Tú le quieres?

D. LEONOR.

No por cierto.
Gusto de él: si.

LUISA.

Pues el gusto
ya es un querer ir queriendo.

Salen Don Carlos y Tocino.

D. CARLOS.

Tocino, gracias á Dios,
que me escapé de aquel necio,
para poder un instante
venir, á estar en mi centro.

D. LEONOR.

¿Quién es?

D. CARLOS.

Yo soy, Leonor bella.

D. LEONOR.

Cierto que sois buen maestro;
pues tres dias os dexais
los discipulos, sin verlos.

LUISA.

Bien merece, la mesada
cobrar en quatro desprecios.

D. CARLOS.

Hermosisima Leonor,
tres siglos ha, que no os veo;
mas si logra la tardanza
el bien, de que me echeis menos,
solo yo puedo adquirir
lo que gano, en lo que pierdo.

D. LEONOR.

¿No os he dicho ya, Don Carlos,
que no gusto, que hableis de eso?
Vamos á estudiar.

D. CARLOS.

Gran prisa
me dais, y advertiros quiero::

D. LEONOR.

¿Qué?

D. CARLOS.

Que el querer aprender,

se logra:::

D. LEONOR.

¿Cómo?

D. CARLOS.

Queriendo;
y si querer no sabeis,
en valde nos cansaremos.

D. LEONOR.

Quiero: mas quiero cantar.

D. CARLOS.

Pues traygan los instrumentos.

LUISA.

Voy volando. *vase.*

TOCINO.

Yo me escurro;
mi ámo está en regodeo,
y voy seguro. *vase.*

D. LEONOR.

¿No hay tono
de novedad?

D. CARLOS.

Hoy he puesto
uno, y no sé, si por mio
os agradará.

D. LEONOR.

Veremos;
que el ser vuestro, ni le añade,
ni le quita, si él es bueno.

D. CARLOS.

No os quexareis, de que tiene
amores, ansias, desvelos,
ni expresiones, que os ofendan;
antes vereis, que prometo,
no quexarme.

Sale Luisa.

LUISA.

La vihuela
te aguarda.

D. LEONOR.

Pues ve diciendo.

D. CARLOS *cantando.*

Amaré sin voces,
ahunque es, pedir eso
muchos imposibles
de dos elementos;
al agua sin ondas,
sin humos el fuego;
cesarán quexas, ansias y extremos,
pero hablará por mí mi silencio.

D. LEONOR.

¿Y eso no es quexaros?

D. CARLOS.

No.

D. LEONOR.

Habeis buscado buen medio,
para decir sin decir.

D. CARLOS.

Yo hago el tono, no hago el metro.
Si el poeta escribe asi,
lo pongo, como lo encuentro.

D. LEONOR.

¿Sabeis el tono, que puede
á esta invencion responderos?
Uno, que vos me enseñasteis.

D. CARLOS.

¿Pues qué es lo que dice?

D. LEONOR.

Esto.

Recitado.

Si es verdad la belleza,
no ha menester conceptos la fineza;
que un corazon, que padeció felice,
le adivina las ansias, que no dice:
con que en amor atento,
hay una oculta voz, que no es acento.

ARIA.

Corre la fuente
blanda y suave,
cantar el ave
sonoramente,
y al sol luciente
la flor buscar,
todo es amar.
Luego hay idioma,
que es tan felice

que al rostro asoma,
lo que no dice,
y hablar consigue
por no hablar.
Corre la fuente, &c.

D. ORDOÑO *saliendo.*

Bien divertida, Leonor,
estás, y mucho me alegro.

D. LEONOR.

Yo, padre, estaba estudiando.

D. CARLOS.

Yo, señor:::

D. ORDOÑO.

Estaos quieto.
No os incomodeis, Don Carlos.
Ah, Luisita: baxa presto

Sale Luisa.

las llaves del quarto baxo,
que las pide un escudero.
Ya estás, en que dos mil reales:::

LUISA.

¿Lo ultimo?

D. ORDOÑO

Ni un quarto menos.

LUISA.

Alla voy. *vase.*

D. ORDOÑO.

De la mujer
tapada, el ayre del cuerpo *ap.*

me parece, que conozco.
¿Don Carlos, qué hay? ¿Tiene genio?

D. CARLOS.

Si, señor; pero no aprende,
lo que yo quisiera.

D. LEONOR.

Es presto.
Yo haré todo lo posible.

D. ORDOÑO.

Con eso nos estarémos
en jácaras todo el año.
Haga, lo que su maestro
la dice, y calle.

D. LAIN *dentro.*

Ah borracha,
desollada, tú y el perro
de tu amo. ¿Asi se bautizan
en Madrid los forasteros?

TORIBILLO.

Aqui foi, señor.

D. LAIN.

Pues entra;
que he de tocar á degüello.
¡Ah, picara! Sal aqui.

Sale Laín lleno de harina, cascaras de huevos y hojas de lechugas y Toribillo.

D. ORDOÑO.

¿A dónde vais, caballero?

D. LAIN.

¿Dónde voy, me preguntais?
Sacadlo, por como vengo.

Sale Luisa.

LUISA.

La cocinera de casa
de esa manera le ha puesto.

D. ORDOÑO.

¡Ay mas infames criadas!

D. CARLOS.

¡No es Don Laín! *ap.*

D. ORDOÑO.

¿Y qué es ello?

D. LAIN.

Sin ser miercoles, ponerme
con la ceniza el *memento*.
¿A dónde está esta infamaza?
¡Mas Don Carlos!

D. CARLOS.

¡Que es aquesto,
Don Lain!

D. LAIN.

Haber guisado,
como si fuera conejo,
con todos sus ingredientes
á un hombre de mi respeto.
Don Laín de Cascajares
soy, picaro, y vengar puedo
esta afrenta; que en Asturias:::

D. ORDOÑO.

Aguardaos, deteneos.
¿Don Laín de Cascajares
sois?

D. LAIN.

¿No lo oís?

D. ORDOÑO.

Dadme luego
los brazos.

D. LAIN.

¿Hombre, qué haces?
¿Quieres tapiarme los sesos?

D. ORDOÑO.

Yo, amigo, soy Don Ordoño,
el correspondiente vuestro.

D. LAIN.

¡El que mi suegro ha de ser!

D. LEONOR.

¡Qué oygo, ansias!

D. CARLOS.

¡Qué escucho, cielos!

D. ORDOÑO.

Si, Don Laín, y esta es Leonor,
mi hija, cuyos deseos
impacientes aguardaban
la suerte, de conoceros.

D. LAIN.

Pues para venir á vistas,
por Dios, que he venido fresco,

bien limpio y bien adornado.

LUISA.

¡Y esto te aplicaba el viejo!

D. LEONOR.

Si, Luisa.

LUISA.

¡Qué endemoniado
novio!

D. ORDOÑO.

Venid allá dentro,
os limpiarán, y vereis
mi hija segunda, un espejo
de virtud. Tú mientras tanto
repasa algun tono nuevo,
que ha de oir Don Lain. *vase.*

D. LAIN.

Señora, yo soy un puerco
por dedentro y por defuera,
y asi á manchar no me atrevo
vuestro oido con lisonjas.
Vendré, limpio, puro y terso,
á requebraros de choque,
y vereis, que soy discreto;
ahunque no dexa de ser
al principio mal agüero,
que el suegro y su casa empiecen,
á irse ensuciando en el hierno. *vase.*

D. CARLOS.

Señora Doña Leonor,

es posible, que no os debo,
ni ahun á costa de callar
el volcan de mi despecho,
participarme esta dicha,
que esperabais por momentos?
¿Vos tratada de casar,
sin que nadie sepa::?

D. LEONOR.

Ahun eso
no habeis de decir; que yo
(y esto no es satisfaceros)
ni sé, quién es este hombre,
ni le he visto, ni::-

D. CARLOS.

Y lo creo.
No os fatigueis; que el testigo
vuestro padre es, quando menos.
Quedaos con Dios.

D. LEONOR.

¿Dónde vais?

D. CARLOS.

¿Adónde he de ir? á no veros,
cruel, alevosa, tyrana.

D. LEONOR.

Plegue á Dios::-

D. CARLOS.

Ya nada creo.

D. LEONOR.

Si yo he tenido noticia

de nada::

Sale Luisa.

LUISA.

Señores, quedo;
que está en aquesta inmediata
pieza tu padre, y los ecos
llegan allá.

D. LEONOR.

Pues es fuerza,
para que disimulemos,
cantar.

D. CARLOS.

¡Yo cantar! ¡Yo habia
de festejar mi tormento!

D. LEONOR.

Es fuerza.

D CARLOS.

Que no lo sea.

D. LEONOR.

Considera::-

D. CARLOS.

Vive el cielo,
que antes me harán mil pedazos.

LUISA.

Demonios; que lo está oyendo.

D. LEONOR.

Pues ha de ser.

D. CARLOS.

No ha de ser.

D. LEONOR.

Quiero yo.

D. CARLOS.

Pues yo no quiero.

Sale Don Ordoño.

D. ORDOÑO.

¿Qué es aquesto de querer,
y no querer?

D. LEONOR.

Haber hecho
tema Don Cárlos, de que
se cante un tono moderno,
que he jurado, no le sé,
ni que del noticia tengo,
y no hay forma, de creerme.

D. CARLOS.

Si me consta, que es incierto:
que lo sabe, y lo ha callado,
hasta que le oí yo mesmo:
¿no es preciso, que la culpe,
pues echa á perder el tiempo,
y sé, que no me aprovechan
mi cuidado, ni mi anhelo?

D. ORDOÑO.

Quizás dirá Leonorcita
verdad.

D. LEONOR.

Si le estoy diciendo
la verdad, en lo que digo.

D. CARLOS.

Si sé, que no puede serlo.

D. ORDOÑO.

Pues cantadle vos, y asi
vendrá ella en conocimiento;
que yo me vuelvo, á ver si
Don Lain, que en el encierro
de mi despacho se está
con su criado vistiendo,
acaba. *vase.*

D. CARLOS.

Si esto ha de ser,
y cisne, estando muriendo,
he de cantar mis exêquias,
¿qué habemos de hacer? Cantemos.

Canta recitado.

Hasta aqui, ingrata hermosa,
aspid oculto de jazmin y rosa
entre las flores, de una indiferencia,
llegar pudo mi engaño;
pero si donde hay zelos, no hay paciencia,
tampoco amor, habiendo desengaño.
A no mas verte, mi dolor extraño
fugitivo me obliga;
y ahunque tu imagen tan sin mí me siga,
que convierta mi ultrage en tu provecho,
yo arrancaré tu copia de mi pecho.

ARIA.

No, aleve fementida,

no han de postrar mi vida
los zelos y el furor:
mas noble en mi tormento,
el fin con que me ausento,
es á morir de amor.
No, aleve fementida, &c.

D. LEONOR.

¡Es posible!

D. CARLOS.

A Dios.

D. LEONOR.

Aguarda.

Salen Don Felix y Martinez.

D. FELIX.

Pregunta tú por el dueño.

MARTINEZ.

¿Reyna, y el amo de casa?

Sale Don Ordoño.

D. ORDOÑO.

Yo soy. ¿Qué quereis?

D. FELIX.

Traheros
el medio año de este quarto
de abaxo. Aqui está el dinero;
y ahora van por las camas
primero que nada, puesto
que mi hermana que está abaxo,
lo uno, porque en extremo
le ha gustado el quarto, lo otro,

por un susto, que viniendo
recibió, no quiere á casa
volver, sino es desde luego
quedarse, á dormir en él.

D. ORDOÑO.

El quarto es un poco fresco,
y húmedo; pero es muy lindo
en verano.

D. LEONOR.

Asi tendremos
vecindad, con quien parlar.

D. FELIX.

Lo que buscamos és eso.
Cielos, ¡qué hermosa mujer! *ap.*

D. ORDOÑO.

Mientras que fueren trayendo
trastos, esa mi señora,
haced, nos honre, subiendo.

D. FELIX.

Dile á mi hermana, que suba,
Martinez. *vase Martinez.*

D. ORDOÑO.

Y entrad; que presto
os haré el recibo.

D. FELIX.

¡Ahora!
¿Pues no era lo propio luego? *vanse.*

D. CARLOS.

Yo me voy.

D. LEONOR.

Tú no te has de ir.

D. CARLOS.

¿ Qué me quieres?

D. LEONOR.

Que quedemos,
en que yo no te he mentido.

D. CARLOS.

Bien está.

Al quererse ir D. Cárlos, sale Doña Mencía, con Inés.

D. MENCIA.

¡ Qué buen encuentro !
¿Señor Don Cárlos ?

D. LEONOR.

¡ Qué escucho !

D. MENCIA.

Ya no puede haber agüero
mas feliz, para que sea
la casa buena, que el veros
dentro della.

D. CARLOS.

¡ Qué viniera *ap.*
Doña Mencía á este tiempo !

D. LEONOR.

La fortuna de esta dicha
desde hoy agradecerémos
á Don Cárlos.

D. CARLOS.

¡Yo, señora!
Si nunca::-

D. MENCIA.

¡Abrazadme, os ruego.
Que he de ser muy vuestra. Inés, *ap.*
Cárlos está aqui: yo muero,
por quexarme.

INES.

¿Pues, aqui,
qué hay mas de otra mujer? ¿Eso
te embaraza?

D. MENCIA.

Dices bien. *ap.*
Perdoneme este despecho
mi recato; á quien le culpe,
yo le daré sufrimiento,
como tenga mi pasion.
Amiga, de vuestro bello
semblante apacible y noble
conozco ya, que seremos
dos vecinas muy amigas.
Y asi no extrañeis, si empiezo,
de vos fiandome, á daros
el testimonio primero
de mi confianza. Aleve,
tyrano y mal caballero,
si hoy no os pude responder
á los infames pretextos,

que para vuestras trayciones
habeis vos propio supuesto ::-

D. LEONOR.

¡Buenos estamos amor! *ap.*

D. MENCIA.

Es, porque oprimido el fuego,
el volcan, la ira, la rabia,
la fatiga, el sentimiento
de mi razon, de mi enojo
contra quien ::- ¡Valgame el cielo!

Cae desmayada en los brazos de Inés.

INES.

¡Ay, que se ha muerto mi ama!

D. LEONOR.

¿Don Cárlos, cómo haceis esto?
¿Asi tratais las finezas?

D. CARLOS.

Leonor, si yo culpa tengo,
permita amor ::-

D. LEONOR.

El testigo
vuestra Dama es, quando menos.

INES.

¡No hay, quien ampare una angustia!

Salen Don *Ordoño y Don Felix.*

D. ORDOÑO.

Ahí está el recibo. ¡Pero
qué miro!

D. FELIX.

¿Qué es esto?

D. LEONOR.

Este es
un accidente tremendo,
que le ha dado á vuestra hermana.

D. ORDOÑO.

¡No es Doña Mencía, cielos! *ap.*
¡Ay mi bien! ¡Tú accidentada,
y yo vivo! ¡Sin aliento
tú, y yo con respiracion!
No es posible. Yo fallezco.
¡Ay de mí!

Cae desmayado en los brazos de Leonor.

D. LEONOR.

¡Jesus mil veces!
Luisa, Aurelia, acudid presto.

Salen Luisa y Aurelia.

LAS DOS.

¿Qué tienes?

D. LEONOR.

Que desmayado
mi padre iba á dar al suelo,
á no detenerle yo.

Sale Don Lain.

D. LAIN.

Ya vengo limpio y compuesto:
ahora que me echan mas novias,
que á la tarasca buñelos.

¿Mas qué ha habido aqui?

D. LEONOR.

A esa dama
la dió un desmayo, subiendo
la escalera; y á mi padre,
como su mercé está enfermo,
obró, al verla, alguna extraña
revolucion.

D. LAIN.

¿Con efecto?
Y ahun á mí está para darme;
que esta es la que hoy ví, y lo siento.
Si una cólica me pega,
y me descubro, me pierdo.

D. FELIX.

Ya, señoras, que piedades
tan generosas os debo,
ayudadme, á retirar
á mi hermana.

D. LEONOR.

Entradla adentro;
que á mi padre en esta alcoba
entre todos le pondremos.

Entranlos.

D. LAIN.

¡Y yo, sin ver á mi novia,
por quien rabio como un perro!
Mas me voy á ver, si llevan
mil demonios á mi suegro. *vase.*

D. CARLOS.

¡Cielos, á quién le suceden
tan extraños contratiempos!

D. LEONOR.

¿Don Cárlos?

D. CARLOS.

¿Qué hay, Leonor mia?

D. LEONOR.

¡Tuya, tyrano!

D. CARLOS.

Ya veo,
que por fuerza has de ser de otro.

D. LEONOR.

¡Como tú....!

Al paño Doña Aurelia.

D. AURELIA.

¿Qué escucho?

D. LEONOR.

Ciego
amante de otra belleza,
que por tí asistirla ofrezco,
(que á quien quieres tú, es preciso
la estime yo, como debo....)

D. CARLOS.

¡Yo! Mas que se cayga muerta.

D. LEONOR.

Para que la llores luego.

D. CARLOS.

¿Yó!

D. LEONOR.

Tú.

Sale Doña Aurelia.

D. AURELIA.

¿Qué es esto, Leonor?
¡Jesus, y qué atrevimiento!
¿Está padre, como está,
y tú estás en devaneos?
¡Ay qué escándalo! Don Cárlos,
idos.

D. CARLOS.

Señora:–

D. AURELIA.

Idos presto.
¡Qué escándalo! ¡qué desorden!

D. LEONOR.

De cólera voy muriendo. *vase.*

D. CARLOS.

¡Sin alma voy! *vase.*

D. AURELIA.

De remate
está el mundo. ¡Ay, Dios inmenso,
que tanto sufris!

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Señora,
pues ya segura la dexo: *ap.*
La hermana es esta.

D. AURELIA.

¿Quién vá?

Pero qué galan mancebo! *ap.*

D. FELIX.

En tanto que del desmayo
vuelve Mencía, pretendo
ir á mandar, que un Doctor
llamen, y los aposentos
nos prevengan, las demas
llaves que faltan, espero,
me mandeis dar.

D. AURELIA.

Aguardad.

No he visto tan bien dispuesto *ap.*
joven en toda mi vida.
¡Qué cortés! *Al paño Leonor.*

D. LEONOR.

A mirar vuelvo
si Cárlos se fue.

D. AURELIA.

Estas son.

Dale unas llaves.

D. FELIX.

Un angel es del terreno
Paraíso hermosa guarda;
y que quando me dais, veo,
las llaves, sin duda sois
angel de este firmamento.

D. AURELIA.

No soy angel; pero soy,
quien no solo ahora de veros
se ha holgado, sino que estima::-

D. FELIX.

¿Qué?

D. AURELIA.

Que de puertas adentro
esteis.

D. FELIX.

¿Y es ese favor?

D. AURELIA.

Si creis, que lo es, creedlo.

Sale Doña Leonor apresurada.

D. LEONOR.

¡Ay qué escándalo! ¡Qué infamia
Aurelia, ¡qué atrevimiento!

D. AURELIA.

¡Yo, Leonor::!

D. LEONOR.

¡Está mi padre
malo!: eres tú vivo exemplo
de virtud y santidad,
¿y ahora salimos con eso?
Caballero, idos aprisa.

D. FELIX.

Mudamente os obedezco. *vase.*

D. LEONOR.

¡Aurelia, tú en estas cosas¡

D. AURELIA.

Sí, hija, de tí las aprendo.

Sale Luisa.

LUISA.

Ya volvió la desmayada.

D. LEONOR.

Tanta dicha la dé el cielo,
como inquietud me causó. *vase.*

LUISA.

Segun se urden los enredos,
el que dá á mi ama leccion,
ha de dar á mi amo nietos.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Don Lain en cuerpo con un papel en la mano, Tocino y Toribillo. Mesa con silla y recado de escribir.

D. LAIN.

Puesto que mi capital
he escrito en este papel
para este tratado infiel
de este bodijo fatal;
mientras mi suegro vejete
me da una nomina entera,
con su hija, (que qualquiera
debe á qualquiera su dote)
ve tu escribiendo al reclamo *á Toc.*
de éste, que sabe leer
solo.

TOCINO *sentandose.*

Al arma, si ha de ser;
que á esó me envia mi amo, *ap.*
por averiguarlo todo.

TORIBILLO.

Yo primero deletreu;
mas, despues que mascu, leu.

D. LAIN.

Pues, ladron, mascate un codo.

TOCINO.

Ha de ser bien, mentecato.

TORIBILLO.

Remoje el pelafustan
la pluma; que bien leyrán.

D. LAIN.

Yo vendré de rato en rato;
porque me voy á vestir. *vase.*

TOCINO.

La nomina estará á popa.

TORIBILLO.

Si vusté errada la topa,
entonces podrá reñir.

TOCINO.

Triste lector, indecente,
encoje este cogotazo,
y nota sin embarazo.

TORIBILLO.

Altu: escriba el escribiente. *lee.*
Yo Don Laín::

TOCINO *escribiendo.*

Don Laín:::

TORIBILLO.

Cascajares : : :

TOCINO.

Cascajares : : :

TORIBILLO.

T, e, ene, tengu:::

TOCINO.

No te pares.

TORIBILLO.

Estu está escritu en latin.

TOCINO.

Siendo en leer tan rehacio,
es la tardanza precisa.

TORIBILLO.

¿Vusté gasta mucha prisa?

TOCINO.

Claro es.

TORIBILLO.

Pues yo mucho espacio.
Tengu y llevo á este bodorrio:::

TOCINO.

Dorrio : : :

TORIBILLO.

Entre las gordas y fracas:::

TOCINO.

Acas : : :

TORIBILLO.

Centu, vinte y sete vacas,
catro pradiños é un horrio.

Con un faquiño, si vive,
trece asnos y un rabon.

TOCINO.

¿Quantos los borricos son?

TORIBILLO.

Catorce, con el que escribe.

TOCINO.

Tú lo serás y tu casta;
que soy:::

TORIBILLO.

Doyte á Bercebú.

TOCINO.

Mas hombre de bien que tú.

TORIBILLO.

Que vusté lo mienta, basta.

TOCINO.

Vive Dios:::

Sale Don Lain.

D. LAIN.

¿Qué hay, hijos? ¿Qué
se hace?

TOCINO.

Escribiendo vamos.

TORIBILLO.

En los borricos estamos.

D. LAIN.

Pues á buen tiempo llegué.
Añade, el que compré negro

bestia de gran bizarria;
y en quanto á fisonomia
pintiparado á mi suegro.

TORIBILLO.

Si farey.

D. LAIN.

Pero detente;
que hácia allí cruzar le he visto.
Esos papeles recoje,
no nos pille en el garlito;
que antes ha de vomitar,
que sepa mis entresijos.

TOCINO.

¿Quieres algo para Carlos?

D. LAIN.

Dile, que sin duda pillo
á Leonor.

TOCINO.

¡Famosa nueva!

D. LAIN.

Pero que el viejo podrido
quiere muchisimo mas
los talegos, que los hijos;
con que no quaxa la boda,
como no hierve el *cum quibus*.

TOCINO.

Yo le informaré de todo,
y en encontrando resquicio,
de entrar á ver á Inesilla,

cuyo dengue es un prodigio,
la he de envestir de casorio.
A Dios, Gallego maldito,
y perdona á Meco. *vase.*

TORIBILLO.

Tú,
supuesto que eres su fillo,
perdonarás la ballena,
que furacaste en el rio.

Sale Don Ordoño.

D. ORDOÑO.

¿Don Lain?

D. LAIN.

¿Qué hay, Don Ordoño?

D. ORDOÑO.

Temprano os habeis vestido.

D. LAIN.

Voy á cierta diligencia.
Anda y ponme, Toribillo,
el faco.

TORIBILLO.

Maldito el sea.

D. LAIN.

¿No sabes ya, que es mohino?

TORIBILLO.

Ahier de una coz, que diume,
medio pernil me desfizu.
Mas voyme. *vase.*

D. ORDOÑO.

Ya estamos solos.
¿Decid, qué os han parecido
mis hijas? Y en quanto á boda,
¿qué disponeis?

D. LAIN.

Señor mio,
yo naci dispuesto y alto,
fuerte, membrudo y rollizo:
con que las disposicicnes
no deben hablar conmigo.
Vos habeis de disponer,
y poner.

D. ORDOÑO.

Si no he sabido,
que vos:::

D. LAIN.

Sois un marrullero,
y juzgais, que yo soy Chino,
que habia de enamorarme
de la traza y del focico
de las niñas, y encajarme
de valde, con dos trasticos
de casa y quatro promesas,
un casorio zambullido.
No, amigo: en quatro palabras
todo este tratado cifro.
Lo primero, los doblones,
lo segundo, los realillos,

lo tercero, las patacas,
y los ochavos, lo quinto.
Quedaos suspenso, quedaos;
pero tened entendido,
que tengo por mucho macho,
al que casa por capricho;
que lo que he dicho es el hecho,
y está bien hecho lo dicho. *vase.*

D. ORDOÑO.

¡Qué esto oyga yo!

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Buenos dias,
señor Don Ordoño.

D. ORDOÑO.

Amigo,
brazos abiertos, caudal
pronto, rendimiento fino,
casa, hacienda, honor y vida,
todo está á vuestro servicio.
¿Cómo está misa Mencía?

D. FELIX.

Buena ya, para serviros.

D. ORDOÑO.

¿Con que en fin, misa Mencía
es viuda?

D. FELIX.

¿No lo habeis visto
en el trage ya?

D. ORDUÑO.

¿Y quién fue,
de misa Mencía el marido?

D. FELIX.

Don Sancho de Salazar,
gran ministro.

D. ORDOÑO.

¡Gran ministro!
¿Y á misa Mencía vos,
tan moza y de tan divino
rostro, prendas tan cabales,
no habeis de darla (es preciso)
otro nuevo empleo? ¿Y misa
Mencia no ha de admitirlo?
¿Qué dice misa Mencía?

D. FELIX.

Fue, lo que á su esposo quiso,
tanto, que nunca, ó muy tarde,
á otro empleo dará oidos.

D. ORDOÑO.

No obstante (aguardad, que entorne
esta puerta) yo os suplico:::

D. FELIX.

¡Qué prevencion será esta! *ap.*

D. ORDOÑO.

Que con vuestro bello juicio:::

D. FELIX.

Decid.

D. ORDOÑO.

De mi parte:::

D. FELIX.

Ya oygo.

D. ORDOÑO.

La digais, que:::

D. FELIX.

¡Qué exquisito *ap.*
misterio!

D. ORDOÑO.

Como que sale
de vos, y yo no lo digo:::

D. FELIX.

No me tengais mas suspenso.

D. ORDOÑO.

Que yo y mis niñas decimos,
que, supuesto que esta tarde
el que esté sola, es preciso,
á ver á misa Mencia,
baxaremos un poquito.
Ya me iba á despeñar: *ap.*
mas retrocedi al camino.

D. FELIX.

¿Y para que nos hagais
merced, necesaria ha sido
tanta prevencion y tanto
rodeo?

D. ORDOÑO.

Esto es, preveniros,

de que para con nosotros
no son menester cumplidos.
Agua y azuzar rosado
basta.

D. FELIX.

¿Vos dais los arbitrios,
y haceis las galanterias?
No es igual ese partido. *vase D. Ord.*
Don Ordoño es un buen hombre;
pero el genio es exquisito.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

¿Dónde me llevas, tirano,
cruel pensamiento mio,
sin concederle al ahogo
mas aliento que el suspiro?
¡Pero quién es!

D. FELIX.

Quien quisiera,
poder daros el alivio
de quexa tan bien sentida.

D. LEONOR.

Señor Don Felix, no ha sido
mi pena, de las que admiten
por consuelos artificios.

D. FELIX.

¡Artificios!

D. LEONOR.

¿Quién lo duda?

¿Pensais, que son mis oidos
los de mi hermana? ¿ó quereis,
darme un empleo mas digno
de mejor entendimiento?

D. FELIX.

Que no errárais el oficio,
es bien cierto, que ahun por eso
á vos propia os solicito
para con vos; solamente,
que me respondais, os pido.
Yo os vi y os oi; mirad,
habiendo un solo albedrio,
¿cómo pude de dos riesgos
defender á dos sentidos?
Mi amor:::

Sale D. Aurelia.

D. AURELIA.

¡Qué es eso de amor!
Leonor, (volcanes respiro)
Don Felix, (etnas aborto)
¿no estubierais divertidos
mejor en estar rezando,
que en aquestos desvarios?
¿Leonor, que haces con Don Felix?

D. LEONOR.

Ahora llegó, y me dixo:::

D. AURELIA.

¿Pues Don Felix, qué te quiere?

D. LEONOR.

Que á la belleza rendido:::

D. AURELIA.

¿Don Felix, pues cómo á solas
con Leonor?

D. LEONOR.

De tus divinos:::

D. AURELIA.

¿Tú y Don Felix por qué causa:::?

D. LEONOR.

Aurelia, tú estás sin tino;
Vuelve en tí y oye. ¡Qué es esto!

D. AURELIA.

¿Pues si tal infamia miro,
si tal ultraje á esta casa,
qué he de hacer?

D. LEONOR.

¿Luego has creido,
que aqui hay algo malo, y yo
lo encubro, y no te lo digo?

D. AURELIA.

¿Pues qué puede ser?

D. LEONOR.

Lo propio,
que crees. Don Felix vino
solamente á enamorarme;
muerto está por mí y perdido:
y ahora me estaba diciendo,
que todo lo que te ha dicho,

es mentira, y que eres fea,
y que él es de buen capricho,
y no quiere rezadoras,
con caras de Capuchinos.
¿Esto es, lo que deseabas
saber? Pues ya lo has sabido. *vase.*

D. AURELIA.

Valgame el santo, que es hoy.
¡Qué es lo que me ha sucedido!

D. FELIX.

Yo no sé, qué he de decirla.

Salen al paño Don Cárlos y Tocino.

D. CARLOS.

Ya no puedo mas, Tocino.
Pues está abierta la puerta,
ver á Leonor solicito.
Pero Don Felix, y Aurelia
están aqui, y no me han visto.
No quiero hablarlos: espera.

D. AURELIA.

¿Con que vos sois tan indigno
amante, tan descortes
caballero, que es preciso,
que para que de Leonor
os halleis favorecido,
le digais mal de otra dama,
y dama, de quien, si juicio
tubiera, siendo su sangre,
sintiera el no merecido

desayre, bastando en ella
oiros, para no oiros?

D. FELIX.

Yo, señora:::

D. CARLOS.

¿Oyes aquello?

TOCINO.

Son las hembras de este siglo
lindas alhajas.

D. FELIX.

No creo,
sino es que haya pretendido,
burlaros; porque:::

D. AURELIA.

Tened.
Vos os disculpais tan tibio,
que de la misma defensa
se califica el delito.
Negar, que vos y Leonor
os quereis, es desvario;
pues lo acabo de escuchar.

TOCINO.

Mucho aprieta este testigo.

D. CARLOS.

¡Otros zelos me tenian
mis desgracias prevenidos!

D. AURELIA.

Y asi, pues no sé, si diga,
que ahun estaba en los principios

una atencion mal nacida
de un fingimiento bien quisto,
no costará, el enmendarla,
mas, que el castigarla. Idos.

D. FELIX.

¿No me oireis una palabra?

D. AURELIA.

Si es concepto amante y fino,
guardadle para Leonor.
Idos, pues.

D. FELIX.

Quando os irrito,
no es cordura, el porfiar. *Vase.*

D. AURELIA.

¡Qué presto me ha obedecido!
Aqui de mis sentimientos.
¿No estubierais, pecho mio,
mejor en la ocupacion
de la virtud y el retiro?
¡Ay pasiones! Ahora, es fuerza,
castigar á los sentidos.
¿Mas para qué? Pues si albergo
esta inquietud, que recibo,
mientras duráre el tormento,
no es menester mas martirio. *Vase.*

Salen Don Carlos y Tocino.

TOCINO.

Buenos estamos.

D. CARLOS.

A casa
te vuelve.

TOCINO.

Dios sea contigo,
¡Qué bueno quedas! *vase.*

D. CARLOS.

¿Amor,
qué hemos de hacer? Albedrío,
¿qué me dices? ¿Ahora faltas,
quando mas te necesito?
¿Dentro de mi entendimiento
no andabas muy discursivo,
buscando á Leonór disculpas?
Pues mira: ¿en otro delito
qué hará una sola defensa
contra tantos enemigos?
¡Que ella y Don Felix se quieren!
¿Si entraré? No. Aqui diviso
mi enemiga; mis lamentos
lleguen antes á su oído:
sepa, que sé sus trayciones,
sus engaños y artificios,
porque no ignore las causas,
con que de ella me retiro.
Dulce idioma, si en tí son
ahun las ansias atractivo,
haz, que suenen bien las quexas,
que no harás corto prodigio.

CANTA RECITADO.

¡Oh tu, aleve enemiga!
si este dolor, esta ansia, esta fatiga
llegáre donde estás, con mi tormento,
que tosigos esparce por el viento,
escucha, no piadosa,
sino injusta, cruel y rigorosa,
tu secreto patente,
que me fuerza á morir, vago y ausente,
porque tu fiero engaño me precisa,
mintiendo una clemencia.

D. LEONOR Y LUISA *al paño.*

Espera, Luisa.
¿No oyes á Carlos?

D. LUISA.

En cruel batalla
cantando, habla consigo.

D. LEONOR.

Atiende, y calla.

D. CARLOS *recita.*

No mas, no mas oirte, no mas verte.
¡Mat ay! que la sentencia de mi muerte
pronuncia mi quebranto;
ya desde aqui no hay voz, y solo hay llanto.

ARIA.

¡Ay de mí! que fallezco á rigores,
y no sé, si es morirme de amores,
ó es del mal, que en mis zelos sentí.

¡Ay de mí!
¡Pero ay Dios! que en mis finos desvelos,
ya es amor, el morirse de zelos
por la prenda, que no merecí.
¡Ay de mí! *Sientase en una silla.*

LUISA.

Con la mano en la mexilla
suspenso está. ¿No está lindo?
¿No está ayroso?

D. LEONOR.

Calla, Luisa;
que no está con sus caprichos,
sino muy loco y muy necio;
y ahora has de ver, que le riño
fuertemente.

LUISA.

No te creo.

D. LEONOR.

¡Qué bien siento, y qué mal finjo!
Salen las dos.

D. LEONOR.

¡Don Carlos, pues vos tan solo!

D. CARLOS.

¡Tan solo! Nunca me he visto
acompañado mejor.

D. LEONOR.

¿Por qué?

D. CARLOS.

Porque del peligro

de ser engañado, estoy
seguro, estando conmigo.

D. LEONOR.

Muchos hay, que ahun á sí propios
se engañan, Carlos.

D. CARLOS.

Distingo:
ese engaño es necedad;
pero los otros delito.

D. LEONOR.

Luego, si alguien en alguna
fina expresion ha mentido,
y rendimiento, que es de otra,
me le ofrecé como mio,
éste un delito comete.

D. CARLOS.

Yo solamente he venido,
señora, á daros leccion;
no traygo el genio, ni el juicio,
para entrar en argumentos.

D. LEONOR.

Y ahun esa, si quereis iros,
podeis tambien escusarla;
que lo que es en vos arbitrio,
no es razon, hacerlo fuerza.

LUISA.

Sal quiere este picadillo.

D. CARLOS.

No soy hombre, que una cosa

la empiezo, y no la prosigo.

D. LEONOR.

Ni yo muger, que una accion,
que no es voluntaria, admito.

D. CARLOS.

Menos la que fuere gusto
de un superior.

D. LEONOR.

No he sabido,
qué es obedecer jamás.

D. CARLOS.

Es, que os habrán parecido
mejor, que empleos distantes,
los rendimientos vecinos.

D. LEONOR.

Ni vecinos, ni lejanos,
si os valeis de tan indignos
equívocos mal fundados,
pueden llamar el capricho
de mi altivéz.

D. CARLOS.

Eso implica;
porque sentado el principio
de un voluntario:::

D. LEONOR.

Don Carlos,
á tomar leccion venimos;
yo no tengo la cabeza,
para entrar en silogismos.

D. CARLOS.

Siempre escusa la qüestion,
el que se halla convencido.

LUISA.

Embocate ésta, y por otra
vuelve mañana, querido.

D. LEONOR.

Esta es la leccion de ahier:
veamos hoy, cómo la digo.

CANTA.

Amor, yo no entiendo
donde está tu halago,
si todo eres gustos,
y todo cuidados:
fuego tuyo en tu aljava,
flechas y arco.

Al paño Don Laín.

D. LAIN.

Con una idéa estupenda
vengo, buscando á Don Carlos.

D. MENCIA *é* INES *al paño.*

D. MENCIA.

Dexame; que desde aqui
la quiero escuchar un rato.

D. LEONOR.

Ahora no se ha dicho mal.

D. CARLOS.

No me atrevo, á lisonjearos.

D. LEONOR.

¿Por qué?

D. CARLOS.

Porque há muchos dias,
que no haceis cosa, en que agrado
me deis, sino íras en todo,
coleras y sobresaltos.

D. LEONOR.

¿Pues canto mal?

Sale Doña Mencía.

D. MENCIA.

No por cierto,
querida; que es un milagro;
y en lo que dice, no tiene
razon el señor Don Carlos.

D. CARLOS.

¡Esto me faltaba ahora! *ap.*

LUISA.

La mujer dará un ahitazgo
á un alma del Purgatorio.

Sale Don Laín.

D. LAIN.

Dios sea en todo este barrio.
Don Carlos, buscandoos vengo,
desde que os salí buscando.

D. CARLOS.

¿Don Laín?

D. MENCIA.

Subí no ha nada

por la escalera del patio,
á veros, porque os afirmo,
que un punto sin vos no me hallo.

D. LAIN.

Vine, para concluir
este concierto á buscaros;
que en quanto al dote, está el suegro
mas rebelde que un guijarro.

D. MENCIA.

Y ya que aquesta ocasion
logro, de estar este ingrato
aqui, en lo mismo que cantas,
quiero, que le digas algo,
Leonor mia, de mis quexas,
mis ansias y mis cuidados.
Yo temo enojarle mas,
si cara á cara le hablo;
mejor te está á tí, dolerte
de los tormentos que paso.
Esto has de hacer por mi amor.

D. LEONOR.

¡Buena estoy yo para el caso! *ap.*
¡Hase visto igual intento!

D. LAIN.

Don Carlos, yo soy un asno,
como vos sabeis: y no es
esto, porque yo me alabo,
sino es, porque yo en las cosas
que no tropiezo, no caygo.

¿Creereis, que hasta ahora no habia
caído, en que era del caso,
haber de estar de una de estas
dos mozas enamorado,
pues he de ser de una de ellas
esposo de cal y canto?
Pero como de estas floxas
tenemos los Asturianos.
Y asi, pues vos entendeis
de aquesto de viratacos,
y en chiflando el gaznatico,
le poneís á uno mas blando
que un requeson, de mi parte
la habeis de dar una mano
á Leonor, que es la que quiero.
Miento; que estoy reventando *ap.*
por la viuda. ¡Miren qué ojos!
Riome de los de un gato,
que alumbren mas entre leña.
Ya sois Plenipotenciario
de mi amor; lo que decís,
digo por boca de ganso.

D. CARLOS.

¡Quién puede tener paciencia *ap.*
para desatinos tantos!

D. MENCIA.

Si yo meritos tubiera
con los dos, á suplicaros
me atreviera, que canteis

alguna cosa entre ambos.

D. LAIN.

Dice bien: entre los dos
decidnos á solo un quatro.

D. CARLOS.

Yo no sé nada.

D. LEONOR.

Os afirmo,
que no hay cosa, que podamos
cantar.

D. MENCIA.

Yo cedo, aunque quede
mi ruego tan desayrado.

Sale Don Ordoño.

D. ORDOÑO.

Desayrado vuestro ruego
oí, señora, al ir entrando.
¿Leonor, qué súplica es ésta,
ó soberano mandato
de misa Doña Mencía,
dixera mejor?

D. LEONOR.

Mandarnos
á mí y á Don Carlos, que
juntos cantemos aqui algo.

D. ORDOÑO.

¿Y en qué te detienes tú?
¿Ni, siendo tan cortesano
el señor Don Carlos, quál

puede ser el embarazo?

LOS DOS.

No saberle.

D. ORDOÑO.

Eso no, amigo:
no se me dá dado falso.
Y aquel de Olympa y Vireno,
que es un duo, que es un pasmo,
y se hizo en aquella fiesta,
que se dispuso á mis años?

D. LEONOR.

¿No advertis, que ese es preciso,
cantarle representado?

D. ORDOÑO.

¡Hay tal hacerse chiquitos,
é inventarán entre ambos
mas tonos, con letra y todo,
que quepan en diez almarios!
Haganme ustedes merced,
que yo lo pido ó lo mando.

D. LEONOR.

Esto no tiene remedio.

D. CARLOS.

Ya lo veo; mas si canto,
te he de explicar el motivo
de mi enojo.

D. LEONOR.

Amante ingrato,
yo á tí tu traycion.

D. LAIN.

Aprieta. *á D. Carlos.*

D. MENCIA.

Cuida de lo que te encargo. *á D. Leonor.*

D. CARLOS *cantando.*

¡Ay, placida fuente! *Duo.*

D. LEONOR *cantando.*

¡Ay, cefiro manso!

D. CARLOS.

Narciso del bosque,

D. LEONOR.

Tiorba del prado,

LOS DOS.

Cé, cé, quedito, no corras tanto,
y dime del bien, que causó mis fatigas;
mas no me lo digas, que ya le he encontrado.

D. CARLOS.

Bella Olympa cruél. *Recitado.*

D. LEONOR.

Vireno mio.

D. CARLOS.

¿Tuyo, tirana? Miente tu albedrio;
miente la antigua fé, que me ofreciste;
solo dice verdades para un triste
tu perpetua mudanza.

D. LEONOR.

¿Ese es dolor en tí, ó es confianza?

D. CARLOS.

¡Confianza!

D. LEONOR.

Sin duda;
pues al tratado de otro empleo muda,
ciega y desesperada
todo lo niego, y no he de admitir nada.

D. CARLOS.

Será, porque otro amor introducido,
que de nuevo ha venido
á la selva, te mueve.

D. LEONOR.

Si fuera como tú, yo fuera aleve,
traydora y fementida.

D. CARLOS.

Dí mucho deso, y me darás la vida.

D. LEONOR *cantando.* *Aria.*

Diré, que soy constante,
y tú un ingrato amante,
que finjes por tu engaño
cautelas en mi fé;
diré oirte mal de tí,
mas bien diré:
Que en mí no cabe, injusto
Vireno venturoso;
no haverte á tí dichoso,
si lo eres con mi gusto,
pues te amo y te amaré.
Diré, que soy constante, &c.

D. ORDOÑO.

¿Veis, si os acordais?

D. MENCIA.

Amiga,
el tono es muy para el caso;
parece escrito al asunto
de mi suceso con Carlos.

D. LEONOR.

Yo me alegro.

D. ORDOÑO.

¿Qué tal suena?

D. MENCIA.

¡Oh, señor, es un milagro!

D. ORDOÑO.

Los versos, no me parece,
que son los que se cantaron
esotra vez.

D. CARLOS.

Pues sin tiempo,
¿cómo era facil, mudarlos?

D. LAIN.

Don Carlos ó Don Demonio:::

D. CARLOS.

¿Qué dices?

D. LAIN.

¿Estais borracho?

D. CARLOS.

¿Por qué?

D. LAIN.

Porque ya que son
los dos sujetos, debaxo

de cuyo nombre cantais,
para poder explicaros,
Don Veneno y Ropa limpia:
¿por qué no entretexeis algo
del dote? Mas no apreteis
en la ropa, con los diablos.

D. CARLOS.

No haré.

D. LAIN.

Lo que yo deseo,
son talegos y no trastos;
lo de veneno, eso sí.
Decid, que me atosigaron
por venir, y que mi suegro
hace la rosca del galgo,
y sin la mosca y la moza
está el novio endemoniado.

D. MENCIA.

¿No hay mas?

D. ORDOÑO.

Claro está, que hay mas.
Vaya, concluyase el paso.

D. CARLOS *cantando.*

¡Ay dulce Olympa, qué dichoso fuera
tu Vireno, si hallára,
que esa firmeza rara
en simulacro femenil cupiera!

D. LEONOR *cantando.*

Yo no he de complacer á una quimera,

que pasa á ser locura.

D. CARLOS.

Tente: no se me esconda tu hermosura.

D. LEONOR.

Otra habrá en este prado,
donde estará tu amor bien empleado.

D. CARLOS.

Como de tí dependa,
tu gusto es ara, y mi pasion ofrenda.

D. LEONOR.

Pues creeme, y te creo.

D. CARLOS.

Lo que en tí es voluntad, en mí deseo.

ARIA.

Y no haya mas iras,
bello idólo mio:
¿Por qué te retiras
de un ciego albedrio,
de quien triunfarás?
No, no, nó haya mas.
Tu esclavo ser quiero;
pues glorias te labra
tu firme palabra,
que adoro y venero;
ya vivo, ya espero
me perdonarás.
Y no haya mas iras, &c.

D. CARLOS Y D. LEOÑOR.

Pues jurame, Vireno::: *recitado.*

D. CARLOS.

Lo que quisieres, juro.

D. LEONOR.

Que ha de vivir tu corazon sereno.

D. CARLOS.

Como tu corazon reserves puro.

D. LEONOR.

No admitiré otros lazos.

D. CARLOS.

Pues por fuerza he de tomar tus brazos.

Los dos.

Vibra, rompe las flechas,
niño vendado;
pues que ya ha cessado
la tempestad.

D. CARLOS.

Porque desechas.

D. LEONOR.

Porque triunfantes.

Los dos.

Firmen amantes.

D. CARLOS.

Sin los estragos.

D. LEONOR.

En los halagos.

Los dos.

La suavidad.
Vibra, rompe las flechas, &c.

D. ORDOÑO.

Bien lo han hecho; pero eso
de abrazarse, es excusado.

D. LAIN.

El maldito del veneno
se tira, como un alano.

D. MENCIA.

Es muy sobrada expresion.

D. LEONOR.

No es tal; que la pide el paso.

D. CARLOS.

Habiendoos obedecido,
mas satisfecho me aparto.

D. ORDOÑO.

¿De qué?

D. CARLOS.

De tantas venturas,
como en este caso gano. *Vase.*

D. MENCIA.

Creo, que conmigo vá
de mejor rostro Don Carlos:
á tí te lo debo, amiga.
A Dios, y vivas mil años. *Vase.*

D. LEONOR.

Luisa, esta mujer me mata. *Vase.*

LUISA.

Un plomo es. *Vase.*

D. LAIN.

Digo; tratamos

de aquello?

D. ORDOÑO.

¿De qué?

D. LAIN.

Del dote.

D. ORDOÑO.

Venid conmigo al despacho.
A Ines baxaré, á buscar
presto para aquel asalto.

D. LAIN.

Vamos, suegro miserable.

D. ORDOÑO.

Venid, hierno mentecato. *vanse.*

Salen Inés y Don Felix.

D. FELIX.

Esta tarde las aguarda,
y hasta las cinco se está
arriba.

INES.

Alli viene ya.

Sale Doña Mencía.

D. MENCIA.

Felix, el mercader tarda.

D. FELIX.

¿Por cintas preguntarás,
que has de dar á tus visitas,
guantes, peynes y alhajitas?
Entra, y todo lo verás.

D. MENCIA.

¿Es por mí, ó es por amor
de Leonor?

D. FELIX.

Mucho me apuras.
Mas si rinden hermosuras::-

D. MENCIA.

¿Qué?

D. FELIX.

Muy hermosa es Leonor.

D. MENCIA.

Acabáramos.

D. FELIX.

Entremos.. *Vanse los dos.*

INES.

¿Si vendrá Tocino, para
regalarle con los dulces,
que me han de tocar?

D. ORDOÑO *al paño.*

Muchacha.

INES.

¿Quién es?

D. ORDOÑO.

¡Yo! ¿No me conoces?
Estos doblones apara,
y aquesta noche la puerta,
que á mi quarto desembarca,
y la de la calle queden
en falso.

INES.

Ya entiendo: marcha.

D. ORDOÑO.

A Dios. *vase.*

INES.

El vejete está
reventando por mi ama.

Salen Doña Mencía y Don Felix.

D. MENCIA.

Ya es la hora, de que baxen.

D. FELIX.

¿Te parece, que algo falta?

D. MENCIA.

No.

D. FELIX.

Pues vuelvo luego. *vase.*

D. MENCIA.

Ola,
Martinez. ¿Qué hará?

INES.

Descansa,
durmiendo la siesta.

D. MENCIA.

¡Siesta,
y son ya las siete dadas!
Martinez.

Sale Martinez en cuerpo y sin golilla.

MARTINEZ.

Señora mia.

D. MENCIA.

¡ Pues sin golilla, ni capa
delante de mí á estas horas !

MARTINEZ.

Como hace calor, estaba
desahogandome un poquito.

D. MENCIA.

Vaya muy en hora mala,
y no se ponga en su vida
sin la golilla y sin capa
delante de mí..

MARTINEZ.

La siesta
es hora tan excusada ::-

D. MENCIA.

Ahunque sea á media noche.

MARTINEZ.

Está bien.

D. MENCIA.

Vistase, vaya. *vase Martinez.*

Sale Luisa.

LUISA.

Doña Leonor mi señora
me envia á ver, que me mandas.

D. MENCIA.

Hija, que esta tarde ayudes
á servir á mi criada
el agasajo. ¿Llamaron? *llaman.*

INES.

Ellas son.

D. MENCIA.

¡Ay Virgen! Daca
las manillas, las sortijas,
el lazo, las arracadas.

INES.

No te apresures.

D. MENCIA.

¡Jesus,
qué flema!

Salen Doña Leonor y Doña Aurelia.

LAS DOS.

¿Es por aqui?

D. MENCIA.

¿Qué es esto? Aparte.
Por aqui es, por donde habeis
de entrar, honrando mi casa.

D. AURELIA.

Leonor, parece Convento.
¿No ves qué limpia y aseada?

D. LEONOR.

Muy rica y muy bien dispuesta.
¡Qué cosa tan chavacana! Ap.

D. AURELIA.

Un asco está hecha. Ap.

D. MENCIA.

Venid.

D. LEONOR.

Guiad vos.

D. MENCIA.

La empresa es ardua.

No puede ser.

D. LEONOR.

Yo obedezco.

D. AURELIA.

No andemos en pataratas.

Entranse las tres.

INES.

¿Hija mia?

LUISA.

¿Amiga mia?

INES.

¿Qué tales son tus dos amas?

LUISA.

Dos demonios. ¿Y la tuya?

INES.

La mia es una tarasca.

D. MENCIA *dentro.*

Inés.

INES.

Ya empieza el chillido.

LUISA.

Dias de visita matan.

¿Qué era eso?

INES *saliendo.*

Que si viniese
Don Cárlos, con la guitarra
baxase.

LUISA.

¿Hay que prevenir?

INES.

Xicaras, barros y salvas.

LUISA.

Pues vamos. *vanse.*

Salen Don Lain y Toribillo.

TORIBILLO.

Mire muste,
non lle den una pancáda
por su atrevimiento.

D. LAIN.

Solo
está todo: vete á casa; *vase Torib.*
que ya que hallé esta ocasion,
pues el amor me sonsaca,
he de quedarme escondido,
á hacer una tarquinada
con esta viuda maldita,
que me inclina, que me rabia.
¡Ay, si yo pudiese á solas,
para persuadirla, hablarla!
Pero aqui hay una alhacena;
en ella me zampo, hasta
que consiga mi intencion.

Albacena, en la que se meterá Don Lain. Mesa con vasos, xícaras y garrafas.

Salen Luisa y Martinez con luces.

LUISA.

¿Las luces ahora se sacan?

INES.

Sí, que ya es noche. Martinez,
menee esa garrafa.

MARTINEZ.

¿Eso tambien? Ello sirvo
de pericon y pendanga.

Echa bebida en unos vasos.

D. LAIN.

¿Dónde me he metido yo?
¡Virgen, y qué cerca me hablan!

INES.

Ya que se echó la bebida,
dexa en la mesa una salva,
y trahe los bizcochos; que ésta
yo la llevaré.

Vase llevando lo que ha dicho.

MARTINEZ.

A alcanzarla.
estoy á la puerta.

Saca Don Lain la cabeza por los postigos de la albacena.

D. LAIN.

Ola,
parece que me agasajan,
sin pedirlo. Esto está solo:
y aqui hay bella cuchipanda;
los vizcochos están tiernos: *comiendo.*
como natillas se maman.
Este vidrio es de canela, *bebiendo.*
y aquesta parece agua
de jabon. Es un prodigio.
¡Mas ay, que vuelven! *cierra el postigo.*

Salen Luisa é Inés.

INES.

Despacha.
La otra salva, que está llena.

LUISA.

¿De qué? que no tiene nada.

MARTINEZ.

Yo eché la bebida.

INES.

Ah perro,
desvergonzado, canalla,
que él se lo ha bebido.

MARTINEZ.

¿Yo?

INES.

Sí.

MARTINEZ.

Maldita sea mi alma,
si llegue ::-

INES.

Eche mas.

MARTINEZ.

¿Qué es eche,
si está á obscuras la garrafa?

INES.

¡Ah pícaro, golosazo!
que por él se hace una falta
como esta.

MARTINEZ.

Calle la loca.

IÑES.

Yo se lo diré á mi ama.

MARTINEZ.

Diré yo, que miente.

LUISA.

Vamos:
entre, lo que hubiere. *vase y abre D. Lain.*

D. LAIN.

Avanza;
que allí está un cesto de dulces.

MARTINEZ.

¿Quién anda ahí?

D. LAIN.

Quien no anda.

MARTINEZ.

Zape ahi.

D. LAIN.

Zape, acullá.

Salen Luisa é Inés.

LUISA.

El agua aprisa.

INES.

Bestiaza,
¿tambien añascó los dulces?

MARTINEZ.

¿Qué dulces, descomulgada?

INES.

Dexate tú estár. *vase.*

Salen Don Ordoño y Don Cárlos.

D. ORDOÑO.

Con vos
me avisaron, que baxára;
y asi seguidme.

D. CARLOS.

Guiad. *vanse.*

Salen Luisa é Ines, y sacan dos chocolateras.

LUISA.

En un instante lo hagan.
Chocolate.

D. LAIN.

¡Chocolate!
Albricias, media naranja.

LUISA.

Dexa el un chocolatero
en la mesa, si te baxas
al suelo, á batir el otro.

D. LAIN.

Asi habrá mas abundancia.

INES.

Cayose en la maccrina.

LUISA.

¿Adónde podré vaciarla?

INES.

En esta alhacena. *Echalo en la alhacena.*

D. LAIN.

Espera;
que me has quemado la cara.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Han tomado el agasajo?

INES.

Ya concluyen. *Entrase con la xícara.*

D. FELIX.

Pues despacha. *vase.*

MARTINEZ.

A todo me he resistido;
pero á tinta de Caracas
perdone el mundo.

Va á beber por la chocolatera, y D. Lain le dá un golpe, y salen las criadas.

D. LAIN.

No quiere.

MARTINEZ.

¡Jesu-Christo, que me matan!

LAS DOS.

¿Qué ha sido esto?

MARTINEZ.

Algun demonio,
que en este aposento anda.

INES.

Alumbrenos, y no mienta.

Vanse con las luces.

D. LAIN.

Voy saliendo de la jaula. *sale.*

Sale Tocino.

TOCINO.

Voy entrando á ver, si Luisa,
como ofreció, me regala.

Sale Don Ordoño.

D. ORDOÑO.

Por pillar esta viudilla,
al subirse mis muchachas,
fingiendo tener, que hacer
una cosa de importancia,
para quedarme escondido,
me he salido á esta antesala.

TOCINO.

Ruido siento; este es bufete
con cubierta. *anda atientas.*

D. ORDOÑO.

Esta es mampará.

TOCINO.

Aqui me zampo en espera: *escondese debajo de*
aqui atisbaré la caza. *la mesa.*

Sale Martinez con luz.

MARTINEZ.

Dexo la luz, que despues
alumbrarán las criadas;
que las once de la noche
son, y me voy á la cama. *vase.*

TOCINO.

¡Temblando estoy!

D. ORDOÑO.

Largo cuento.
Rabiando estoy, porque salgan.

D. MENCIA *dentro.*

Inés.

INES *dentro.*

Señora.

Salen Doña Mencia, Doña Leonor, Doña Aurelia, Don Felix, Don Cárlos, y las criadas con luces.

D. MENCIA.

Esas dulces
tome, ya que tan tasadas

son las dichas.

D. LEONOR.

Hija mia,

no es razon, quedes cansada.

D. AURELIA.

No es premio á tantos regalos.

D. MENCIA.

¡Qué burla tan cortesana!

A Dios.

LAS DOS.

A Dios.

D. FELIX.

Hasta arriba,

he de ir.

LAS DOS.

No; cierto.

D. FELIX.

Empeñada

está mi atencion.

Entrase Doña Leonor, Doña Aurelia, Don Felix y Doña Luisa, y detiene Doña Mencía á Don Carlos.

D. MENCIA.

¿Don Carlos?

D. CARLOS.

¿Qué quereis?

D. MENCIA.

Una palabra.

Si vuestra quexa no es mas,

que el haber á cuchilladas
reñido con aquel hombre
aquella noche pasada
á mi rexa:::

D. ORDOÑO.

Oigan, que Carlos
fue, quien me mató la caspa.

D. LAIN.

¿Tambien anda mi Carlitos
tras la viuda?

D. MENCIA.

Averiguada
quien fue la persona, ofrezco
la satisfaccion.

D. CARLOS.

No alcanza
ninguna.

D. MENCIA.

¿Por qué?

D. CARLOS.

No es hora
de conversacion tán larga. *vase.*

D. MENCIA.

¡Vióse igual ingratitud!

Sale Don Laín.

D. LAIN.

Está muy bien empleada.

D. MENCIA.

¡Don Laín!

D. LAIN.

¡Doña Mencía!

D. MENCIA.

¿Qué haceís aqui?

D. LAIN.

Averigualla

sus enredos á la puerca,
cochina, que se desala
por mocitos pisaverdes.

D. MENCIA.

Sin duda, que el juicio os falta.

D. ORDOÑO.

Cero, y van dos á la viuda.

TOCINO.

¡Triste de mí, si me hallan
en la gazapera!

D. LAIN.

Yo:

D. MENCIA.

Callad; que Don Felix baxa.
Idos. *vase.*

D. LAIN.

¿Qué es irme? Alhacena
me fecit de aqui á mañana.

TOCINO.

Vive Dios, que aqui se acerca.
Pero yo con una traza
he de espantarle: guau, guau. *ladra.*

D. LAIN.

Maldita sea tu alma.
¿Qué perrazo ó qué demonio
me ha entrado á ocupar mi plaza?

D. ORDOÑO.

El alano del vecino
es este. ¿Cómo no le atan?

TOCINO.

Guau, guau.

D. LAIN.

Calla, chucho. ¡Ah chucho!
¡Qual gruñe! ¡No reventáras!

TOCINO.

Guau, guau.

D. LAIN.

Sal aqui, maldito.
No llego; que si me agarr
de una pierna, á Dios Lain.
En esta pieza inmediata
una escalera descubro:
por ella me emboco. *escondese.*

TOCINO.

Ahun anda
por aqui. Guau, guau.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Un perro,
me pareció, que sonaba.
¿Inés?

Sale Inés.

INES.

Señor.

D. FELIX.

De la calle
se ha entrado algun perro en casa;
buscale y echale. *vase*

INES.

Aqui
Martinez pone su estaca.

TOCINO.

Zapato.

Sale Doña Mencía.

D. MENCIA.

¡Perro á estas horas!
¿Por dónde quereis que entrára?

INES.

Si no es que esté aqui. *mira.*

TOCINO.

Yo soy, *ap.*
Inés de mi vida: calla.

INES.

Tapate.

TOCINO.

Por tí.

INES.

No chistes.

D. MENCIA.

y Encontrastele?

INES.

No hay nada.

Llega Doña Mencía, adonde está Don Ordoño.

D. MENCIA.

¿Si acaso está aqui?

D. ORDOÑO.

Aqui yace
un perro, que por vos ladra;
y de dos zelos está
mascullando las zarazas.

D. MENCIA.

¡Qué haceis aquí, Don Ordoño!

INES.

¡Vióse mayor mogiganga!

D. ORDOÑO.

Escondime, por hablaros,
y vi las tracamundanas
con Don Carlos y ahun Laín.

LUISA *dentro.*

Ladrones, ladrones.

D. LAIN *dentro.*

Calla,
mujer; que yo soy.

Dentro voces.

Ladrones.

Sale Don Felix.

¡Qué es esto!

D. ORDOÑO.

El Christo me valga
de San Ginés.

D. MENCIA.

Yo, Don Felix:::

D. FELIX.

¿No respondes?

D. ORDOÑO *saliendo.*

Yo baxaba:::

Dentro voces.

Ladrones.

D. ORDOÑO.

Mas ya hallé escusa: *ap.*
Esas voces lo declaran;
yo estaba arriba, y oi,
muy cerca de mí pisadas:
vi un hombre, baxé á valerme
de::: quando:::

D. MENCIA.

Las voces alza.
¡Infeliz de mí! Martinez,
Pedro, Juan.

Sale Martinez en camisa con golilla y espada.

MARTINEZ.

¿Qué es, lo que mandas?

INES.

¡Jesus, qué rara vision!

D. FELIX.

¡Pues cómo indecencia tanta!

MARTINEZ.

Señor, mi ama me mandó,
que sin golilla y espada
no viniese á su presencia.

Dentro Doña Leonor y Doña Aurelia.

LAS DOS.

¡No hay, quien á una mujer valga!

D. FELIX.

En nada nos detengamos.

D. ORDOÑO.

¡Qué haya baxado sin armas!

Vanse los dos.

D. MENCIA.

Venid, nos encerraremos.

INES.

Sin pulsos voy de asustada.

Vanse las dos.

TOCINO.

Ahora es ocasion, que un perro
procure escapar á gatas. *vase.*

Dentro voces.

Ladrones.

UNO.

Hácia la puerta.

OTRO.

Tira, que huyen.

OTRO.

Que se escapan.

MARTINEZ.

¿ Señores, qué culpa tengo
yo, de hacer lo que mandan;
si dixo, que no viniese
sin mi golilla y espada?

JORNADA TERCERA.

Salen Don Carlos, y Don Laín entrapajado un brazo, y un parche en un ojo.

D. LAIN.

Mal haya el alma y la vida,
que á galantear me metió.

D. CARLOS.

¿En suma, qué sucedió?

D. LAIN.

Viendo mi intencion perdida,
me emboqué en una escalera,
que iba al quarto principal:
nunca hubiera yo hecho tal,
que alboroté de manera,
con la cara y los tiznones,
que el chocolate me puso,
que todo el tropel confuso
empezó á decir: ladrones.
Dispararonse vecinos
y criados con puñales,
con espadas y varales;

y entre tantos asesinos
llegaron, y aseguradas
las manos, me conocieron.
Pero antes que ellos, cayeron
sobre mí tantas patadas,
que hecho un misero despojo,
saqué roto el espinazo,
tuerto este derecho brazo,
y desconcertado este ojo.

D. CARLOS.

¿Y Don Ordoño en tan fiera
accion, qué dixo?

D. LAIN.

Me alegro.
¿Pero si es mi medio suegro,
que queriais, qué dixera?
Mas no es esto lo peor.

D. CARLOS.

¿Pues qué es, lo que os desagrada?

D. LAIN.

Que aquella viuda endiablada
se muere por vos de amor.

D. CARLOS.

Esa yo os la dexaré.

D. LAIN.

¿De veras?

D. CARLOS.

De corazon.

D. LAIN.

Pues hacedme una cesion,
en manéra que haga fe;
que ya no hay Leonor, que quadre,
ni de Aurelia hay que tratar.

D. CARLOS.

¿Pues no os habeis de casar?

D. LAIN.

Si dan veneno á su padre.

D. CARLOS.

¿Tan mal le quereis?

D. LAIN.

Es un
vejezuelo mequetrefe,
y yo le diré bien presto,
quien yo soy.

D. CARLOS.

¿Cómo?

D. LAIN.

A cachetes,
vive Christo. ¡Yo ladron!

Sale Tocino.

TOCINO.

Ahí te buscan dos mujeres
muy tapadas.

D. CARLOS.

¿Sabes bien,
que es á mi?

TOCINO.

Sí.

D. CARLOS.

Pues di, que entren

D. LAIN.

El onceno, no estorvar.
Señor mio, usted se quede
con Dios; que por la otra puerta
me voy.

D. CARLOS.

¿Pues sea quien fuere,
qué estorvais vos?

D. LAIN.

Yo me entiendo,
y no estoy para meterme,
despues de ladron, adonde
me emplumen por alcahuete. *vase.*

D. CARLOS.

¿Quién será, quien á mi casa,
viene á buscarme?

Sale Doña Leonor y Luisa.

D. LEONOR.

Quién viene
huyendo de una curiosa
groseria impertinente.

D. CARLOS.

¡Leonor!

D. LEONOR.

A buscarte, Carlos,

salí, para que supieses,
como mi padre::: Mas esto,
tiempo habrá, en que te lo cuente.
Llegué á tu calle, y en esa
esquina encontré á Don Felix,
y encarandose al pasar,
como que reconocerme
queria, aceleró el paso.
Yo, antes que igualar pudiese
conmigo, me entré hasta aqui.
No dudo, que tras mí viene;
mira:::

D. CARLOS.

No hay, en que pararse,
siendo asi, lo que refieres.
Salte por aquella puerta,
que á dar á otra calle viene,
mientras al recibimiento
me adelanto, á detenerle. *vase.*

LUISA.

Una vez, que nos echamos
á la calle, el diablo quiere,
que todo el mundo nos vea.

D. LEONOR.

Si tú no me persuadieses
que salieramos:::

LUISA.

Señora,
si de cuidado te mueres. A

por saber de él :::

D. LEONOR.

Dexemos.

eso, y sigueme.

Al entrarse sale Doña Mencía y Inés con mantos.

INES.

¿No es este

quarto el del señor Don Carlos?

¿Niñas, son mudas ustedes?

Entrase Doña Leonor y Luisa.

D. MENCIA.

¡Buen encuentro al primer paso!

Inés, estoy por volverme.

Al paño Doña Leonor y Luisa.

LUISA.

¿No nos vamos?

D. LEONOR.

¿Era facil,

viendo que, dentro se queden,

del quarto de este alevoso

dos tapadas, que parecen

mugeres mas que ordinarias

en la traza?

LUISA.

Aquestas siempre

trahen lo mejor.

D. LEONOR.

Yo he de verlas,

salga por donde saliere.

LUISA.

Pues aquí hay un aposento,
en él puedes esconderte. *escondense.*

D. MENCIA.

¡Oh nunca, Inés mia, viniera,
á ver la ofensa patente
de tan claro desengaño!

INES.

Los hombres son de una especie
todos.

D. MENCIA.

Y el peor Don Carlos.

INES.

Mal fuego de Dios los fuese.

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

¡Qué no advirtiese, en decirla, *ap.*
que un instante se escondiese,
á Leonor! Pero aquí está.
¡Qué bien hiciste, en no haberte
ido, mi bien! Que ya estamos
sin ningun inconveniente.
Bien te puedes descubrir.
¡Pero que es esto! ¡Enmudeces!
¿Es enojo, dueño mio?
¡En qué he podido ofenderte!
Si acaso Doña Mencía,
desde el fingido accidente,

que sabes, te ha dicho alguna
mentira en quanto á que fuese
mas, el haberla querido,
que una diversion alegre,
vive Dios, que te ha engañado.

INES.

¡Hay hombre mas insolente! *ap.*

D. CARLOS.

Que ya, desde que te ví,
en tal grado la aborrece
mi pecho, que solo en verla,
juzgo, que miro mi muerte.

D. MENCIA.

Vivas mil años, Don Carlos:
que ya con tan evidente *descubrese.*
desengaño:::

D. CARLOS.

¡Santos Cielos, *ap.*
qué es esto, que me sucede!

D. MENCIA.

Trataré, de no inquirir
quál fue el motivo, de haberme
olbidado, y si es ó no
aquel lance, que os moviese
de rexa y de cuchilladas.

D. CARLOS.

Mencía::: si::: quando::: siempre:::

INES.

Ahora hace la de turbado:

mal haya quien no le muele.

Al paño Doña Leonor y Luisa.

D. LEONOR.

Dexame, entreabrir la puerta,
veré, en lo que se detiene
con Carlos tanto.

LUISA.

No está
muy mal divertido.

D. LEONOR.

Atiende.

D. CARLOS.

¿Es posible, que has creído,
que yo no te conociese
al instante, y que por burla
te llegué á hablar de esta suerte?
Forzoso es disimular. *ap.*
¿No me conoces? ¿Pues crees,
que haya hombre, que de veras
hable asi de las mujeres?

D. MENCIA.

No sé: pero para burla,
no es muy mal antecedente,
haber yo por esa puerta
entrado, y ver, que saliesen
dos tapadas.

D. CARLOS.

¿Y las viste
las caras?

D. MENCIA.

¡Jesus mil veces!
No te asustes: que no pude.

D. CARLOS.

¡Vióse mas extraño trueque! *ap.*
Leonor se fue, y al salir,
debió de entrar. ¡Hay mas fuerte
desgracia! ¿Doña Mencía:::?

D. LEONOR.

¡Ah falso! ¡Ah tirano! ¡Ah aleve!

LUISA.

¡Ah picaro mentiroso,
dirás, y ah viúda verde!

D. LEONOR.

No la culpes; que nos culpas.

D. CARLOS.

Lo que has visto, no te debe
disgustar; que Don Laín,
este Asturiano mi huesped,
ha dado en tener visitas;
y no dudaré, que fuesen
algunas mujeres ruines
de aquellas, que él buscar suele.

D. LEONOR.

¿Luisa, no vés, quál nos pone?

LUISA.

Asi le honren sus parientes.

D. CARLOS.

Y asi (pues está Leonor *ap.*

donde escucharme no puede,
fuerza es, fingir con Mencía,
y asegurarla) no pienses,
amada enemiga mia,
que este acaso ha de valerte,
disculpando tus trayciones,
con quien te quiso y te quiere.

D. MENCIA.

¡Ay Don Carlos, como es facil:::!

INES.

¡Señora, pues tú le crees!

D. MENCIA.

Que yo viva persuadida,
á que una centella ardiente
del pasado amor, hoguera,
que en otras aras se enciende:::

D. CARLOS.

No me nombres eso yá;
(perdona adorada ausente) *ap.*
que, para que reconozcas,
que tú sola el dueño eres
de mis penas y mis glorias,
de mis males y mis bienes:::

D. LEONOR.

Luisa, no puedo sufrirlo:
yo salgo.

LUISA.

¡Que asi te arriesgues!
¿Quieres, que á padre lo diga?

D. LEONOR.

¿Y querrá ella, que lo cuente
á su hermano? A bien, que estamos
obligadas igualmente.

D. CARLOS.

Está tan lexos Leonor,
de que yo la considere,
de que su amor solicite,
de que yo en su casa entre:::

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Como cerca, de escuchar
las atenciones, que os debe.

INES.

Cayóse la casa acuestas.

Sale Luisa.

LUISA.

Acá está toda la gente.

D. CARLOS.

¡Leonor, pues vienes:::! pues vases!

LUISA.

Tú eres quien ni vas, ni vienes.

D. CARLOS.

!Habrá hombre mas infelíz! *ap.*

D. MENCIA.

¡Leonor, pues tan indecente
accion vos! ¡Una doncella,
que padre tan noble tiene,
en cas de un hombre!

D. LEONOR.

¡Mencía,
pues una viuda se atreve
á esta indignidad, teniendo
un hermano, qué la zele!

D. MENCIA.

En mí fue casualidad.

D. LEONOR.

Pues en mí ha sido accidente.

D. MENCIA.

¡Si Don Ordoño os hallase:::!

D. LEONOR.

¡Si Don Felix lo supiese:::!

D. MENCIA.

Decís bien: sigueme, Inés.

D. LEONOR.

Bien advertís: Luisa, vente.

D. CARLOS.

¿Mencía? ¿Leonor?

Salen D. Ordoño y D. Felix, y se echan los mantos.

D. ORDOÑO.

¿Don Carlos?

D. LEONOR.

Ay Jesus! Mi padre es éste. *ap.*

D. FELIX.

No es facil, me detengais,
Don Carlos.

D. MENCIA.

Cielos, valedme; *ap.*
que éste es mi hermano.

D. CARLOS.

Llegó
el mal hasta donde puede.
Amparaos de mí.

D. LUISA *é* INES.

¡Ay qué susto!

D. CARLOS.

¿Pues, Don Ordoño y Don Felix,
qué mandais?

D. ORDOÑO.

Viven los cielos, *ap.*
que al taparse, me parece,
que ví de Doña Mencía
la cara.

D. FELIX.

Si no me mienten *ap.*
mis sospechas, de Leonor,
al ir el manto á esconderle,
imagino, que ví el rostro.

D. CARLOS.

¿Qué suspension os detiene?

D. FELIX.

A mí ninguna; pues há
rato, que estoy desde enfrente
aguardando, de una duda
á salir; y no hay que espere,

pues en vos consiste.

D. ORDOÑO.

A mí

otro estimulo me mueve,
y vos lo habeis de aclarar.

D. CARLOS.

¿De qué forma?

D. FELIX.

Con traherme

conmigo yo aquella dama.

D. ORDOÑO.

Con que aquella dama quede
en su casa acompañada
de mí.

D. LEONOR.

Mi fatiga crece.

D. MENCIA.

Sin mí estoy, cielos divinos.

D. CARLOS.

No os espante el suspenderme,
oír, que haya, quien proponga
accion de tan vil especie.
Señor Don Ordoño, amigo
vuestro soy: señor Don Felix,
yo no soy vuestro enemigo;
pero el que juzgue, el que piense,
lograr su intento en mi agravio,
pase por donde pudiere. *Saca la espada.*

D. FELIX *echando mano.*

Asi lo haré.

D. ORDOÑO *echando mano.*

Vive Christo,
que todos somos valientes.

D. LEONOR.

¡Fuerte lance!

D. MENCIA.

¡Raro aprieto! *ap.*

Sale Don Laín.

D. LAIN.

Tened. ¿Qué alboroto es éste?

LOS DOS.

Don Carlos os lo dirá.

D. CARLOS.

Que estos caballeros vienen,
á reconocer mi casa.

D. LAIN.

¿Y quién en eso los mete
á los muy desvergonzados?

D. FELIX.

Mirad:::

D. LAIN.

Vaya el mequetrefe:::
¿Y el vejetillo, no sabe,
que tengo ofrecido, hacerle
por la pasada un ojal
en la mollera de á geme?
Don Carlos, vayan abaxo.

¡Con mi amigo zarambeques!

D. CARLOS.

Oíd, atended:::

D. LAIN.

Ah Toribio:
Ah Tocino, dadle á ese;
que á estotro basta ser suegro,
para que yo le despierne.

Salen Toribillo y Tocino, y riñen.

TOCINO.

Viva la honra lacayuna.

TORIBILLO.

You con mi amu diré siempre
á desatentos cuchinos:
¡con mi amigo zarambeques!

D. FELIX.

Ah villanos; que sois muchos.

D. LAIN.

Tú eres el villano, y mientes.

Metenlos á cuchilladas.

D. ORDOÑO.

¡Hay mayor bruto!

D. CARLOS.

¿Don Laín?
No hay forma, de detenerle.

D. LAIN *dentro.*

Ahora vereis, el ladron
cómo os machuca las liendres.

D. CARLOS.

Leonor, por aquella puerta:::

D. LEONOR.

Ya sé, la que es; quita, aleve. *vase.*

D. CARLOS.

A aquella puerta, Mencía:::

D. MENCIA.

Traydor, guia, á la que quieres. *vase.*

D. CARLOS.

Luisa, Inés:::

LAS DOS.

Vaya de ahí:
que es un enreda mujeres. *vanse.*

D. CARLOS.

Ya puestas en salvo, es fuerza,
baxe, y la pendencia medie.
¡Cielos, en qué pararán
confusiones tan crueles! *vase.*

Sale D. Aurelia.

D. AURELIA.

Tirana suerte, de infelíz destino,
que sin norte, sin senda, ni camino,
guias mi juicio errante,
como la incierta luz al caminante,
¿dónde vas? A que no entre este tormento
en los espacios de mi entendimiento,
turbando mi retiro,
pues es vana mi empresa. ¡Mas qué miro!

Salen Doña Leonor y Luisa.

D. LEONOR.

A desnudarte, Luisa.

LUISA. [*vase.*

Anda, quitate el manto, aprisa, aprisa.

D. AURELIA. [afana?

¿Qué trahes, Leonor? ¿Qué es esto, que te

D. LEONOR.

Toma este manto, hermana:
toma aquesta basquiña;
que ya vuelvo por ella. *dasela.*

D. AURELIA.

Espera, niña.

D. LEONOR.

Saca entre tanto de ella mi pañuelo. *vase.*

Sale Don Ordoño.

D. ORDOÑO *al paño.*

Alcanzólas mi prisa, vive el cielo.
A la calle salimos,
y de conformidad nos dividimos;
adelantéme yo con velóz paso,
á ver, si hallaba la tapada acaso,
que hácia casa venía,
y entró acá; mas no al quarto de Mencía,
sino al mio, y ya (¡ah pesares!) creo,
si alguna de mis hijas::: ¡Mas qué veo!

D. AURELIA.

No vuelve por estos trastos,
y los voy á entrar.

D. ORDOÑO *saliendo.*

Espera.
Vive Dios, que la basquiña
que ví á la tapada, es ésta.
¿Has salido tú de casa
hoy?

D. AURELIA.

Si, señor: á la Iglesia.

D. ORDOÑO.

¡A la Iglesia! No, sino es,
donde tu linage afrentas.
¿De dónde vienes?

D. AURELIA.

¿Señor,
no lo he dicho ya?

D. ORDOÑO.

Esas señas,
con que te cojo en las manos,
es imposible, que mientan.
¿Dime, á qué fuiste á la casa
de Don Carlos?

D. AURELIA.

Santa Eugenia,
San Anacleto, San Juan
de Porta-Latina sean
conmigo. ¡Jesus mil veces!

D. ORDOÑO.

No seas pataratera:
responde.

D. AURELIA.

¡Yo en cas de nadie,
y mas á tal indecencia!
¡Yo en cas de un hombre mozo!

D. ORDOÑO.

¿Para qué, aleve, lo niegas,
si te vi allá dentro, y luego
que se acabó la refriega,
me adelanté á todo paso,
para ver, si en casa entras?
¿Y despues de verte entrar,
sin que ni ahun lugar tubieras,
de quitarte esa basquiña
y ese manto, (bien lo muestra
hallartelos en las manos)
dí con toda la evidencia,
que deseaba?

D. AURELIA.

Señor,
cosas extrañas me cuentas.

D. ORDOÑO.

Pues mas extrañas serán,
infame, hipócrita, perra,
quando á mis íras acabes.

Empuña la espada, y se pone de rodillas Doña Aurelia.

D. AURELIA.

Hacer un martyr intentas,
sin culpa; pero mi vida

en tus manos se encomienda.
Padezca yo por mi hermana.

D. ORDOÑO.

¿Cómo por tu hermana?

D. AURELIA.

Es, que ella
fue, la que ahora entró turbada
con Luisa, y las dos tan muertas,
que ahun no podrán respirar.
La una se entró con gran priesa
á desnudar; y la otra
dexó en mi mano estas prendas.
Esta es, señor, la verdad.

D. ORDOÑO.

Mira qué dices: no mientas.

D. AURELIA.

Buscalas; verás, qué tristes,
y turbadas las encuentras.

D. LEONOR *dentro cantando.*

Bueno estubiera el logro,
que amor anhela,
si no hubiera osadía,
donde hay fineza.

D. ORDOÑO.

¡Qué turbadas y qué tristes
están! ¿No lo oyes, Aurelia?

D. AURELIA.

Pues ellas fueron.

Sale D. Leonor con un papel, y Luisa.

D. LEONOR.

¿No vés,
que son dos semicorcheas?

LUISA.

¿Qué importa, para que tú
no te adelantes?

D. LEONOR.

¿Pues, bestia,
no es fuerza, si el baxo dice
Ut, *mi*, *sol*, que yo dixera
Fa, *sol*, *la*?

D. ORDOÑO.

¿Leonor?

D. LEONOR.

¿Señor?

D. ORDOÑO.

¿Qué haces?

D. LEONOR.

La mañana entera
gastar sin provecho.

D. ORDOÑO.

¿Cómo?

D. LEONOR.

Cantando sin ley, ni rienda;
porque nó hay, quien acompañe.

D. ORDOÑO.

¡Con que no has salido fuera!

D. LEONOR.

¡Yo, á qué! si antes deseára,
segun mi genio envelesa
la música, que, por solo
cantar, un año tubiera
cada mañana; y ahun no
me cansára la tarea.

D. AURELIA.

¡Valgame Dios, y qué enredo!
¿Con que tú ahora no entras
con Luisa, toda turbada,
y en mis propias manos dexas
esta basquiña, este manto?

D. LEONOR.

Sí, que tú eres mi doncella.
¡A tí te habia de mandar
me desnudases, Aurelia!

LUISA.

¿No estaba yo aquí, señora?
Digo, no es mala la fresca.

D. ORDOÑO.

No tubo lugar, de haber
desnudadose, ahunque fuera
demonio.

D. AURELIA.

Ahora digo, que
negarás, que el sol calienta.

D. LEONOR.

Y tú, que la nieve enfria,

pues has salido, y lo niegas,
y eres la que entró turbada
hasta aqui, donde con medias
palabras (de la fatiga
de tu pecho claras muestras)
me dixiste: Hermana, padre,
Cárlos, Felix y pendencia;
á que no atendí, por irme,
donde mi estudio me espera,
mientras tú te desnudabas.

D. AURELIA.

¡Qué esta traycion se consienta!
¡Leonor, qué dices! Repara,
que eso es contra tu conciencia.

D. LEONOR.

¿Y es en favor de la tuya
querer (no hay que hacerme señas)
levantarme un testimonio?
¿Luisa, vês aquello?

LUISA.

Dexa,
de decirnos, que callemos;
que hablar la verdad, es fuerza.

D. AURELIA.

¡Ah infames; que estais las dos
para las máquinas vuestras
unidas!

D. LEONOR.

Porque tú á todas

nos recatas tus ideas.
¿No eres tú la gazmoñita?

D. AURELIA.

Sí: pero tú la embustera.

D. ORDOÑO.

Basta; que yo deste juicio
fulminaré la sentencia.
¿Tú no me dices, Leonor,
que hoy no has salido?

D. LEONOR.

Es tan cierta
esa verdad::-

D. ORDOÑO.

No te he hallado
yo á tí, recojiendo velas
de manto y basquiña?

D. AURELIA.

¡Yo!

D. ORDOÑO.

No hay que decir; las sospechas
contra tí, Aurelia, resultan,
y es fuerza poner enmienda.

LUISA.

¡En lo que la hemos metido
á la pobre! *ap.*

D. LEONOR.

Ya me pesa, *ap.*
de verla mortificar.

D. ORDOÑO.

Tú::-

D. LEONOR Y LUISA.

Mas ¿qué vá, que la encierra. *ap.*

D. ORDOÑO.

Te has de casar con Don Carlos;
que basta, que hayas tus huellas
puesto en su casa. No tienes
que ponerte tan suspensa.

D. LEONOR.

¡Ay Luisa! ¿Que es lo que escucho?

LUISA.

Volvióse hácia tí la flecha.

D. ORDOÑO.

Tú, Leonor, porque deseo,
que la venturosa seas,
entre Don Lain y Don Felix
escoje al que te parezca;
y porque en casos como estos
no hay logro, si no hay cautela,
si Don Carlos, Don Lain,
y Don Felix en mi ausencia
vinieren, lo que os ordeno,
es, disimular contentas,
y con buen rostro. A Don Carlos
no has de hablar, lo que no sea
música; y de lo contrario,
Leonor, me ha de dar Aurelia
aviso, y yo á tí el castigo:
y como tu hermana quiera
hablar con los otros dos,

tú has de ser su centinela.
Pero no es menester tanta
prevencion ; presto la vuelta
daré, á poner en mi honra
el remedio, que convenga.

D. AURELIA.

No tengo otra accion, ingrata
hermana, enemiga fiera,
de vengar el testimonio,
que contra mi honor inventas,
que ser yo contra tu amor;
no, porque nada merezca
Carlos en mi estimacion,
sino porque tú no tengas
el gusto, de que le cuentes
las burlas, con que me afrentas.
Continua espia he de ser
de tus acciones, perpetua
atalaya de tus pasos;
ni una palabra siquiera
has de hablarle.

D. LEONOR.

A bien que yo
puedo en la propia moneda
desquitarme.

D. AURELIA.

Yo te doy,
como halles en qué, licencia,
de que á mi padre me acuses.

Ahunque, si tanto te precias
de mentir, no importa no haya
causa, para suponerla. *vase.*

LUISA.

Mal nos salió este embeleco;
mejor mil veces nos fuera
que supiese, que eras tú.

D. LEONOR.

¿Para qué?

LUISA.

Para que ciega
su ira, te diese el castigo
en Don Cárlos, que deseas.

D. LEONOR.

Luisa, confieso, que en Cárlos

Al paño Don Carlos.

no hay mas caudal, que nobleza;
que es pobre, y que es despreciado.

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

Pues si todo eso confiesas,
no extrañarás las desdichas,
á que le induce su estrella,
siendo, bellisimo dueño,
la mayor de todas ellas,
tenerte ofendida á tí.
Pero siendo tan perfecta,
que nada te falta, ¿cómo
puede faltarte clemencia?

D. LEONOR.

¿Pues con tan poco temor,
Cárlos, mi casa penetras?

D. CARLOS.

Ví abierta la puerta, y ahunque
cerrada se considera
la de tu oido::-

LUISA.

Advertid,
que ya os ha visto Aurelia.

D. LEONOR.

Pues no puedes proseguir,
sino es, que cantando sea.

D. CARLOS.

¿Por qué?

D. LEONOR.

Porque de esa forma
solo se te da licencia.

D. CARLOS.

¿La causa?

D. LEONOR.

No la preguntes,
y atiende::-

D. CARLOS.

¿A qué?

D. LEONOR.

A mi respuesta.

D. CARLOS.

Solo esta vez me ha servido

de algo habilidad tan necia,
que ha de hacerse el gusto de otros,
ó quiera el dueño, ó no quiera.

Canta.

Zelosa tortolilla,
que de tu bien te quexas,
dime; desde que falto,
¿qué ha habido en los espacios de la selva?

D. LEONOR *canta.*

Que aquel violento influxo,
que mi vida alimenta,
quiere darme otro esposo,
y yo, ahunque ingratas, amo tus finezas.

D. CARLOS.

Pues, si ese es el motivo::-

D. LEONOR.

Pues, si la causa es esa::-

LOS DOS.

De los tiernos chromáticos, que exhalas,
con gran razon, ó tórtola, te quexas.

D. CARLOS *recitando.*

Pues en premio, bien mia,
de que resistas un poder tyrano,
delante de quien causa tu desvio,
te he de satisfacer de un temor vano.

D. LEONOR *recitando.*

Si tal hicieres, lograrás la mano
de tu amada Pastora;
pues ya verás, que solo á ti te adora.

mi corazon atento.
¿Mas qué fue, lo que he visto?

D. CARLOS.

Un fingimiento.

D. LEONOR. *Duo.*

Pues no temo la batalla:::

D. CARLOS.

Ni á mí el susto me avasalla:::

LOS DOS.

De un combate superior,
si canta victoria amor.

D. LEONOR.

No me engañes, pues te creo.

D. CARLOS.

Tu beldad logró el trofeo.

D. LEONOR.

Mucho explica:::

D. CARLOS.

Poco yerra:::

LOS DOS.

Quien llama dulce una guerra,
que afirma una paz mejor.

LUISA.

¿No dice, si yo penetro
metáforas de poetas,
que delante de Mencía
te ha de dexar satisfecha?

D. LEONOR.

Sí.

LUISA.

Pues manos á la obra.
No aguardes, que el viejo venga
armado de boda en ristre:
advierte, que el tiempo estrecha.

D. LAIN *dentro*.

Ha de casa.

LUISA.

Tome usted,
si tardó la moledera.

D. LEONOR.

Yo no quiero, que se vaya
Cárlos.

LUISA.

¿Pues en esa pieza,
mientras voy, y á nuestra espia
la embobo con una harenga,
no puede entrarse?

D. LEONOR.

Bien dices.
¿Cárlos?

D. CARLOS.

¿Mi dueño, qué intentas?

D. LEONOR.

Qué veas, quanto me debes,
pues el término se acerca::

D. CARLOS.

¿De qué?

D. LEONOR.

De que, como tú
satisgas mis sospechas,
dulzuras pague á dulzuras,
y harmonias á finezas.
Entrate en ese aposento;
y asi que oigas::-

D. LAIN *dentro.*

La podenca
de la criada no me oye.
Abre aqui, ó rompo estas puertas.

D. LEONOR.

Asi que oygas, que imperiosa
mi voz algo desde afuera
te pregunta; dulcemente
responde, cantando, á ella.

D. CARLOS.

Conforme me preguntares,
corresponderé. *entrase.*

Salen Don Lain y Toribillo.

D. LAIN.

¡Hay tal flema!
¿Esa casa, que ha de ser
mia, ha de ser de algun bestia?
¡Qué llama un medio marido,
y están durmiendo las puercas!

TORIBILLO.

Esu; á quien ronca, roncalle:
é si non roncan, non duerman.

D. LEONOR.

¡Pues cómo entrais vos asi,
donde yo estoy!

D. LAIN.

Calle ella,
mi casi mujer.

Sale Doña Aurelia.

D. AURELIA.

¿Qué es esto?

D. LAIN.

No chiste mi mujer media;
que esto es, irlas enseñando,
para quando me parezca.
¿Habia yo de consentir,
que mi mujer no me fuera
á buscar todas las noches
con zapatos y linterna,
dónde estaba conversando,
ahunque estubiera una legua?
Vive Christo; que al mal uso
de Madrid entrambas piernas
le he de cortar; que aqui son
las mujeres las que huelgan,
y el que trabaja el marido.
En Asturias vá á derechas:
la mujer en el trabajo,
y el marido en la taberna.

TORIBILLO.

Esu es; mujeres y burras...

llu proprio son en mi tierra.

D. AURELIA.

¡Qué descortés!

D. LEONOR.

¡Qué indiscreto!

D. LAIN.

Chito, no me desvanezcan.
¿Ah criada?

LUISA.

¿Qué es criada?

D. LAIN.

¿No me responde? ¿Ah sirvienta?

LUISA.

A mí no se me habla asi.

D. LAIN.

Pues sobre tu alma. ¿Ah doncella?
baxa, y á Doña Mencía
dila, que al instante ascienda;
que aqui delante de todos
tengo de hacer la protesta
á mi suegro; que no son,
para sufrirse materias
tan sutiles, porque pueden
parar en una apostema;
y miéntras sube, Leonor,
rascame tú la cabeza:
tú, Aurelia, vé á la cocina,
y disponme la merienda.

D. LEONOR.

Que erais necio, desde el punto
que os vî, lo noté:::

D. LAIN.

Tontuela,
harto mas necia eres tú,
pues vives sin mí, y sosiegas.

D. LEONOR.

Mas no creí, que llegase
á tanto vuestra grosera,
ruin, indecente, intratable
bestialidad.

D. LAIN.

¡Pasion ciega
de amor! Mas ni ahun con todo eso
habeis de asir la prebenda.
Vos, Aurelia:::

D. AURELIA.

¿Qué decis?

D. LAIN.

Que me pareceis muy tiesa;
y yo os quiero para esposa,
no para poste de Iglesia.

D. AURELIA.

Pues yo á vos, ni ahun para sombra.

TORIBILLO.

¿Es, porque el cuerpo deseya?

D. AURELIA.

Si no, mirára:::

Salen Don Ordoño y Don Felix.

D. ORDOÑO.

Aqui á solas
vereis, como todo queda
dispuesto. ¡Mas, Don Lain!

D. LAIN.

Don suegro, *requiem æternam*,
huelgome, que con Don Felix
vengais, y estas damiselas
estén aqui; porque os traigo
que encaxar una receta,
á que ayuda Toribillo,
que es discreto.

TORIBILLO.

Echala fuera:
que ya verán llos tacones,
si saben llas esparteñas.

D. FELIX.

¿Ha de ser á solas?

D. LAIN.

Nones:
no á solas, sino á quarenta.

D. ORDOÑO.

Pues decid.

Saca un papel, y va leyendo.

D. LAIN.

Oyes, alarbe,
en viendo, que afloxo, aprieta.
Señor suegro, entre los dos

su llamada y mi venida,
esto ha sido por su vida:;:

TORIBILLO.

Mijor muerte lle dé Dios.

D. LAIN.

Tras una boda mezquina,
me hizo venir, como un caco
sobre los lomos de un faco.

TORIBILLO.

Famoso para cecina.

D. LAIN.

En el empeño me enjaula,
y quiere embocarme entero
un bodorrio sin dinero.

TORIBILLO.

Doyte al demonio; que es maula.

D. LAIN.

Quando hablo en casarme, amorra,
para que me descogote;
y lo que espero, es el dote.

TORIBILLO.

Verde está, dixo la zorra.

D. LAIN.

Yo he gastado con ahinco,
y vuestra bolsa se estanca,
y hoy por hoy estoy sin blanca.

TORIBILLO.

Como mais de veinticinco.

D. LAIN.

Mujer quiero con caudal;
que hermosa, de gran viveza,
en la corte, y con pobreza.

TORIBILLO.

Esu non, que huele mal.

D. LAIN.

Y asi venga, en conclusion,
lo que por vos he gastado,
y mi dinero cobrado.

TORIBILLO.

Echéle su bendicion.

D. LAIN.

Que sin enfado, ni riña
me volveré á mi lugar;
pues alli para casar

TORIBILLO.

Non falta una marusiña.

D. LAIN.

Esta es la harenga: uste ahora
dé la respuesta.

D. ORDOÑO.

Y sucinta.

A un tan gran necio, que pone
su conato en su codicia;
pues por interés las quiere,
no le vendo yo mis hijas.
Y agradeced, que tan torpe
proposicion, tan iniqua,

por conocer vuestra falta,
se escucha, y no se castiga.

D. LAIN.

A tan grande desvergüenza,
(sal aqui, mi hiende esquinas)
no hay otra respuesta. Digo,
Leonor, acá; Aurelia, Luisa,
detrás de mí.

D. FELIX.

¿Pues qué intentas?

D. LAIN.

¿Qué intento? Estas tres son mias.

Sale Inés.

INES.

Mi señora:::

D. LAIN.

Esta tambien.

Sale Doña Mencía.

D. MENCIA.

Yo vengo, á buscarte, amiga,
con animo:::

Pone Don Lain á todas á sus espaldas.

D. LAIN.

Tambien esta.

Asi estubieran tres dias
viniendo, como de todas
me he de apoderar; y vistas,
elegir la que quisiere.
Veamos, como me las quitan.

D. FELIX.

Vive el cielo, que á una accion
Empuñando la espada.
tan villanamente indigna:::

D. ORDOÑO.

Tened la espada, Don Felix;
que esto no ha de ser porfia;
si no es razon, y para eso
obrará á tiempo la ira.

D. LAIN.

¿Qué es obrar? Gasten ustedes
frases de caballeria;
que á buena cuenta, soy gallo
de esta parva de gallinas.

D. CARLOS *al paño.*

Voces escucho. Esta puerta,
para oir, quien las motiva,
quiero entreabrir.

D. ORDOÑO.

Lo primero,
Don Felix, una noticia
habeis de tener. Ya ha tiempo,
que adoro con fe rendida
la soberana belleza
de vuestra hermana Mencía.
En lo que me habeis hablado,
pronto estoy, como la misma
fineza ordeneis, logrando
mi fe, lo que solicita.

D. LAIN.

¡Doña Mencía! *nequaquam*:
que ya tengo consentida
mi idea, en que ha de parirle
seis machos á mi familia.

D. FELIX.

Don Ordoño, la respuesta
de ella ha de ser; que no quita
mi amor, lo que le da el cielo
á hermana, que tanto estima.
Ella ha de elegir.

D. MENCIA.

¡Ay, Carlos,
si yo sé, que tú me olvidas
por otra, y sin tí no puedo
vivir, en tanto que viva,
qualquier sepulcro le basta
á un amor, que ya es ceniza!
Don Ordoño, pues no tiene
inconveniente, el que diga
lo que reservaís, no acepto...

D. LAIN.

Eso si: no aceptes, niña.
¿Era facil, me trocase
á mí por una estantigua?

D. MENCIA.

No acepto, el ser vuestra esposa
tanto, por lo que acreditan
vuestra constancia y cariño,

caudal, para que me asista,
prendas, entre cuyos logros
la imaginacion bacila:
¿qué hay que esperar, sino es que haya
cariño, que pueda unirlas,
correspondencia, que enlace,
y amor, que no las divida?

D. FELIX.

Ese por mí yo le ofrezco.

D. LAIN.

Y yo enviaré á la botica
por él, aunque no le gasto.

D. CARLOS.

¡Dónde Leonor, ansias mias,
va á parar!

D. LEONOR.

Pero, no siendo
facil, que gustosa viva;
pues de los encantos propios
de amor, es fuerza, que elija
entre vanidad, riqueza,
ingenio y fausto, ¿hay quién diga
en qual de estos el amor
sabe fundar sus delicias?

D. CARLOS *cantando dentro.*

De los hechizos de amor,
la música es el mayor.

D. LEONOR.

Pues si es el mayor, él viva.

D. FELIX.

Esta es la voz de Don Carlos.

D. ORDOÑO.

¡Infame, tú le escondias!
Vive el cielo::

D. LEONOR.

Señor, tente;
Pues si es mi esposo, y venia
á darme leccion, ¿qué importa,
que en favor de ambos repita::: ?

Sale Don Carlos.

D. CARLOS *cantando.*

De los hechizos de amor,
la música es el mayor.

D. ORDOÑO.

Don Felix, cosa es precisa,
que cedamos.

D. CARLOS Y LEONOR.

¡Qué gran bien!

D. LAIN.

Otra se me escurripiza.
A Dios, yo van dos.

D. FELIX.

Pues, ya
que no merecí esa dicha,
á Aurelia, si me la dais,
pagaré, lo que me estima.

D. ORDOÑO.

Ya es vuestra.

como, por el qué dirian,
de que á mi rexa riñeseis
con Don Carlos, cuya fina
atencion me festejaba;
que esto, segun me lo afirma
Inés, fue causa, que él
mil desayres me repita.
Y ahunque, porque la perdone,
viendo, quan de veras pida
perdon, nada me recata;
diciendo, que su codicia
la hizo fingir, Don Ordoño,
los favores, que os vendia,
sin saberlo yo; no obstante,
fuerza es, borrar la malicia,
y castigar á un ingrato,
cuya infiel alevosia
desde este lance ni me oye,
ni me atiende, ni me mira.

Dale la mano á Don Ordoño.

D. LEONOR.

¿Qué mas claro desengaño,
que confesarlo ella misma?

D. CARLOS.

¡Con Don Ordoño fue el lance!
¿Fortuna, quién lo diria?

D. LAIN.

Con que usted, señora viuda,
se envieja y se empergamina?

Pues vaya con mil demonios.
A Dios, y va una.

D. FELIX.

Mencía

hizo, lo que deseaba
yo. Con que de vuestras hijas
la hermosa Leonor:::

D. LAIN.

¿Qué es eso

de Leonor? ¿Y mi venida?

D. CARLOS.

Pendiente estoy de su labio.

D. ORDOÑO.

Vuestra respuesta es la mia.
Ella ha de escoger, Leonor,
llegó el caso, de que elijas.

D. LEONOR.

Pues si llegó, y de tí propio
escuché, señor, que habia
en Don Lain:::

D. LAIN.

¡Ah marraja

de buen gusto! Esta me pilla.

D. LEONOR.

Riqueza, sangre y poder,
para que abundantes sirvan
á mi pompa y vanidad;
A en Don Felix bizarría,
entendimiento y bastante

D. LAIN.

A Dios, y van tres.

D. AURELIA.

Acabaron mis fatigas.

D. FELIX.

Con vos nada echaré menos.

TOCINO.

¿Señor, me das á Luisilla?

D. ORDOÑO.

Ya es tuya.

D. LAIN.

A Dios, y van quatro.

TOCINO.

Novios somos.

LUISA.

Como hay viñas.

MARTINEZ.

Si merezco á Inés:::

D. ORDOÑO.

Llevadla.

D. LAIN.

A Dios, y van cinco. ¡Hay prisa
mayor, de irme despojando!
Y ahora, hecho yo un mojarrilla,
con lo gastado gastado,
y sin novia, ¿á qué pocilga
me iré, á meter?

TORIBILLO.

A lla terra

á coidar de nosas viñas,
y noso pan.

D. LAIN.

Dices bien;
que para las engañifas
de las bodas de hoy, mejor
es la celibatería.

TODOS.

Y pues de hechizos de amor,
la música es el mayor,
por todos es bien, que pida
perdon nuestro rendimiento,
y dos o tres palmaditas.